



EL
MISTERIO
de **MANGIABARCHE**

MASSIMO CARLOTTO



Lectulandia

Marco Buratti y Beniamino Rossini se encuentran en Córcega tras haber abandonado una Padua que, a raíz de los resultados de su último caso, ya no es un lugar seguro para el investigador privado y su inseparable socio. En la isla francesa, no obstante, recibirán un encargo que, de nuevo, los llevará a adentrarse en una red mucho más oscura de lo que jamás habrían llegado a imaginar.

Tiempo atrás, estos letrados fueron condenados a dos años de cárcel por el homicidio de su colega de profesión Giampaolo Siddi y por su implicación en una trama de tráfico de estupefacientes. Ahora, y a pesar de que el juez finalmente reconociera su inocencia, quieren ajustar cuentas con aquel a quien ellos creen responsable de su calvario: el presunto asesinado, el abogado Siddi, que, con toda probabilidad, sigue vivo y, diez años después, aún desaparecido bajo un manto de misterio e implicaciones insospechadas.

Lectulandia

Massimo Carlotto

El misterio de Mangiabarche

El Caimán - 2

ePub r1.0

Titivillus 10.05.2019

Título original: *Il mistero di Mangiabarche*
Massimo Carlotto, 1997
Traducción: Elena Martínez Nuño
Diseño de portada: Marc Cubillas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A Eleonora y Angelo...
ni siquiera tiempo de decirse adiós*

*A todos los amigos
de Cerdeña y Córcega*

A la pequeña Is Meris

El primer rayo de sol logró penetrar la densa enramada de pinos y encinas seculares e iluminó débilmente la silueta de un corzo cincelada con elegancia en la culata de un fusil. El hombre que lo empuñaba dio sobre ella unos golpecitos con la uña de su dedo índice para atraer mi atención.

—Así como el ciervo representa la majestuosidad y el jabalí la fuerza —susurró—, el corzo es el símbolo de la gracia y la delicadeza... La caza con arma de fuego por excelencia, la más difícil y la más emocionante, porque se trata del animal más desconfiado del bosque: el oído es su sentido más desarrollado; luego, el olfato; por último, la vista. Si el estruendo de un avión lo deja del todo indiferente, el crac de una rama aplastada lo pone alerta al momento. Los cazadores deben encontrarse en el lugar elegido para apostarse antes del amanecer y tener cuidado de situarse a sotavento. El corzo aparece de repente, como un fantasma en la incierta luz de la mañana, y hay que decidir en el lapso de un segundo si vale la pena abatirlo...

Me miró con fijeza a los ojos para comprobar el efecto de sus palabras. Asentí con la cabeza. Satisfecho, el hombre sacó de uno de los innumerables bolsillos de su mono una larga mira telescópica y la fijó en el arma con unos pocos y precisos movimientos. Miró luego a través de ella para regular la luminosidad. Apuntó al claro de bosque que había entre la casa y la pocilga, doscientos metros más abajo, ya del todo visible a la luz del nuevo día.

Quitó el seguro, pero, dado que no se había producido ningún cambio en el paisaje, se sentó en una piedra y se resignó a esperar. Su actitud en apariencia distendida contrastaba con la tensión de su rostro, reflejada en la mirada enmarcada por unas arrugas que traicionaba el deseo de apretar el gatillo, de saborear el ruido del disparo que habría de lacerar con violencia el silencio del bosque. Los otros cazadores, también inmóviles y silenciosos, formaban un semicírculo para cerrar cualquier intento de fuga.

Por la chimenea del caserío de piedra se elevó un hilo de humo. Pasaron unos diez minutos: un tipo bajo y rechoncho, vestido de pastor, salió de la casa. En la mano el cubo con la comida para los cerdos, en la boca un pitillo recién encendido.

El cazador se arrodilló y lo encuadró en el punto de mira. Seguro de mi atención, reanudó el discurso interrumpido poco antes:

—Para una caza tan noble —susurró—, la elección del arma es fundamental: el fusil debe ser deportivamente de una sola bala y de un calibre que no destruya el trofeo. Esta carabina es muy antigua, una Henry-Martini del ejército inglés. Se usó en 1880 para tomar la fortaleza de Kandahar en Afganistán. Un siglo después la utilizaron los francotiradores afganos para matar a más de un soldado soviético...

A continuación calló, apuntó y disparó. El cubo voló por los aires y el hombrecillo cayó a tierra con la rodilla derecha atravesada por la bala. El cazador tenía razón: podía decirse que el tiro era «limpio». Si no hubiera sido por la sangre que salía en abundancia por la herida, hubiera podido creerse que había fallado el blanco.

El bosque estaba de nuevo silencioso. A duras penas se oía la respiración cada vez más dificultosa del herido que se arrastraba tratando desesperadamente de volver a la casa.

—El corzo, una vez herido —continuó el hombre, mientras cargaba con calma otra bala en el fusil—, trata de alcanzar lo antes posible una charca de agua para aliviar el dolor y para que se pierda su rastro. Un tiro en la columna vertebral o en la pelvis lo abaten de golpe. Una pata rota, sin embargo, a pesar del dolor, no le impide intentar la fuga...

El dedo acarició el gatillo y, antes incluso de oír el disparo, vi deshacerse el codo derecho del pastor como un colín. Esta vez el herido permaneció inmóvil y empezó a sollozar con intensidad, con la cara oculta en la hierba húmeda.

Miré a mi alrededor. Los otros cazadores seguían apuntando hacia la casa con sus fusiles ametralladores. Como su jefe, llevaban la cara cubierta con pasamontañas azul marino y vestían monos del mismo color. Solo Beniamino —mi socio— y yo no íbamos enmascarados ni armados.

Se reanudó la lección de caza:

—El corzo es un animal gregario y curioso: si un macho se aleja de la manada, los otros van enseguida a buscarlo... Y esto es extremadamente peligroso...

Lo interrumpió un grito. Un segundo hombre, más joven y más alto que el primero, salió de la casa corriendo y armado con un fusil. Alcanzó a su amigo tendido en la hierba. Se interpuso entre él y el bosque, como si quisiera protegerlo, y empezó a disparar: a los pinos, a las encinas, al miedo. Los cazadores ni siquiera intentaron buscar refugio. El recién llegado apuntaba un calibre doce semiautomático, cargado con perdigones: a esa distancia solo era peligroso para las cortezas de los árboles.

Descargó los cinco disparos. Recargó otras dos veces. Tiró el fusil al suelo y extrajo un revólver del bolsillo. Gastó los seis proyectiles, luego lo lanzó contra los árboles y gritó aún más fuerte, hasta que el último aliento se le ahogó en la garganta. Acto seguido inclinó la cabeza y permaneció inmóvil, en silencio, mientras esperaba el proyectil.

Durante cinco interminables minutos no ocurrió nada. Al fin, el cazador apuntó de nuevo. Dos veces: el primer proyectil despedazó el fémur derecho del chico, el segundo le partió el izquierdo.

El joven gritó aún más fuerte.

—Los corzos tienen más dignidad —comentó el cazador, molesto, y disparó para acallararlo.

Esta vez el tiro resultó destructivo: entró por la mejilla derecha, se llevó por delante dientes y trozos de lengua y salió por el lado izquierdo de la cara, hasta hacerla estallar como una sandía caída desde un sexto piso.

—¡Hemos pillado a la peonada! —exclamó el hombre, dirigiéndose a mi socio y a mí—. Los que nos interesan han debido de marcharse hace horas...

—¿Nuestro acuerdo sigue en pie? —pregunté.

—Claro —respondió—. Cuando los encontremos, antes de ajusticiarlos, dejaremos que los interroguéis.

Beniamino abrió la boca por primera vez.

—¿A estos no les preguntáis nada? —dijo, señalando a los dos heridos.

—Los animales no hablan —respondió el otro con desprecio.

—En cualquier caso tienen derecho al tiro de gracia —intervine.

—No hay prisa —replicó con voz áspera. Se acercó y me miró fijamente a los ojos—. ¿Cuánto tiempo tardó en morir mi hermano? —preguntó.

—Demasiado —respondí con calma.

—¿Y a él le dieron un tiro de gracia?

—No —admití.

—Entonces que estos esperen también. Luego los sepultaremos. A mi hermano no le concedieron ni siquiera eso: lo echaron a los cerdos...

El hombre estaba trastornado, con la mente devastada por un dolor profundo, arrollador. La lección de caza a la que habíamos asistido era la prueba evidente de ello. Intenté hacerlo reaccionar.

—¡Qué terrible costumbre esta venganza vuestra! —exclamé en tono irreverente.

Me apuntó con el fusil a la altura del estómago. Beniamino se puso rígido: en su mirada leí una escasa consideración por mi salud mental y la contrariedad de no ir armado.

Nos mantuvimos frente a frente durante algunos segundos, luego bajó el arma y el cazador me reprendió mientras asentía.

—¿Qué quiere? ¡Cumplimos con nuestro deber! —Y añadió con cansancio una vez desahogada la rabia—: Docta cita, amigo italiano, pero Maupassant no comprendió nunca un carajo de nuestra tierra.

Mientras se alejaba, ordenó a algunos de los suyos que entraran en la casa. Tal y como se esperaba, no quedaba nadie. En el exterior, un grupito había empezado a cavar una fosa ancha y profunda. A pocos metros de distancia un hombre acabó con todos los cerdos de la pocilga de una sola ráfaga.

—Los sepultarán con los cerdos —comenté.

—Ellos se lo han buscado —sentenció Beniamino.

Un tipo nos llamó con un gesto:

—Vamos a quemar la casa, si antes quieren echar un vistazo...

Entramos en la casa, que se componía de una única habitación que olía a humo y queso de oveja. Cuatro camastros, una mesa larga, algunas sillas, un aparador, un armario y la chimenea. Los cazadores habían amontonado en la mesa todos los objetos dignos de interés. En una bolsita de plástico encontré una fotografía —el pastor más viejo de los dos en compañía de una mujer gorda y sonriente con tres niños pegados a la falda— y una cuartilla a cuadritos plegada en cuatro. La desplegué. Alguien, con la caligrafía incierta del adulto que no ha acabado la escuela primaria, había escrito en la parte de arriba una frase sin sentido aparente ni tampoco espacios entre las palabras: Mangiabarche^[1]. Era la segunda vez que me tropezaba con una expresión tan extraña. Le pasé el papel a mi socio.

—No hay más que hablar: este Mangiabarche amenaza con convertirse en un auténtico tormento —fue su lacónico comentario.

Dos disparos anunciaron el fin del sufrimiento para los dos habitantes de la casa.

Una hora después, al volver a los coches, llegó el momento de separarse.

El jefe de los cazadores se acercó y, antes de estrecharme la mano, se quitó el pasamontañas. Aprecié el gesto. Aparentaba unos cincuenta años: una barba negra como la pez perfilaba la cara a la vista.

Nadie dijo nada. La venganza corsa es un viejo rito en el que solo la muerte y el silencioso dolor de los supervivientes tienen sentido.

Todo esto ocurría en la zona de Cartalavonu en Fôret de l'Ospedale, al sur de Córcega. Los encapuchados eran militantes el Frente de Liberación Nacional de Córcega, organización clandestina que había declarado la guerra a Francia. En aquella época estaban unidos; hoy todo ha cambiado: hermanos matan a hermanos y cada vez es más difícil para ellos reconocer al enemigo.

Mi socio y yo habíamos caído en aquella guerra por pura casualidad, siguiendo una pista que partía de Cerdeña.

1

—Vamos a bailar de lo lindo esta noche —comenzó el marinero.

Lo miré en silencio. Había elegido el largo y sobre todo desierto pasillo de popa con la esperanza de poder pasar la noche en paz. Pero debía de tener el aspecto de alguien que necesita compañía porque el recién llegado, en absoluto desanimado, se había sentado enseguida a mi lado.

Una vez más, las olas elevaron el barco y lo obligaron a permanecer suspendido unos instantes en el vacío antes de que la proa se sumergiera de nuevo.

—¿Lo ve? ¿Nota cómo cabecea? —continuó—. Hace diez años que trabajo en esta línea, me conozco el mar como la palma de mi mano y veo al vuelo cuando tiene intención de fastidiarnos la travesía. Llegaremos con dos horas de retraso como mínimo.

Asentí con la cabeza para darle a entender que me hacía cargo de la gravedad de la situación, pero que no me interesaba en absoluto tener más información al respecto. Tras unos instantes de silencio, se marchó visiblemente molesto.

Al poco llegó una mujer delgadísima, de nariz larga y aguileña, enfundada en un mono negro demasiado adherente en el que destacaba una bisutería barata.

—No consigo dormir... —se lamentó—. Con el mar así es imposible. Menos mal que no he cenado nada; si no, a estas horas...

La ignoré mientras fijaba con descaro la mirada en el anuncio del queso de oveja Brigante que colgaba en la pared de enfrente.

—Voy a ver a mi hermana —continuó—. Se ha casado con un financiero de Viterbo al que han trasladado a Cerdeña...

—Acaba de pasar un marinero —la interrumpí, mientras señalaba al fondo del pasillo— que también tenía muchas ganas de charlar. Aún puede alcanzarlo. Están hechos el uno para el otro.

—Prefiero a los hombres silenciosos. Dan la impresión de que te escuchan —susurró, buscando mi mirada.

—¡Lárgate, guapa! —estallé—. Si te dejas, en cinco minutos empezarás a hablarme de tu anorexia. No tengo ganas de fastidiarme la noche.

Enrojeció de forma violenta y durante unos instantes trató de encontrar algún argumento para rebatirme. Luego se recolocó un mechón de pelo y se alejó indignada, asiéndose con fuerza a la barandilla del pasillo para evitar caerse.

—¡Eh! —le grité—. No es nada personal. Es solo que estoy de mal humor.

Lo estaba de verdad.

Para evitar posibles nuevos encuentros, me tumbé en el alféizar de un ventanal y fingí que dormía. Cerré los ojos y me pregunté si en realidad había sido una buena idea embarcarme en ese transbordador. Seis meses antes, durante el curso de una investigación que me había obligado a abandonar Padua quizá de forma definitiva, había conocido a un músico de Cagliari que me había traído un disco bastante raro de *blues* —mi gran pasión— como regalo de parte de alguien que quería contratarme y de quien ni siquiera me habían dicho el nombre.

Solo sabía que se trataba de un encargo «delicado».

—En nuestra tierra todo es «delicado» —había subrayado aquel tipo.

Había pasado mucho tiempo y el cliente podía haberse cansado de esperarme, pero como en aquel momento no tenía nada mejor que hacer, decidí que podía arriesgarme a hacer un viaje en balde. Después de todo nunca había estado en Cerdeña.

Tras la fuga, mi socio y yo nos escondimos en Córcega, donde él conocía a un contrabandista que le debía un favor. En Padua destapamos una alcantarilla y estuvimos a punto de pagar cara nuestra curiosidad. Unos contactos del Véneto nos aseguraron que ni la policía ni los jueces mostraron ningún interés por nosotros. Pero no podía decirse lo mismo de la gente a la que habíamos causado problemas, y esos eran unos enemigos mucho más temibles que la justicia. Así que todavía no era cuestión de dejarse ver.

Con el tiempo, sin embargo, me había cansado de pasar los días bebiendo calvados en compañía de unos hospitalarios hampones corsos con la pistola metida en el calzón, en un bar del viejo puerto de Bastia con el nombre de un ave marina grabado en el rótulo que en el mundillo se conocía como *Au Roi des Bandits*. Volví a Italia vía Marsella. Luego tomé un tren directo a Civitavecchia y desde allí me embarqué para Cerdeña. Un rodeo decididamente tortuoso, pero no tenía intención de desvelar dónde estaba mi refugio.

Traté de imaginar quién podría necesitar mis servicios en un lugar que no conocía y un instante después me dormí.

La ciudad parecía una señora vieja y gorda, reclinada con suavidad en una colina, dedicada a gozar del tibio sol de una mañana de mediados de enero.

Estaba observándola desde hacía un buen rato, apoyado en una escalerita del puente de proa, mientras saboreaba el segundo café del día. En el golfo de Cagliari el mar se había calmado de repente y el barco se deslizaba sobre el agua ligeramente encrespada por la brisa procedente de tierra.

El ataque fue largo y laborioso y solo media hora después bajé por la escalerilla, donde un perro de la brigada antidroga me olfateó distraído.

Seguí a un grupo de senegaleses que, como había imaginado, me condujeron hasta una pensión de ínfima categoría donde no se preocupaban mucho por la documentación.

Compré una botella de calvados y me encerré en la habitación a esperar la noche.

Gracias a las indicaciones del hijo de la propietaria, un veinteañero lleno de acné que escuchaba heavy metal, llegué al barrio de Marina, frente al puerto. Llamé a la puerta de un local, Las Lunas de Urano.

Era pequeño, sin ventanas y con dos habitaciones con el techo en arco. Las mesas eran metálicas, colocadas en forma de raspa de pez; un lugar agradable que ofrecía la cantidad justa de humo, música y alcohol. Me senté en el único taburete libre de la barra y cuando el encargado, un rubio con coleta, dejó de hablar con un grupo de clientes, lo llamé y le pregunté si conocía a Alberto Cabiddu, el músico que había contactado conmigo.

—Claro. Estuvo aquí hace dos noches. Sé que va también por el Jazzito, el Charanga, el Cuba Libre y el Libarium...

—Esto es lo que se dice una indicación precisa.

—Aquí en Cagliari la gente se mueve todo el rato de un local a otro... —rebatí el chico, encogiéndose de hombros.

Lo encontré en el Charanga, donde estaba actuando con su grupo, los Superpartes, con «Volando voy», quizá la mejor canción de Camarón de la Isla.

Cuando lo conocí me dio la impresión de ser un buen músico. No me había equivocado. Poseía una voz de timbre cálido y destacaba sobre todo con

las percusiones. A Camarón le habría gustado. Y también el grupo. Unos excelentes profesionales bien conjuntados: un guitarrista de aire gitano, un bajo implacable, una batería que evocaba atmósferas de *jazz*, un pianista clásico perfectamente ensamblado con el son cubano y, por último, otro percusionista, un timbalero dotado de verdad.

Apenas me vio, Cabiddu me guiñó un ojo y me señaló una mesa donde estaba sentada una guapa chica de largo cabello negro que bebía una cerveza.

—Annalisa —se presentó, tendiéndome la mano.

—Marco.

—¿Eres amigo de Alberto?

—Estuvimos bebiendo juntos una noche.

Cabiddu cogió el micrófono.

—Dedicada a un extranjero, cerramos la noche con una canción de los cubanos Los Compadres, «Mi son oriental», que habla de caimanes.

Le dirigí una mirada interrogativa: habría preferido pasar desapercibido. Me respondió con una sonrisa y empezó a cantar.

—Eres el Caimán —constató la chica.

—Cierto.

—Alberto me ha hablado de ti. Me ha dicho que solo bebes calvados y que hace tiempo eras músico de *blues*...

—Cierto.

Cuando se acercó a nosotros, Cabiddu me estrechó la mano con entusiasmo.

—Me alegro mucho de verte. Espero que no te hayas ofendido por la dedicatoria.

—No, pero no me conviene demasiado la publicidad... He decidido visitar al cliente del que me hablaste. Siempre que, durante este tiempo, no haya contratado a otro.

—No. Me llama cada semana por si tengo noticias tuyas. Es un abogado. Se llama Genesio Columbu.

El despacho del letrado estaba en el tercer piso de un edificio de la calle Tuveri, a dos pasos del tribunal. Me abrió una señora mayor, con aspecto maternal y las piernas sin duda doloridas. Se presentó como la secretaria del abogado y me miró de arriba abajo de manera detenida cuando le dije mi nombre. Sabía quién era y por qué estaba allí. Al final se decidió a

acompañarme hasta la puerta del despacho en el que me esperaba el abogado. La abrió y regresó a la penumbra del largo pasillo.

Detrás de un vetusto escritorio de cerezo se sentaba un viejo menudo con una hirsuta barba blanca, probablemente de un par de días. Tenía las manos entrelazadas sobre el estómago hundido y no dijo una palabra hasta que me senté.

—Se lo ha tomado con calma, señor Buratti.

—Mal empezamos, abogado. Entre nosotros no existía ningún acuerdo. Si tenía prisa, podía haberse dirigido a cualquiera de por aquí.

—Los investigadores de esta ciudad proceden todos de las fuerzas del orden y no saben moverse sin la ayuda de estas. Yo necesito a alguien como usted, con buenos contactos en ciertos «ambientes».

Cogió una carpeta que contenía un fax y empezó a leer:

—«Marco Buratti, llamado el Caimán, nacido y residente en Padua. Exmúsico y cantante de *blues*. Víctima de un error judicial, cumplió siete años por pertenencia a banda armada. Durante el encierro adoptó el papel de mediador y pacificador entre las distintas facciones del hampa organizada. Una vez en libertad, ha empezado a colaborar como investigador sin licencia con varios penalistas. Muy útil en investigaciones reservadas, en las que sea necesario establecer contacto con ambientes ilegales...».

»Necesitaba justamente a alguien como usted —afirmó satisfecho tras cerrar la cartera—. Aquí en la isla no había nadie adecuado. Así que, al final, me decidí a buscarlo en el continente. Un colega de Padua...

—Lea el fax hasta el final —lo interrumpí—. Se ha dejado las últimas líneas.

—Quizá porque no le gustaría escucharlas.

—No se preocupe. Su trabajo es dar malas noticias.

Reanudó la lectura.

—«Absolutamente fiable y escrupuloso, a pesar de tener el vicio de la bebida. Desarrolla las investigaciones con métodos poco ortodoxos y a menudo ilegales de los que no da cuenta a los clientes. Casi siempre trabaja con un tipo con antecedentes, Beniamino Rossini, ladrón, contrabandista y exponente destacado de la vieja hampa milanese. Un personaje peligroso y violento».

—¿Ya está? —pregunté con un resoplido.

—Sí.

—Vale. Ahora explíqueme por qué me ha llamado.

El viejo penalista se quitó las gafas y apoyó los codos en el escritorio.

—Toni, mi hijo, es prófugo desde hace más de cinco años por motivos políticos. Como a usted, lo condenaron por pertenencia a una banda armada. La diferencia es que él sí formaba parte efectiva de uno de esos grupos a los que se les ha metido en la cabeza cambiar el mundo con las armas. Una especie de reproducción local de las Brigadas Rojas. El típico arrepentido los fastidió a todos... Hace dos años que no sabemos nada de él y su madre está muy preocupada.

—¿Por casualidad es su secretaria? —lo interrumpí.

—¿Cómo lo sabe?

—Intuición... Si lo he entendido bien, quiere contratarme para que lo encuentre. Como usted ya sabe, acabé metido en líos por haber acogido, sin saberlo, a un tipo que estaba en busca y captura. Por tanto, mis relaciones con el sector son fruto de los años de cárcel: no está claro si estas nos permitirán localizar a su hijo.

—Quiero que usted se ocupe de ello.

Lo miré a los ojos y su mirada me convenció de que no debía profundizar. Tuve la sensación de que había algo más, pero sentía que en ese momento no habría servido de nada pedir explicaciones.

—¿Ha probado a preguntar por él a sus excompañeros? —pregunté.

—Sí. No saben nada. Estuvo en París durante un tiempo y luego desapareció. Parece ser que allí conoció a una mujer y que se fue con ella.

Encendí un pitillo y reflexioné con calma sobre lo que me acababa de decir.

—Escuche, abogado —declaré al final—, todo lo que tenemos es una pista de hace dos años. Su hijo ha podido irse a cualquier parte y, desde luego, no puedo buscarlo haciendo una batida por los cinco continentes. Lo único que puede hacerse es una simple tentativa. Telefónica. Espero poder decirle algo en los próximos dos días.

Al abrir la puerta para salir, Columbu me detuvo.

—El disco que le envié era de Toni. Lo escuchaba todo el rato —dijo con un tono cargado de nostalgia.

Me marché en silencio, sin lograr mirar a la cara a la madre-secretaria.

Me recliné en la habitación de la pensión con una nueva botella de calvados y una provisión de cigarrillos.

«Hay algo que no cuadra —pensé mientras me servía la primera copa—. Para saber algo de los prófugos políticos, el círculo en el que hay que indagar es el de sus abogados y parientes. No es posible que el viejo Columbu no sepa esto».

Seguí preguntándome el motivo, el verdadero motivo por el que me habían contratado, hasta que llegó la noche y me acabé la botella. Después salí para comprar más licor y llevar a cabo el intento que le había prometido al abogado.

En el «internado» había conocido a un tipo de Como de aspecto rollizo, un tal Alessio Sperlinga, a quien llamaban el Cereza porque había nacido con un bulto rojo y redondo en medio de la mejilla derecha. También él, como otros soñadores, había acabado en la cárcel gracias al arrepentido de turno. Pasó los primeros meses allá adentro preguntándose todo el rato cómo era posible que hubiera colaborado precisamente aquel compañero, a quien todos consideraban el mejor, el más duro. Y cómo había podido traicionarle justo a él, su mejor amigo. Al final se dio cuenta de que las cárceles están llenas de gentes que, antes de acabar dentro, habrían puesto la mano en el fuego por la fidelidad de sus amigos, y se resignó a ello. Antes de que lo encarcelaran, trabajaba como informático. Al salir había preferido expatriarse a Francia antes que empezar de nuevo de cero en su ciudad. Yo sabía que, desde hacía años, estaba recogiendo material para un libro sobre la historia del exilio político: un proyecto monumental que —estaba casi seguro— no acabaría nunca. Era el hombre perfecto para echarme una mano.

Tuve suerte y lo encontré en casa.

—*Allô!* —respondió con un perfecto acento parisino.

—Soy tu antiguo vecino de la ciento doce —me presenté.

—¡Ah, hola, Caimán! —me saludó sorprendido—. Cuánto tiempo sin saber nada de ti.

—Es verdad. Pero te llevo siempre en el corazón, Cereza. ¿Cómo podría olvidar las noches en que me desvelabas con tus dulces ronquidos?

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre —se rio—. ¿Me has llamado por placer o por trabajo?

—Por trabajo. Estoy buscando a un prófugo de la lucha armada, un tal Antonio Columbu, llamado Toni. ¿Lo conoces?

—¿Desde cuándo buscas a políticos? —preguntó mosqueado.

—Desde que me lo piden sus padres, capullo paleta de Como —rebatí cabreado—. Estaba en París hace dos años. Parece ser que allí conoció a una chica. Y luego desapareció.

—El nombre no me dice nada. ¿En qué grupo militaba?

—Una formación local. Nada importante.

—Llámame mañana por la tarde —zanjó el Cereza.

Me zampé un par de bocadillos en una taberna que frecuentaban soldados de permiso y luego me encaminé hacia Castello, el casco antiguo. No tenía ganas de volver a la sordidez de mi habitación del hotel. Decidí entrar en el Libarium, un local de puro estilo *liberty* al que había echado un ojo la noche anterior cuando buscaba a Cabiddu, el músico. Miré a mi alrededor: lleno de gente, ruidoso y con gran variedad de licores. Sin duda un lugar para bebedores.

El camarero me sirvió el primer calvados en una copa de coñac apoyada en un recipiente lleno de agua hirviendo perfumada con malva y acompañado de un puro de regalo.

—Voy a tomarme varios —le protesté—. Los siguientes los quiero sin tantas chorradas.

Me miró escandalizado.

—Bebo para olvidar... —le susurré con ademán cómplice para tranquilizarlo.

Al día siguiente me desperté a primera hora de la tarde con la certeza de haber hablado con mucha gente. Recordaba vagamente el contenido de las conversaciones, pero no lograba centrar las caras.

Me tomé un par de carajillos bien cargados y llamé por teléfono a Sperlinga.

—No me des malas noticias, Cereza. He tenido un despertar difícil esta mañana —le exhorté.

—Me temo que no voy a poder complacerte. Antonio Columbu está muerto. Asesinado. Se fue de París con una turinesa de Prima Linea con destino a Puerto Escondido. Querían abrir un restaurante. Para conseguir capital tuvieron la brillante idea de traficar con maría y, en la primera compra, él se encontró con el Pedro Navaja de turno que le encajó un par de puñaladas justo en el sitio. Lo sepultaron con un nombre falso y la turinesa se volvió loca.

Acusé el golpe. No me apetecía presentarme ante el viejo con aquella noticia y me arrepentí de haber salido de Córcega.

—¿Tienes el nombre del muerto?

—Claro. Incluso lo he archivado... Son cosas que un día se contarán, Caimán. Nuestra generación tiene que encontrar el valor...

—Cereza —lo interrumpí—, no es el momento... Dame el nombre y te estaré eternamente agradecido.

Al salir de la cabina telefónica me dirigí al despacho de Genesio Columbu.

«Cuanto antes mejor —pensé—. Voy allí y le digo: su hijo está muerto. Lo siento mucho, etcétera. Si me doy prisa, estoy a tiempo de embarcar en el transbordador de las seis».

Cuando me encontré frente a la madre-secretaria, mi determinación sufrió la primera fisura. Una vez sentado frente a aquel viejo demasiado delgado y demasiado triste, me sentí como un trapo.

—¿Y bien? —preguntó en tono expeditivo para enmascarar la ansiedad.

—Buenas noticias, abogado —me sorprendí diciendo—. He sabido que Antonio está bien, tiene novia y ha abierto un restaurante... Por desgracia no puedo decirle dónde... Cuestión de seguridad... Digamos que en Centroamérica, eso es... Me temo que, por las mismas razones, no podrá ya ponerse en contacto con ustedes... Pero lo importante es que está bien...

El abogado se cubrió la cara con sus manos huesudas.

—Burato, usted miente. Antonio está muerto. Por nada del mundo se habría olvidado del cumpleaños de su madre. Lo llamé para que descubriera cómo y dónde y usted, en cambio, se pone a hacer el papel del investigador romántico. ¿Es que le doy pena? ¿O es que me ha tomado por el general Sternwood de *El sueño eterno*?

—De acuerdo, abogado, de acuerdo —lo interrumpí—. Todos hemos leído a Chandler... Y, vale, Antonio ha muerto. Se hizo el listo con unos mexicanos de navaja fácil y ahora está enterrado en Puerto Escondido con este nombre —solté, y le alargué por encima del escritorio el papel en el que lo había escrito.

Al levantarme, le di una patada a la silla.

—¡Podía haberme dicho que presentía que estaba muerto! —exclamé cabreado—. Normalmente nunca miento a mis clientes y no sé qué me ha pasado esta vez.

Di otra patada que estampó la silla contra la pared y salí de la habitación sin despedirme. Al salir, no pude evitar mirar de reojo a la mujer de Columbu: lloraba en silencio apoyada en la vieja Olivetti de la antesala.

No me embarqué. Me metí en un bar de la calle Roma, desde donde podía ver el barco al que debería haberme subido, y me emborraché con la esperanza de recuperar un poco la calma. Estaba furioso conmigo mismo. No me había comportado como un profesional y había engañado a un cliente. Salí tambaleándome y me equivoqué de calle un par de veces durante mi camino de vuelta al hotel. Cuando por fin me encontré en la habitación, metí una cinta en el *walkman* y me aislé del resto del mundo. Me quedé dormido con Slim Harpo cantando un húmedo *blues* de Luisiana: «Raining In My Heart».

Me desperté de madrugada. Tenía ganas de hablar con alguien y el único que seguro que estaba despierto a aquella hora era Maurizio Camardi, un amigo de Padua, saxofonista de *jazz*, conocido también por ser un auténtico experto en mujeres guapas. Cerca del hotel había una cabina. Entré y marqué su número.

—Según tú, Maurizio, ¿qué música escuchaba Chandler mientras escribía *El sueño eterno* allá por 1939?

—Jazz, Caimán. Buen *jazz* negro para sus oídos de blanco... En aquellos tiempos funcionaba así...

—Entonces dame un consejo: tengo que regalarle un disco a un tipo, algo que tenga que ver con México, la muerte, la nostalgia, los padres, los hijos...

—Muy fácil. *Tijuana Moods* de Charles Mingus. A Charles le gustaba México. Murió allí en 1979. En Cuernavaca para ser más concreto. Es el disco apropiado... Pero no entiendo...

—Es una larga historia, Maurizio, ya te la contaré en otra ocasión... Digamos que he conocido a un cliente que me ha comparado con Marlowe y no hay nada que me cabree más que eso.

—Bueno, Caimán, mejor que te tomen por un caballero errante de la modernidad que por un exmúsico de *blues* enloquecido y bebido que hace de investigador porque se le fue la olla en la cárcel.

—Vale, veo que, como siempre, muestras una gran consideración por el que suscribe —me reí sarcástico.

—Sabes lo que quiero decir: tendrías que volver a cantar y tocar —continuó impertérrito—. Esa es tu vida. El día en que se den cuenta de que eres solo un envoltorio de una sesión de *blues* te recluirán, Caimán, e inventarán en tu honor una nueva técnica de lobotomía...

Estuvimos charlando hasta que se agotó la tarjeta del teléfono y luego volví a la pensión. Intenté cantar frente al espejo del baño. Me aventuré con el inicio de «My Babe» de Little Walter. Comenzó el acompañamiento de Leonard Caston y Robert Junior Lockwood a las guitarras, Willie Dixon en el bajo y Fred Below en la batería. Pero de mi garganta no salió ningún sonido. La banda se cansó de repetir la introducción y se escapó de mi mente. Para volver a encontrar a unos músicos tuve que encender el *walkman*.

Volví al despacho de Columbu poco antes del mediodía.

—Abogado —comencé—, ¿sabe que da la impresión de haber vivido toda la vida sentado detrás de ese escritorio?

Con un gesto cansado se bajó las gafas hasta la punta de la nariz.

—Buratti, ¿ha venido a pedir disculpas?

—Sí, y le he traído un regalo para que me perdone —dije, dándole el disco que acababa de comprar.

Lo miró, dándole varias vueltas.

—¿Tiene algún significado que deba entender? No soy ningún experto en jazz... —se excusó.

Encendí un pitillo y le hablé entonces de Mingus y su música.

Sonrió.

—¿Cree que al escucharlo tendré «buenas vibraciones», como decían en los años setenta, y se mitigará el dolor por la muerte de Toni?

—Muy bien, abogado —aprobé, mientras me levantaba—. Ha captado el espíritu y yo aprovecho para regresar satisfecho al «continente».

Me detuvo con un gesto.

—No tenga prisa, Buratti. También yo le debo una disculpa... Siéntese otra vez, por favor.

Había llegado el momento de expresar mis sospechas:

—El verdadero motivo por el que me llamó no era encontrar a su hijo, ¿verdad? Usted, como penalista, debía de saber que para encontrar a prófugos políticos se siguen caminos muy diferentes...

—Sí. Y en cualquier caso no pensaba recorrerlos. No quiero tener nada que ver con el entorno responsable de la ruina de Toni... Siempre fue un débil, ya desde niño... Y sospechaba que estaría muerto. Como ya le dije, nunca se había olvidado del cumpleaños de su madre. Entre ellos existió siempre una unión muy fuerte. Pero, obviamente, eran simples suposiciones. Necesitaba certezas... y observarle un poco de cerca... para entender qué tipo de persona es usted, Buratti.

—¿Y no le he desilusionado? —pregunté en tono inexpresivo.

—¿Por qué? Me ha demostrado que sabe moverse y... que es un hombre que respeta a los viejos. No es poco en los tiempos que corren. —Se levantó y se dirigió a la ventana que daba al tribunal, un feo edificio gris construido en la época fascista—. Unos clientes me han encargado que contrate a un detective privado para una investigación especialmente delicada...

—Ya. «Delicada» —intervine sarcástico—. Por lo que tengo entendido, aquí significa «muy peliaguda»...

El viejo letrado se dio la vuelta para mirarme.

—Buratti, si su fama es cierta, este debería ser uno de los casos que más le gustan: víctimas inocentes y una verdad ocultada con cuidado... Y usted

mejor que yo sabe lo apropiado que es definir como «delicados» este tipo de asuntos.

El viejo zorro había logrado captar toda mi atención. Me acomodé en la silla y encendí un pitillo. No quería dar la impresión de que me moría de curiosidad, pero la sonrisa que iluminaba la cara de Genesio Columbu me dijo que no lo había logrado.

—Me han encargado que le exponga el caso a grandes rasgos. Si es de su interés, habrá un encuentro con los clientes; en caso contrario se le reembolsarán, como acordamos, los gastos por las molestias...

—Expóngalo, abogado, expóngalo —lo incité.

—Hace unos diez años tres caballeros fueron acusados de homicidio y tráfico de estupefacientes. No hace falta decir que eran por completo ajenos a ambas imputaciones pero, para que se reconociera su inocencia, tuvieron que esperar la sentencia durante casi dos años, por supuesto en la cárcel, y enfrentarse a un proceso que se prolongó durante ciento tres audiencias...

—Pero lo consiguieron —le interrumpí, un poco perplejo y desilusionado—. Además, después de tantos años, ¿para qué quieren un investigador, continental por añadidura?

Genesio Columbu se acercó y plantó su cara a pocos centímetros de la mía. Calibró el tiempo justo para una pausa de efecto y soltó de carrerilla:

—Alguien afirma que ha visto al muerto. Hace poco. Y no le ha parecido que estuviera especialmente muerto. No es la primera vez que se oyen rumores en este sentido y mis clientes han decidido comprobar, de forma definitiva, su autenticidad... Y ya que están, quieren saber quién los ha jodido.

—¿Y por qué precisamente yo? —le pregunté a bocajarro.

—Dicen que es usted el mejor a la hora de olfatear viejas pistas, incluso las de hace muchos años.

No era la verdad. Lo presentía. El viejo me adulaba con la consumada habilidad del penalista que quiere seducir a un juez vanidoso y estúpido. El asunto, traducido a mi lengua, significaba solo una cosa: necesitaba un cruzado, o sea, ese tipo de detective que se mete hasta el cuello en las investigaciones porque o no tiene nada que perder o no le funciona del todo bien la cabeza. Sabía que los legales para los que había trabajado en el pasado pensaban de mí ambas cosas. Y la voz se había extendido... por supuesto. Debía levantarme y marcharme. Abandonar. Olvidarme. Pero no lo hice. Hacía meses que no trabajaba y necesitaba dinero... Y una investigación. Sí,

quería un caso... Vaya si lo quería. Y fue así, con satisfacción, que oí mi voz acordar la primera cita con mis nuevos clientes.

Eran tres abogados. Esto fue una auténtica sorpresa. No había oído nunca hablar de abogados que hubieran acabado en la cárcel por homicidio y tráfico de drogas. Entre cincuenta y sesenta años; lo cual quería decir que los encerraron en lo mejor de sus vidas profesionales. Gabriele Vargiu, de aspecto robusto y fumador de puros. Vincenzo Pontes, delgado y nervioso, un pitillo tras otro. Reconocí en él al fumador de prisión: la colilla que marca las horas. A Ignazio Moi el vicio debía de habérselo quitado el médico: la camisa, demasiado ancha, le bailaba en el cuello. Una delgadez que apestaba a enfermedad... de las que consumen.

Leyó en mis ojos el diagnóstico y me lo confirmó:

—Señor Buratti, ¿usted cree que el encarcelamiento puede considerarse responsable de la aparición de enfermedades psicosomáticas?

—Sí, abogado. En siete años tuve ocasión de constatarlo —respondí con seguridad.

—Yo tengo leucemia... por indignación. No quiero aburrirlo con discursos patéticos sobre el mal que corre más veloz que la vida, pero, las cosas claras, le digo que para mí ha llegado el momento de conocer la verdad. Sé que interpreto también el pensamiento de mis amigos y colegas... y excoimputados aquí presentes.

Antes de tomar la palabra, Vargiu apagó el puro.

—Durante veinte años, en mis alegatos recordé a los jueces que los italianos somos un pueblo en libertad provisional: el proceso inquisitorial, la cultura de la sospecha y la total ausencia de una cultura de la investigación no preservan a ningún inocente del peligro de ir a la cárcel... Luego me ocurrió a mí y no podía creérmelo. Una pesadilla que duró veintidós meses... Han pasado ocho años y a estas alturas ya sé que nuestra vida, tanto en el plano profesional como en el personal, no va a ser igual... Como ha dicho Ignazio, ha llegado la hora de restablecer la verdad.

Perdí la paciencia.

—Señores, la vida y la justicia también me dieron por el culo. Lo sé todo sobre este tema, así que saltémonos los preliminares y vayamos rápido a lo que interesa. Estoy aquí para aceptar o no un encargo: en pocas palabras, me gustaría saber qué quieren que haga. El abogado Columbu me ha anticipado

ya algo pero, como pueden imaginar, no es suficiente para una valoración seria.

Los tres se dieron la vuelta para mirar al viejo abogado, que, como siempre, estaba sentado tras su escritorio. Se ve que les había garantizado mi disponibilidad desde antes de nuestro encuentro. Columbu se encogió de hombros.

—Nuestro amigo investigador se muere de ganas de empezar. Ahora se hace el interesante y el altivo de boquilla, pero no cedería este caso a nadie —dijo, mientras me miraba con aire socarrón.

Diablo de abogado. Era totalmente cierto. Pero, por lo menos en los primeros cinco minutos, hubiera preferido que no se me viera tanto el plumero con los clientes.

—¿Y bien? —los incité.

—La historia es larga y complicada —dijo Vincenzo Pontes, el más joven del terceto, que tomó la palabra por primera vez—. Para evitar relatársela de manera inútil es mejor dejar claras nuestras condiciones desde el principio. Queremos que descubra en primer lugar si Giampaolo Siddi, de cuya muerte fuimos acusados, está vivo y coleando, como parece; segundo, el motivo de nuestra aparición en las investigaciones y, en tercer lugar, quién nos gastó esta mala jugada. Nombres y apellidos.

En ese punto, por lógica, debería haberles preguntado qué uso harían de las posibles informaciones que yo les facilitara. En un asunto de este tipo, la venganza podía ser un motivo más que suficiente para encerrar a un investigador sin licencia como el que suscribe. Pero esta idea ni siquiera se me pasó por la cabeza. Se veía de lejos que eran unos auténticos caballeros y no quería faltarles al respeto. Encarnaban la figura del abogado sardo de la vieja guardia de la que tanto había oído hablar en la cárcel. Así que, por fin, decidí entrar a fondo en la cuestión pidiendo datos de la víctima.

—Ese Giampaolo Siddi —pregunté—, ¿quién era? ¿A qué se dedicaba?

—Era un abogado civilista del foro de Cagliari.

Otro golpe de efecto... que hizo que me atragantara con el humo del pitillo. Mientras tosía, pensaba que Cabiddu tenía razón: el asunto era de verdad «delicado».

—Un abogado presuntamente asesinado, tres colegas en la cárcel y, como telón de fondo, el tráfico de drogas —enuncié preocupado—. Creo que va a ser cuestión de que procedamos por orden. ¿Qué les parece si empezamos por el principio?

—Sí, pero no aquí —intervino Vargiu, el gordo del puro—. Es hora de cenar y la historia es larga. Vamos a comer algo.

Lo detuve.

—Mire, yo como poco y mal. Mi dieta es sobre todo líquida y mi presencia en un restaurante es del todo inútil; más aún, diría que perjudicial para la inspiración creativa de los cocineros.

El abogado me miró divertido.

—Es usted un auténtico bárbaro, Buratti —comentó afable mientras me cogía del brazo.

En poco menos de tres horas tuve conocimiento del caso Siddi. A pesar de la intensa actividad de mis jugos gástricos, debida a la insistencia de mis anfitriones en obligarme a probar una innumerable cantidad de pescados, no perdí una palabra de lo que se me expuso de forma un tanto sugestiva. Descubrí que los tres abogados eran narradores precisos y fascinantes: Pontes se ocupó de ponerme al corriente de los hechos en orden cronológico, Moi destripó el sumario y el proceso desde el punto de vista jurídico y, por último, Vargiu me informó de todos los comentarios recogidos en el curso de esos años.

—No me gustaría que lo que estoy a punto de decir se entendiera mal, porque es indudable que ustedes son víctimas de un error judicial y que nadie podrá devolverles los años de vida que la cárcel les quitó y bla bla bla, pero, joder, chicos, ¡un caso como este es el sueño de cualquier investigador! —comenté mirándolos casi radiante cuando acabaron.

Tras un embarazoso instante de silencio, tuvieron la fuerza suficiente para dedicarme una sonrisita de circunstancias. El comentario no les había hecho ninguna gracia, pero aguantaron con estoicismo; seguramente Columbu les había advertido de que soy un tipo un poco extravagante.

Tomé un largo trago de calvados y encendí un pitillo. Había llegado el momento de reorganizar las ideas.

—Veamos si lo he entendido bien —empecé con tono profesional—. El 22 de abril de hace diez años, Giampaolo Siddi, de cuarenta y un años, abogado civilista, casado y padre de tres hijos, sale de casa a las ocho de la mañana. —Aspiré una larga bocanada de humo—. No aparece a la hora de comer. Su mujer se enfada y, luego, a medida que pasan las horas y sigue sin tener noticias del marido, empieza a preocuparse. Llama a su despacho y habla con su secretaria, la cual afirma con seguridad que lo ha visto salir hacia

las diez en compañía de un cliente con el que había estado durante aproximadamente una hora. Este, un tal Leon Benoit, belga, exsargento de la OTAN, de servicio en la base de Decimomannu, se ha licenciado del ejército para abrir un pequeño supermercado en Cagliari. Al interrogarle afirma que el abogado lo acompañó hasta el coche, que estaba aparcado cerca del despacho, y que no había vuelto a verle desde entonces.

»En la posterior reconstrucción de los hechos, Benoit será la última persona que vio a Siddi con vida.

»A primera hora de la mañana del 23 de abril, cerca del cementerio mayor, la policía encuentra el Mercedes del abogado. El coche está abierto y sin las llaves. En el asiento delantero derecho se encuentra un ejemplar del periódico *Unione Sarda* del día anterior, y pan y fruta en una bolsa de plástico.

»Se pone en marcha una investigación. La búsqueda se realiza en diferentes puntos de la ciudad y de la provincia, sin ningún resultado. Se toman en consideración todas las hipótesis posibles: desde el secuestro hasta el suicidio. Mientras tanto se interroga a parientes, amigos, colegas y clientes, y se deduce que Giampaolo Siddi ejercía su profesión de forma muy esporádica y prefería, en cambio, mezclarse en asuntos un poco turbios. Además de usura y corrupción en el sector de la contratación pública, se perfila que frecuenta de manera habitual la base de la OTAN de Decimomannu, donde su contacto resulta ser el exsargento Leon Benoit. Un suboficial italiano relata al juez que unos soldados alemanes compran de contrabando una partida de *whisky* Chivas por valor de cien millones de liras a través de unos amigos de Siddi que pagan en marcos y que, con posterioridad, confirman la autenticidad del relato. Benoit acaba en la cárcel por contrabando y falso testimonio. Se convierte en el sospechoso número uno y su posición empeora cuando unos chivatos de la policía, de la sección de narcóticos, reciben información sobre una partida de drogas gestionada por algunos “abogados”, detrás de los cuales están unos militares alemanes de la misma base.

»Como en cada historia italiana que se precie —hice una pausa para servirme otra copa de calvados—, aparecen los servicios secretos: una serie de personajes relacionados con agentes de diferentes países, entre los cuales una mujer española que trabaja para la inteligencia alemana.

»En la ciudad nadie tiene dudas: la desaparición de Siddi está relacionada con sus actividades en la base de la OTAN. Mientras tanto, ocurre algo que, en apariencia, no tiene nada que ver con el caso en cuestión. El 7 de junio, en

la carretera de la costa entre Cagliari y Villasimius, se encuentra el cadáver de un delincuente de medio pelo en avanzado estado de descomposición, un tal Gianni Mereu, de treinta y siete años.

»Al preguntarle sobre las amistades de su hijo, la madre de la víctima da el nombre de un tal Gavino Perra, el Profesor, un tipo de cuarenta y cinco años que enseña francés, amante de las emociones fuertes y cliente asiduo del bar Kristall, conocido lugar de encuentro de hampones de la misma calaña del muerto.

»Este tipo, al que citan en comisaría, declara con la mayor desenvoltura posible que a Mereu lo han asesinado otros dos clientes del bar y cómplices suyos en el tráfico de drogas, Pinuccio Cau y Denis Pilia. El móvil: se había quedado con medio kilo de heroína.

»En los sucesivos interrogatorios, el testigo cae en numerosas contradicciones, pero la riqueza de detalles con la que describe los hechos induce al magistrado a emitir contra él una orden de arresto por homicidio, ocultamiento del cadáver, tráfico de heroína y asociación para delinquir.

»En ese punto Perra se retracta y declara que se lo ha inventado todo, pero no le creen. Así, también Cau y Pilia acaban en la cárcel.

»Unos meses después, el 29 de septiembre, el Profesor promete “decir toda la verdad”: sostiene que pertenece a la misma banda que Cau, Pilia, Mereu y otros de los que da el nombre, y que tuvo contactos con Giampaolo Siddi, que era su proveedor de heroína. Declara además a los investigadores que Mereu y Beppe Puddu, otro miembro de la banda, habían citado al abogado en los alrededores del cementerio el día de su desaparición. Allí lo agarraron, lo obligaron a subir en su coche y después lo mataron a tiros cerca del restaurante Tavernetta di Campo Omu. Sobre el destino del cadáver proporciona tres versiones distintas. En la primera lo arrojan al mar, en la segunda lo descuartizan y después tiran los trozos a diferentes contenedores de basura del pueblo Quartu Sant’Elena y, por último, en la tercera lo tiran al incinerador de Cagliari. Algún tiempo después, Puddu y Pilia eliminan a Mereu por el ya citado robo de medio kilo de heroína.

Tenía la garganta seca por la gran parrafada y pedí más licor. El abogado Moi aprovechó la pausa para intervenir:

—Llegados a aquel punto, estaba claro que Gavino Perra no era fiable en absoluto, un cuentacuentos con evidentes problemas psíquicos. Y, sin embargo, los investigadores no solo le creen, sino que abrazan entusiasmados la versión de la muerte de Siddi, hasta el punto de que abandonan para siempre la pista de la base de la OTAN de Decimomannu, a la que, una vez

comenzado el proceso, no se volverá a hacer referencia. Todo esto, mira por dónde, justo en la vigilia del interrogatorio del subcomandante alemán, un tal Otto Schleier...

—... al cual, unos días después, trasladan a otro destino —subrayó irónico Vargiu.

—Sin duda Perra no era fiable —retomé—. Pero la banda entera cae presa del pánico al ver que los investigadores creen su confesión. Así, muy pronto empieza la carrera para ver quién está más arrepentido. Arrestan en Módena a Efisio Piredda, el único prófugo del grupo, toxicómano terminal, y en cuanto lo trasladan a Cerdeña, desmiente la declaración de Perra y se confiesa autor material del homicidio de Mereu.

»Otro imputado, Giovanni Azuni, al tener conocimiento del arrepentimiento de Piredda y convencido de que este lo habrá acusado, llama al juez, da otra versión de los hechos en la que involucra a personas desconocidas hasta ese momento y desmiente las declaraciones de los dos primeros arrepentidos.

»Estos tratan de recuperar su credibilidad. Así, mientras Piredda confiesa un robo llevado a cabo en el tiempo en que era prófugo, Perra lanza un órdago: se juega la carta de la pista de los abogados dedicados a la venta de heroína que tanto fascinaba a los magistrados y de ese modo los mete a ustedes en el ajo.

»Ante el juez empieza con el habitual “quiero decir toda la verdad” y cuenta que Puddu le confió que el aquí presente Ignazio Moi, apreciado penalista de Cagliari, constituía el vértice de la organización y, como tal, ordenó el homicidio de Giampaolo Siddi por haberse apropiado este último de doscientos millones de liras pertenecientes a Moi. Puddu y Cau son los ejecutores materiales. En lo que respecta al homicidio de Mereu se atiene a la versión anterior, cambia solo algún nombre y resta gravedad al hecho.

»Su bufete está a nombre de los tres. Al principio, al fiscal le pareció extraño que dos de ustedes estuvieran fuera del asunto, pero bastó con interrogar a los arrepentidos Piredda y Azuni para confirmar la participación de Vargiu y Pontes.

»Piredda cuenta que ha sabido por Beppe Puddu que el cerebro era Moi y el ejecutor material, el abogado Gabriele Vargiu. Afirma que este liquida a Siddi cerca del cementerio mayor y Puddu y Mereu se encargan de llevar el cadáver a Oristano para enterrarlo. Cambia entonces la versión sobre el homicidio de Mereu, del que anteriormente se había declarado culpable. Dice

que estaba “confundido”... y que ahora recuerda que los asesinos son Puddu, Pilia y Cau.

»Azuni también se retracta, ya que, según él, ha llegado el momento de recuperar su dignidad como hombre. Su objetivo es implicar a Pontes, al que atribuye, como elemento más joven del bufete, solo la distribución de la droga. El 2 de diciembre saltan las órdenes de busca y captura y, entonces, ustedes se encuentran en la cárcel con la acusación de homicidio, tráfico de drogas y asociación para delinquir.

»Empieza la pesadilla y se pone en marcha el mecanismo perverso del error judicial. Serán necesarios veintidós meses y un proceso de más de cien audiencias para demostrar que la banda formaba parte de un grupo de traficantes de escasa importancia, que sí era responsable del homicidio de Gianni Mereu, pero que ninguno de sus componentes había matado a Siddi porque... ni siquiera lo conocían. Como tampoco a ustedes. A pesar de la inconsistencia de las acusaciones y las puntuales reprobaciones de la defensa, sin duda podrían haberlos condenado si uno de los arrepentidos, Giovanni Azuni, no se hubiera avergonzado de su cobardía y no se hubiera retractado de las acusaciones lanzadas contra ustedes durante la vista... Y la vergüenza siguió atormentándolo hasta el punto de fulminarle con un infarto mientras se sentaba en el banquillo de los acusados, dos años más tarde, durante el proceso de apelación.

»Tras la absolución queda una pregunta en la mente de todos: ¿por qué precisamente ustedes? Pues bien... todo nace de una vieja historia de enfrentamientos y desquites con la fiscalía del Estado a partir de un proceso político que puso en ridículo a alguien vengativo... ¿Me he olvidado de algo? —pregunté a modo de conclusión.

—De algún detalle, pero de nada importante —caviló Moi.

—Como ve, Buratti —intervino Pontes—, el caso Siddi no existe, o mejor aún, nunca lo ha hecho desde el punto de vista de la investigación. Una vez abandonada la pista de la base de Decimomannu, al seguir la de los cuatro quinquis se entró en una impresionante sucesión de despropósitos. Cuanto más se inventaban los arrepentidos, más les creían. Está claro que a ellos no se les hubiera ocurrido nunca dar nuestros nombres si alguien no se los hubiera indicado. Aquellos magistrados estaban encantados con la posibilidad de arrestarnos, pero hemos de excluir, sin duda, que fueran ellos los que hicieron la sugerencia... Es evidente que fue obra de otros, y nosotros queremos saber quiénes y por qué.

—Para descubrirlo, hay que revisar el caso Siddi desde el principio... —puntualizó Vargiu—. Exactamente desde el día de su desaparición. Desarrollar aquella investigación que había apenas comenzado.

El personal del restaurante empezó a recoger el comedor, aunque nosotros no mostráramos ninguna intención de marcharnos. Signo evidente de que mis clientes eran conocidos. Pedimos el enésimo calvados para mí y *filu'e ferru*^[2] y mirto para Pontes y Vargiu. Moi apenas había bebido media copa de vino.

—En estos años les han llegado rumores de varios avistamientos del abogado desaparecido. Pero ¿qué piensan ustedes? ¿Está vivo o muerto? —les pregunté a bocajarro.

—Vivo. Lo presiento —respondió Pontes con seguridad.

Los otros se encogieron de hombros.

—Es difícil decirlo —replicó Moi perplejo—. Por lo que sabemos, las dos hipótesis tienen fundamento. La del homicidio funciona porque estaba implicado en varios tipos de contrabando, y en ese entorno... Por el contrario, a favor de una desaparición voluntaria, los elementos más valiosos son los testimonios de personas que «creen» haberlo reconocido, y su casi segura pertenencia o colaboración con los servicios secretos...

—Son conscientes de que han pasado muchos años y que no siempre se logra seguir viejas pistas...

—No se haga el modesto, Buratti. Todos sabemos que es su especialidad. Estamos seguros de que no nos defraudará —ironizó el abogado Moi, con tono de querer dejar zanjado el asunto.

—Les agradezco la confianza —repliqué, mientras asentía ligeramente con la cabeza.

Escribí una cifra en una servilleta y se la pasé a mis clientes.

—Al día. Más los gastos, claro.

—Ningún problema —asintió Vargiu.

—Necesitaré un ayudante...

—Beniamino Rossini, ya lo sabemos —intervino Pontes.

—¿Algo que objetar al personaje?

—Ninguno, Buratti, no se preocupe —se apresuró a tranquilizarme Vargiu.

—Entonces hay un par de cosillas más que tengo que pedirles y luego podremos irnos todos a dormir. Necesito un apartamento discreto, un teléfono móvil y un coche.

—Ya habíamos pensado en ello —respondió de nuevo Vargiu, guiñándome el ojo—. Las llaves las tiene Genesio.

—Un consejo —dijo Moi, poniéndome una mano sobre el brazo—. Somos viejos penalistas y conocemos todos los ambientes de la isla. Cambie de aspecto. Así... parece un bohemio, un artista... Vaya, yo creo que sería un obstáculo...

—Entendido —lo interrumpí picado—. Me disfrazaré de persona normal.

—Bien. Aquí el aspecto es importante. Añádalo todo en la cuenta de gastos —continuó—. Para cualquier eventualidad póngase en contacto con el abogado Columbu, es como si hablara con nosotros. No volveremos a vernos hasta el final de la investigación... Lo preferimos así.

Me despedí de ellos y había recorrido ya algunos metros en dirección a la pensión cuando oí la voz de Moi.

—¿Cree usted que está vivo o muerto? —me preguntó.

Me había leído el pensamiento. Justo en aquel momento estaba sopesando ambas posibilidades... Pero mi alma *blues* me decía que estaba vivo.

—Un investigador con licencia se encogería de hombros —respondí— y dejaría claro que es demasiado pronto para aventurar hipótesis. Como yo no tengo licencia, puedo permitirme opinar que ese hijo de puta está vivo. —Encendí un pitillo, mientras me deleitaba en la pausa para crear efecto—. No solo porque lo siento... En realidad no logro sacarme de la cabeza el detalle del periódico y de la bolsa de plástico con el pan y la fruta que encontraron en el asiento del coche. Apesta a montaje. Un tipo como Siddi, especialmente atento a los acontecimientos de la ciudad, compra el periódico al salir de casa por la mañana. El pan y la fruta, sin embargo, son las clásicas compras de última hora, cuando las tiendas están a punto de cerrar y vuelves a casa corriendo para comer. Siddi desapareció a las diez de la mañana. Demasiado temprano para ese tipo de compras.

Mientras me despedía con un gesto, leí en sus ojos una mezcla de interés y de respeto. Aquello me gustó.

La comunicación no era buena pero el desacuerdo de mi socio se detectaba por encima de las interferencias de la línea.

—Este debe de ser otro de tus putos casos. Aunque no sepa nada, presiento que será otra cagada, como el último, que nos obligó a salir corriendo... Y eso si consideramos que los buenos éramos nosotros...

—De acuerdo, Beniamino —repliqué conciliador—. No te preocupes. Puedo apañármelas solo...

—No te hagas el bastardo, Marco —se creció—. Tienes que volver enseguida a Bastia y olvidar a tus caballeros abogados. Si te quedas ahí, me obligas a ir y a jugar a los detectives...

—¡Nadie te obliga a hacerlo! —lo interrumpí, levantando la voz.

—No es verdad y lo sabes. Estoy en deuda contigo porque me salvaste la vida en la cárcel y, además, soy tu mejor amigo: saber que andas por ahí, metiéndote en líos sin el que suscribe para cubrirte las espaldas, me angustia y, cuando estoy así, los negocios se resienten y no se me empina... Tengo cincuenta y tres años...

—¿Cuándo llegas? —lo atajé.

Suspiró resignado.

—En tres días. Con el transbordador de la tarde de Santa Teresa de Gallura. Ah, Marco...

—Dime, socio.

—Solo conozco un dicho en sardo, que me enseñaron en la cárcel los que tienen la sabiduría del condenado a cadena perpetua: «*zente istranza*», o sea, «extranjeros». ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro. Significa que tenemos que movernos con extrema precaución.

—Exacto —subrayó—. Algo que no te he visto hacer nunca —añadió tras un instante de pausa.

Mientras esperaba la llegada del viejo Rossini, tomé posesión del coche, un anónimo Panda azulito, y del apartamento, dos habitaciones en Pitz'e Serra, un barrio de nueva construcción de Quartu Sant'Elena, el extrarradio más cercano en el que viven los cagliaritanos que no pueden permitirse los altos precios de las casas de la ciudad. Decenas de edificios, todos iguales, y otros tantos en construcción, separados entre sí por terrenos sin árboles, cubiertos totalmente de hierba amarilla quemada por el invierno. Cada mañana los apartamentos se vacían. En casa quedan solo las amas de casa, los jubilados y los niños demasiado pequeños para ir a la guardería. La zona es demasiado nueva para tener una auténtica vida de barrio. Todo esto no me disgustaba en absoluto. Es más, era justo el tipo de sitio en el que me habría gustado vivir de forma estable, porque me ofrecía la posibilidad de pasar inadvertido. Y no me sentía nada oprimido por la «angustia metropolitana» de la que me habló durante casi una hora una tipa aburridísima con veleidades de filósofa posmoderna que bebía Campari a las diez de la mañana en un cercano bar anónimo.

A última hora de la tarde, las calles se llenan de coches aparcados bien pegados el uno al otro, cada uno con su buena alarma antirrobo, que se

diferencia de la de al lado por el tono diferente de la sirena. Cagliari es una de las ciudades donde se roban más coches y protegerlos con medios cada vez más sofisticados constituye un auténtico desafío al que no quieren renunciar los propietarios, como me había explicado Columbu mientras me enseñaba el funcionamiento de la alarma del Panda. Hay que decir que la banda sonora de la mayoría de las noches en este barrio la provoca casi siempre un simple golpe de viento. El abogado había añadido que, en su opinión, la dedicación al sector de los coches aleja a la delincuencia de la tentación de robar bancos, una actividad con un porcentaje menor que en otros lugares. No estaba en absoluto de acuerdo, pero me guardé bien de decírselo; no tenía las más mínimas ganas de entablar debates sociológicos sobre las perspectivas de desarrollo de la ilegalidad isleña. Tenía que cambiar mi atuendo y eso no me ponía precisamente de buen humor.

Cuando ya no fue posible posponer más las compras, me encaminé hacia el centro en busca de una tienda donde hubiera poca gente y pudiera aprovisionarme de un guardarropa completo, desde los zapatos hasta el sombrero.

Vi una en la calle Deledda, en el corazón de la ciudad, una de cierto nivel y muchas pretensiones, sobre todo porque anunciaba con grandes cartelones las mayores rebajas de la historia. Esperé con paciencia a que no hubiera más clientes y entré desplegando una sonrisa radiante. La dependienta, una rubia de unos diecinueve años, del tipo «ceñida y pintarrajeada» no correspondió a mi jovialidad y se apresuró a llamar al encargado. Apareció un tipo de unos treinta años con cara de dóberman y el típico principio de calvicie de los jóvenes que piensan solo en enriquecerse y por ello desprecian a todo el mundo, excepto a los que son como ellos y a los que les precedieron en la escalada de ese objetivo.

Me repasó de arriba abajo como si fuera una cucaracha que había osado infestar su linda *boutique*. La miradita partió de mis botas de pitón, subió por los vaqueros que llevaba puestos veinte días seguidos, se transformó en una ceja fruncida cuando se dio de narices contra el alegre violeta de mi camisa de seda salvaje de «negro» de Luisiana y, por último, dedicó una lenta mirada panorámica a mi cazadora original de piloto americano con el cuello de piel sintética. Sabía que hacía tiempo que estaba pasada de moda y que desentonaba de todas todas con el suave enero de Cagliari, pero se había convertido en una compañera inseparable con la que me enfrentaba al invierno desde hacía años.

Antes de que el dóberman pudiera decir algo desagradable que me cabreara, saqué del bolsillo el clip de plata con forma de caimán —regalo de un cliente al que devolví una hija adolescente que se había escapado con un representante que era tres veces mayor que ella— y mostré explícitamente los billetes de cincuenta mil y cien mil liras que me habían entregado los abogados como anticipo. Agité el dinero varias veces.

—Me caí al mar desde mi yate y el carguero filipino que me recogió no tenía un vestuario muy bien provisto... Me han dicho que quizá en esta tienda pueda resolver mi problema —recité de una tirada con un ridículo acento milanés.

Fue suficiente para disolver todas las reservas hacia mí y una hora después salía de la tienda cargado de bolsas llenas de ropa que nunca hasta aquel momento habría imaginado que me pondría pero que me quedaba «súper bien», como dejó caer la dependienta cuando mis compras ascendían a más de un millón.

Sabía que una historieta de este tipo influiría en el estado de ánimo del viejo Rossini, así que se lo conté por teléfono. Se rio y prometió traer sus mejores galas. Conocía su tipo de elegancia. Durante unos instantes tuve la tentación de convencerlo para que se renovara con algo un poco más sobrio, pero me arrepentí. Sin duda se habría ofendido. El problema con Beniamino era que su forma de arreglarse llamaba más la atención que el que suscribe en su versión de músico de *blues*.

Mis temores se confirmaron cuando lo vi bajar del transbordador con un abrigo largo de color camello bajo el cual destacaba un traje azul oscuro de mil rayas. Y de calzado, un par de zapatos blancos y negros.

—Beniamino, pareces un gánster —lo saludé.

—Soy un gánster... Tú, sin embargo, pareces un empleado de banca. Y no lo eres. ¿Qué es peor? —replicó mientras negaba con la cabeza mirando mi traje de terciopelo verde.

—Llamaremos la atención —insistí.

—Llamaremos la atención en cualquier caso. Somos *zente istranza* y nunca lograremos parecer sardos ni de lejos.

—¿Ya empiezas a hacerte el hampón sabihondo? —me burlé.

—Ese pendiente es demasiado grande. Desentona. Decididamente eres poco creíble —comentó, ignorando mi pregunta y señalándome la oreja izquierda—. Pareces uno de esos ladrones de bancos que se disfrazan de empleado, pero se olvidan de un detalle importantísimo y luego se sorprenden cuando el golpe sale mal... Y se pasan el resto de su vida preguntándose

cómo es posible que saltara la alarma... ¿Has visto alguna vez en tu vida a un banquero con pendiente de pirata?

Negué con la cabeza para dejarle claro que no había nada que hablar sobre quitarme el pendiente.

—No, ¿algo más?

—Nada —respondió imperturbable, encogiéndose de hombros—. De lejos tenemos un pase.

Luego intentó disuadirme y llevarme de nuevo a nuestro cómodo tran-tran de clientes del bar del puerto de Bastia. Antes de que empezara a contárselo, ya estaba convencido de que sería un caso sin esperanza. Como siempre. Se había convertido en un viejo ritual. Recalcitrante al principio, pero incapaz de soportar la idea de que me ocupara de ello sin su protección y, sobre todo, sin su asesoramiento, porque estaba convencido de que yo no era capaz de moverme sin él en ese tipo de situaciones, que debían gestionarse con la sabiduría de la «calle» y la profesionalidad criminal. Tenía toda la razón. Sin su ayuda no habría sido capaz de resolver la mayoría de los casos. Solo que no podía admitírselo: se habría aprovechado de ello. Así, yo fingía aventurarme en casos difíciles y peligrosos, y él hacía creer que se sentía obligado a colaborar en la investigación. Un poco por amistad y otro poco porque en la cárcel le había salvado la vida. Me lo echaba siempre en cara, pero los dos sabíamos que ya había saldado aquella deuda un centenar de veces. En realidad le gustaba la aventura pura y simple. A sus cincuenta y tres años era un hampón rico y respetado: podía retirarse en cualquier momento, pero eso le habría hecho sentirse viejo... y él odiaba la simple idea de hacerse mayor. En el mundillo se le conocía como el Viejo Rossini, pero nunca en su presencia y solo para distinguirlo de sus numerosos hermanos, que como él se dedicaban al contrabando. El cuidado obsesivo que dedicaba a su cuerpo —«a lo ciclista profesional» como le gustaba definirlo a él mismo: delgado, enjuto, perennemente bronceado—, dejaba bien clara su poca simpatía por el ineludible paso del tiempo. Quizá exageraba un poco al teñirse el bigote y el poco pelo que le quedaba a lo Xavier Cugat, pero tenía las ideas claras en cuanto a la cosmética masculina y ponerlas en discusión podía resultar peligroso.

Cuando por fin —durante el desplazamiento desde el norte al sur de Cerdeña— lo puse al corriente del caso Siddi, fui muy concreto, casi puntilloso: los detalles también son importantes.

—¿Cómo piensas actuar? —preguntó.

—En dos direcciones: la vida privada del abogado desaparecido y *monsieur* Leon Benoit y su corte de soldaditos.

El viejo Rossini y el abogado Columbu se enamoraron a primera vista. Cada uno de ellos reconoció en el otro lo que efectivamente era: un mafioso y un abogado de la vieja guardia, educados en el respeto a las reglas, a la tradición y a la palabra dada. Hombres a los que bastaba un simple apretón de manos para recordar un compromiso toda la vida.

—Ahora ya no es así —oí repetir hasta el infinito durante la primera media hora de su encuentro.

Tuve que interrumpir el idilio para devolverlos a la realidad del caso Siddi. Lancé un largo resoplido y luego empecé:

—He leído todos los artículos que se escribieron sobre el caso. Me ha sorprendido el hecho de no encontrar ningún cotilleo de la vida privada del desaparecido. En aquella época tenía cuarenta y un años, una mujer y tres hijos. A los listillos como Siddi yo los veo, como mínimo, con una amante o un par de vicios «importantes»... Es algo característico de estos personajes... —expliqué, mirando a Columbu a los ojos.

—¿Esa es la primera pista que va a seguir? —preguntó Columbu.

—No solo esa. Nuestro Sherlock ha decidido rastrear también la de la base de Decimomannu —puntualizó Beniamino.

Esperé a que el abogado acabara el ritual de colocarse con gran cuidado las gafas en la punta de la nariz.

—Tiene razón, Buratti. En efecto, Siddi tenía una amante. La defensa lo supo siempre, pero se trataba de una mujer casada (hoy viuda), por lo que no se consideró necesario que testificara. Quisieron evitar el riesgo de dar mala imagen. Además, la esposa, a pesar de que no se constituyó como parte civil, asistió siempre a las sesiones y los miembros del jurado se habrían sentido violentos con su, llamémoslo así, «vergüenza». Una mujer... —hizo una breve pausa—, por encima de todo ama de casa y madre de sus hijos, por completo ajena a los asuntos del marido, que durante el proceso no levantó nunca la mirada del suelo. —La voz dejó traslucir una cierta conmiseración por la señora Siddi.

—¿Y la amante? ¿Asistió al juicio? —preguntó mi socio.

—No. Fiorenza Vadilonga, que así se llama, se mantuvo siempre al margen del asunto. Ni siquiera los investigadores se ocuparon nunca de ella. Trabaja en una notaría. A partir de las siete de la tarde pueden encontrarla

sentada a la mesa de un bar de la calle Roma. Todos los días se queda allí más o menos una hora, bebiendo con calma una copa y mirando con aire ausente a la gente que pasa.

—¿Chiflada? —pregunté preocupado.

—No —se apresuró a puntualizar el abogado—. Diría más bien inquieta... como si estuviera esperando siempre algo importante.

—Como, por ejemplo, el regreso de su viejo amante —aventuré.

—Quizá nunca hayan dejado de verse y ella siente la pena de amor del que sabe que entre un encuentro y otro pasará bastante tiempo —añadió con malicia el viejo Rossini.

—Los investigadores son ustedes... —dijo Columbu, encogiéndose de hombros.

—Aquí solo hay un investigador —puntualizó con ahínco Beniamino—. El que suscribe está aquí únicamente por amistad y porque una vez...

—No creo que al abogado le interesen nuestras historias —intervine para aplacar la polémica con una sonrisa.

—Solo quería que quedara bien claro que en mi vida me dedico a cosas muy diferentes... Por eso no quiero que se sepa por ahí que me siento obligado a gastar las suelas persiguiendo a gente —añadió con aire ofendido.

—¿Y qué me dice de Leon Benoit? —pregunté, para cambiar de tema.

—Recogido. Apréndase este término, Buratti. Aquí, en Cagliari, es una palabra importante. Significa «introducido, protegido, recomendado». Tras su excarcelación, pues se lo consideró persona «ajena» a los hechos, volvió a su supermercado y al narcotráfico. A lo largo de estos años se ha enriquecido y ha invertido mucho en inmuebles. Eso es todo. Para nosotros siempre ha sido imposible «echarle el guante»... No sé si me entiende...

—A la perfección —respondí mientras me levantaba—. Si es tan amable de anotarme en un papel la dirección del supermercado, no lo molestaremos más.

Ya en la calle, Beniamino me preguntó adónde nos dirigíamos. Respondí que era casi la hora del aperitivo y que podíamos tomarlo en compañía de la viuda Vadilonga.

Nos miramos. En ese momento empezaba la auténtica investigación. Mi amigo sonrió complacido y se lanzó a imitar a Bogart:

—Vamos a quitarnos este marrón de encima, socio.

El nudo que sentía en la boca del estómago no me permitió ser tan brillante. Para relajarme me refugié en el *blues*. Me puse los auriculares del

walkman: Bo Diddley, cantando «I'm A Man», trató de recordarme quién era yo y qué podía esperar de la vida.

Los bares de la calle Roma mantienen las mesas de las terrazas, tanto en invierno como en verano, bajo los altos soportales que hay a lo largo de la calle. Aquella tarde, los clientes se mostraban decididamente arrebujaos: con la excusa de protegerse del frío, un poco más intenso de lo habitual, por fin tenían la justificación para sacar el guardarropa invernal, hasta ese momento guardado en los cajones y en los armarios de las casas. Como contraste, los camareros en mangas de camisa que entraban y salían de los locales y sorteaban con habilidad la muchedumbre de transeúntes. La meticulosa descripción del abogado nos permitió identificar enseguida a Fiorenza Vadilonga. Estaba tomando un Aperol a sorbitos y alargaba la mano a intervalos regulares hacia un plato con cacahuets y galletitas saladas. Nos sentamos a su lado. Hubiéramos preferido una posición un poco más apartada, pero no había ningún sitio más libre. Evitamos observarla hasta que nos sirvieron. Una precaución inútil: como nos había anticipado Columbu, su único interés era seguir el flujo de la gente que pasaba por la calle.

Tenía unos cincuenta años pero, en realidad, aparentaba diez más. El cuerpo, sin formas, rellenaba de modo grotesco una indumentaria ostentosa y juvenil: un abrigo de leopardo sintético, un vestido escocés más bien corto, medias transparentes y unos zapatos de charol verdes y negros con un tacón que seguramente medía unos diez centímetros. Tiempo atrás, sin embargo, debía de haber sido guapa. Se intuía por la piel bronceada, las facciones delicadas de la cara, los ojos almendrados y su ligero estrabismo de Venus, que muchos hombres habrían encontrado intrigante.

—Está alcoholizada —sentenció Beniamino—. Tú también acabarás así. Viejo, agilipollado y vestido aún como un imberbe —continuó luego, mientras me miraba.

—No veo la hora —atajé—. En cualquier caso, tu análisis es una buena pista. Bebe porque está destrozada por la pena... Se siente triste... insatisfecha... Pero no de luto. Cuanto más la miro, más me convengo de que Giampaolo Siddi sigue vivo.

El viejo Rossini me dedicó una sonrisa ácida.

—Ya sé a dónde quieres ir a parar: tu *blues* le ha leído el alma...

—Justamente —rebatí con calma—. Si no crees en mi sensibilidad de músico, fíate de la de borracho. Esta última me dice que la señora sopla para

aguantar, no para olvidar... No está aliviando un luto, eso lo veo claro.

La mujer se bebió otros tres aperitivos y luego pidió la cuenta. La seguimos con facilidad: caminaba despacio y de vez en cuando se paraba a mirar los escaparates de las tiendas. Paseó durante más de un hora. Al final nos condujo a su casa, un edificio pequeño de dos plantas en la calle Giuseppe Giusti, a espaldas de la plaza Giovanni XXIII.

Abrió el portal con una lentitud exasperante. No mostraba ningún entusiasmo por volver a las paredes domésticas.

—Algún día de estos tenemos que echar una ojeada ahí dentro —dije a mi socio, señalando la casa con la barbilla.

Negó con la cabeza.

—La he visto maniobrar con un par de llaves especiales. Si quieres que entremos sin que se dé cuenta tenemos que reclutar a un profesional. Yo soy capaz de abrir esas cerraduras, pero las puedo fastidiar algo...

—¿Tienes alguna idea?

—Alguna. Pero me gustaría echar un vistazo al belga antes de hablar con ella.

Atravesamos el umbral del supermercado Delicatessen a las diez de la mañana. Era pequeño, pero bien abastecido de especialidades extranjeras. Extranjera también era la clientela: la mayoría, mujeres de militares de la OTAN. Provistos de un carrito, aprovechamos para hacer la compra: nuestra nevera seguía vacía de manera desoladora. La oficina del belga, un despachito de aluminio y cristal, se encontraba entre la sección de frutas y verduras y la de congelados. Sentado frente al escritorio, un hombre —pelirrojo, con un bigote de inconfundible corte militar, la cara redonda y una corpulencia maciza— estaba amablemente ocupado con una conversación telefónica. Sonreía sin parar y dejaba a la vista dos incisivos manchados de nicotina. Un segundo individuo más joven, que camuflaba la mirada bajo dos gruesos cristales de gafas de sol, con una incipiente calvicie, un cutis lleno de pequeñas cicatrices y un cuerpo delgado y musculoso, se sentaba frente a la puerta. Su aspecto amenazador imponía a cualquiera que quisiera entrar el hecho de pedirle que se apartara con el mayor tacto posible.

—¿Guardaesaldas? —pregunté a mi amigo.

—Sin duda. Y de los duros, por añadidura. ¿No crees que su presencia resulta exagerada para una actividad comercial tan pequeña?

—Sí —convine—, apesta a tapadera. Me da la impresión de que en ese despachito no llevan solo la contabilidad de las *delicatessen*.

Nos apostamos en el Panda azul para vigilar la entrada trasera. Esa mañana no se dejó ver nadie y los dos salieron después de la hora de cierre. El guardaespaldas tenía una manera de moverse ligera, de bailarín.

—Es un experto en artes marciales —sentenció Beniamino.

El belga tendría unos cincuenta o cincuenta y cinco años, y ostentaba un aire decidido, de hombre de negocios. Subieron a un Rover Coupé y se dirigieron sin prisa hacia el barrio de Sant'Avendrace, lo que nos permitió seguirles sin problemas. Se pararon frente a un restaurante cuyo cartel prometía una comida rápida y barata. Benoit esperó a que el otro bajara y controlara la situación antes de abrir la puerta del coche. Beniamino y yo nos miramos estupefactos. Era la forma de comportarse, cauta y prevenida, del hampón con problemas de competencia. Un elemento que quizá más adelante podríamos explotar.

El camarero que nos recibió pretendía mandarnos a una sala distinta de donde se habían sentado los dos, así que le alargué con discreción un par de billetes de diez mil para que cambiara de idea. Nos dimos cuenta enseguida de que el local era el segundo despacho del exmilitar. El gorila se sentaba con la espalda contra la pared, una elección que le permitía una visión completa. Su jefe estaba enfrente de él, con la cabeza inclinada sobre un plato de espaguetis con marisco. Al lado, una silla vacía que iban ocupando tipos que se paraban solo el tiempo necesario para susurrar alguna frase y dejar unos fajos de billetes sobre la servilleta extendida sobre las rodillas.

—Narcotráfico. Un grupo bien organizado, no hay duda —me susurró Rossini.

—Y protegido —añadí—. Columbu tenía razón. Hacía tiempo que no veía a un traficante recoger las ganancias a la luz del día. En jefatura, su expediente debe de llevar un gran sello con la palabra INTOCABLE.

Mi socio asumió una expresión pensativa.

—Necesitamos un apoyo local, Marco. Esta gente es peligrosa y no podemos permitirnos cometer errores... Si no, acabaremos como tapicería de los fondos del golfo de Cagliari.

—¿Que forme parte del equipo o que sea externo, como el cerrajero que necesitamos para entrar en casa de Vadilonga? —pregunté.

—Del equipo. Quiero a alguien capaz de dar siempre informaciones fiables y... de enfrentarse a cualquier tipo de situación.

—Preferiría que no fuera así —dije—. No me gusta que dé la lata más gente. Si ya es duro soportarte a ti, imagina a otro hampón.

—No tenemos otra elección, Sherlock —rebatí—. Al venir aquí violaste las reglas fundamentales de tu oficio: no indagar nunca en la mierda de una ciudad que no conoces. «Un investigador que se mueve fuera de su zona es como un ciego que decide cruzar una autopista».

—¿Y eso dónde la has leído? —pregunté estupefacto.

—Beniamino Rossini. *Obras escogidas*, primer volumen.

—De acuerdo —me rendí—. Advertiré a los clientes de que hay que pagar un sueldo más.

En ese momento el belga se levantó y dejó caer sobre la mesa, de forma en apariencia distraída, un par de billetes de cincuenta mil liras y se dirigió a la salida precedido por el guardaespaldas. Este se detuvo un instante al pasar frente a Beniamino. Se miraron a los ojos: el mensaje fue elocuente. Se reconocieron como profesionales de la violencia y cada uno pensaba que era más fuerte que el otro.

—Ahora no olvidará ya tu linda carita —resoplé.

—Perdona, Marco... La he cagado, pero no bajo la mirada ante nadie, y mucho menos delante del primer Van Damme que pasa —murmuró desconsolado—. Le meteré su kung-fu por el culo —añadió luego gélido.

El seguimiento nos llevó de nuevo al supermercado. Los dos entraron, como antes, por la puerta de atrás.

—Y por hoy, el dinero está ya reciclado y preparado para depositarlo en el banco —constaté.

—Odio a los narcos, Marco. Lo sabes. Han echado a perder el hampa... —murmuró con rabia Rossini.

Preocupado, me di la vuelta para mirarlo.

—¿Y qué? —pregunté.

Me dirigió una sonrisa de inocencia sospechosa.

—Nada..., nada..., no pasa nada.

El viejo Rossini insistió en acompañarme al apartamento de Pitz'e Serra: no quería que anduviera cerca mientras seleccionaba a nuestro futuro compañero de equipo. La idea no me hacía la menor gracia, pero estaba seguro de que elegiría a la persona adecuada. El abogado Columbu, en una llamada telefónica, aprobó la iniciativa sin dudarle y añadió que sus colegas también estarían muy de acuerdo. Tenía sed y decidí esperar el regreso de mi colega

en el bar. Me encontré de nuevo con la tipa que sufría «angustia metropolitana» y que para curársela bebía grandes vasos de Campari. Me invitó a su mesa para que nos bebiéramos un par juntos. Nos enzarzamos en una charla decididamente patética, al final de la cual me propuso un polvo igual de prometedor. Decliné la oferta con amabilidad y me refugié en la lectura del periódico local.

Mi amigo llegó un par de horas después, con la expresión satisfecha de las grandes ocasiones.

—He encontrado al hombre perfecto. Esperemos que acepte...

—¿Lo conozco? —pregunté receloso.

—No. Fuimos vecinos de celda en Porto Azzurro durante dos años, un «pensionado» que no has tenido el privilegio de frecuentar. Es un tipo de una pieza, un ladrón de primera sin los típicos caprichos de su clase en lo que respecta a las armas...

—¿Cómo se llama?

Beniamino ahogó una carcajada.

—Lo conocerás esta noche, Marco... No te montes ideas raras sobre el personaje... Te garantizo...

No logré averiguar nada más. Cada vez que tocaba el tema de refilón, el único resultado que obtenía era que desencadenaba su hilaridad. Llegué a la hora de la cita curioso, nervioso y cabreado. Odio las sorpresas. El lugar elegido era la parada del autobús para Calamosca, en una placita en la cima de una colina, muy frecuentada en verano por el panorama y la playa que está a sus pies, pero absolutamente desierta en invierno. Aquel día, sin embargo, había allí una parejita. Beniamino, con uno de sus habituales y elocuentes gestos, los convenció en dos segundos para que se buscaran otro sitio donde jurarse eterno e incondicional amor. Unos minutos después vi el faro de una moto por la calle de subida. El Panda estaba en mitad de la explanada y el motorista dio una vuelta a su alrededor antes de pararse.

—No será ese, ¿verdad?

Por toda respuesta, Rossini bajó riéndose del coche y se dirigió hacia el tipo con la mano extendida. A caballo de una vieja Ducati doscientos cincuenta, amarilla y negra como una avispa, tan brillante que parecía recién salida de fábrica, había un cuarentón de rasgos físicos marcadamente mediterráneos y vestido como Marlon Brando en *Salvaje*. La cazadora negra

de cuero llevaba incluso escrito en la espalda BLACK REBELS. Al acercarme, dejaron de hablar y Beniamino me presentó.

—Marco Buratti, conocido como el Caimán.

—Marlon Brundu. De Sant’Elia, el barrio más bonito de Cagliari. Y el más cojonudo —dijo el motorista con una gran sonrisa mientras se quitaba el guante y me tendía la mano.

Miré a Rossini.

—¿Marlon Brundu? —repetí, con la esperanza de no haber entendido bien.

Respondió con un cabeceo afirmativo.

—Perdone un minuto.

Cogí a mi socio del brazo y nos alejamos unos metros.

—Llévatelo de vuelta a donde lo hayas encontrado —le susurré al oído.

—Te he dicho que tiene mi garantía —rebatí acalorándose.

—Se llama Marlon Brundu e interpreta *Salvaje* veinticuatro horas al día: es una caricatura y nosotros necesitamos a un profesional —rebatí.

—No me cabrees, Marco. Conoce su oficio y mantiene la boca cerrada. Si acepta, estamos haciendo un gran negocio.

Probé una última jugada.

—Los tres juntos parecemos el anuncio de una agencia de comparsas cinematográficos. ¿No te parece que llamaremos un poquito la atención?

—Sí. Es el circo de siempre de tus investigaciones de los huevos... Y ahora convéncelo o nos volvemos a Bastia —concluyó perentorio.

Por fortuna, Marlon resultó ser un tipo despierto y bien informado. Había seguido el caso y conocía a todos los protagonistas de la historia. En particular odiaba a Leon Benoit porque llenaba su barrio de heroína. Para aceptar pidió la palabra de honor de Beniamino de que no se pasaría ninguna información a los maderos y luego nos tendió la mano con expresión solemne. Le miré fijamente. El viejo Rossini tenía razón: era un tío íntegro.

Se montó en la moto y nos hizo un gesto para que le siguiéramos. Se paró frente al Ribot, una cervecería de la plaza Pascoli, conocida en el mundo de los bebedores porque estaba abierta las veinticuatro horas del día. Había oído hablar de aquel sitio en Padua a un grupo de músicos. El local estaba apenas iluminado por una serie de fluorescentes azules y rojos, colocados aquí y allá sin lógica aparente. Brundu nos aseguró que tanto los dueños como la clientela no se metían en los asuntos de los demás. Nos sentamos a una mesa del sótano y pedimos calvados y cerveza. Tras los brindis de rigor nos

dedicamos a planear la investigación. La cita era para el día siguiente a las cuatro y media de la tarde cerca de la casa de la viuda Vadilonga.

Marlon dio buena cuenta de la alarma y las cerraduras de la casa en un cuarto de hora. Tal como había prometido. Permaneció luego fuera con el móvil guardándonos las espaldas; un solo timbrado del teléfono de la señora nos habría advertido de la presencia de cualquier problema.

Se trataba de un apartamento de unos ochenta metros cuadrados, distribuidos en dos plantas. Provistos de unos guantes de cirujano, iniciamos el registro desde el dormitorio, que estaba en el primer piso. En realidad no teníamos mucha idea de qué había que buscar para averiguar si Giampaolo Siddi estaba vivo o muerto. Pero ya no bastaba una impresión: necesitábamos pruebas o, por lo menos, una nueva pista.

La habitación tenía el mismo aspecto de tristeza que su propietaria. Frente a un imponente televisor, una cama deshecha y llena de migas, con un enorme oso de peluche que ocupaba casi la mitad. Me acerqué para observarlo mejor: alrededor del cuello del animal el tejido estaba completamente desgastado. Imaginé a la mujer abrazada con fuerza al muñeco en las noches solitarias. Por todas partes una capa de polvo. Las paredes necesitaban con urgencia una mano de pintura y las cortinas, un lavado. En la cocina un olor acre de cacerolas mal fregadas. La impresión general era la de una casa habitada por una mujer que no esperaba ya nada de la vida.

Al abrir los armarios y curiosear en los cajones, la personalidad de la viuda Vadilonga asumía un aspecto inesperado. Había muchos vestidos, nuevos, ordenados y perfumados. La lencería era selecta y tenía un punto de maliciosa sensualidad. Encontramos una elegante maleta a medio hacer, como a punto para un viaje inminente.

En una habitación destinada a estudio, Beniamino saltó con cuidado la cerradura de un armario que contenía, bien amontonados en varios estantes, distintos objetos del difunto señor Vadilonga. Recuerdos archivados para siempre. La gran librería estaba llena de volúmenes rigurosamente cubiertos de polvo. Excepto uno. Alargué de inmediato la mano y me encontré con un monumental ejemplar de una *Historia del cine francés*. Las ajadas páginas daban la impresión de que se trataba de un libro que habían consultado centenares de veces. Una súbita intuición me empujó a comprobar la presencia de dedicatorias.

«Para que me perdones por todas las veces que me he dormido en el cine. Con todo mi amor, Giampaolo».

La fecha, 20 de abril de diez años atrás, era justo dos días antes de la desaparición de Siddi. Probablemente el último regalo. Volví a imaginarme a la mujer entrando cada noche en aquella habitación, cogiendo el libro y hojeándolo con apasionada nostalgia.

—Mira aquí —me llamó el viejo Rossini, inclinado sobre el escritorio.

Extendidos sobre la mesa, en riguroso orden cronológico, algunos ejemplares del *Baratto*, un semanario local de anuncios gratuitos. Beniamino los cogió uno a uno y me indicó dos detalles: la fecha y las páginas leídas. Se trataba de las últimas nueve publicaciones, de las que solo se habían hojeado las tres últimas páginas. Periódicos de sesenta y cuatro páginas que, hasta la sesenta y una, estaban intactos, como recién salidas de la imprenta.

Las secciones preferidas de la señora Vadilonga eran la cuarenta y siete (mensajes/comunicados) y la cuarenta y ocho (matrimonios/amistades).

—La viuda está en el grupo de los corazones solitarios —sentenció lacónico mi socio.

Pensé en el vestuario ceñido y juvenil y asentí.

—Podría ser.

—¿Podría? He encontrado un armario lleno de periódicos —replicó, indicando con el pulgar a su espalda.

Abrí las puertas de par en par y me encontré frente a anualidades enteras del *Baratto*, separadas con gran cuidado por cartulinas rosas en las que sobresalía, escrito con rotulador azul, el año de edición. El primer número de la colección era el de mayo de diez años atrás. Unos diez días después de la desaparición del abogado Siddi.

Se lo señalé a Beniamino. Llegamos a la misma conclusión.

—¡Un código! —exclamó el viejo Rossini con aire triunfal, ganándome por segundos—. Los anuncios son un código para mensajes y encuentros.

—Exacto, Watson —confirmé, chasqueando los dedos por la alegría—. Veamos si entendemos cómo funciona.

Ninguno de los dos tenía experiencia en el tema de la resistencia a la soledad. Por lo tanto, antes que nada, teníamos que tratar de entrar en el mecanismo de los anuncios. Llamé por teléfono al periódico. Una señorita amable, aunque veladamente aburrida, me explicó el procedimiento que siguen los corazones solitarios locales para entrar en rumbo de colisión. El anuncio, casi siempre, se graba en el contestador automático de la redacción y aparece en la sección cuarenta y ocho. El mensaje puede indicar como

dirección de contacto un apartado o una lista de correos, un buzón de voz o, en la mayoría de los casos, el periódico mismo. El anunciante debe elegir entonces un código que empieza con la sigla RIF a la que sigue el nombre, por lo general un apodo de fantasía. El que responde lo hace en la sección cuarenta y siete, la de los mensajes, usando el código de referencia. Algunos dejan un número de móvil, pero en ese caso se trata casi siempre de una red de prostitución.

—Dime, Marco, me juego lo que quieras a que te mueres de ganas de que te lea alguno.

—Claro.

—Escucha: «Defraudado experiencias anteriores, joven de buena posición, buena presencia, contactaría mujer auténtica, aspecto agradable. Se pide y ofrece máxima seriedad. Se agradece teléfono. Escribir a *CP 2029 Cagliari*».

»“Profesional liberal madurito contactaría parejas o amigas, mejor rellenitas, para noches de frenético erotismo. Abstenerse mercenarias e inhibidas. C. I. *AA3785110 A.C. Cagliari*”.

»“Mujer atractiva amante sumisión o dilataciones. Acompaña también dulce joven aparente. Acercamiento gradual. Buzón de voz 301”.

»“Jovencita busca maduros de buena posición para encuentros. Puedo alojar. Abstenerse curiosos. 0368/316711”.

»“Treinta años, seria, atractiva, contactaría, máximo de cuarenta y dos para amistad, posible unión. Dejar mensaje en el *Baratto*, REF. Giada...”.

Cerró el periódico y lo tiró sobre la mesa.

—Llevamos aquí casi dos horas... Tenemos otras dos antes de que vuelva la mujer... pero no son suficientes para comprobar centenares de anuncios.

—Tienes razón —convine, mientras miraba el reloj—. Mejor empezar a buscar recibos de alquiler de apartados de correos, cartas o números de documentos personales. Los anuncios los dejaremos para mañana. Nos meteremos en una hemeroteca y...

—Ojalá tengamos suerte, Marco. En cada número hay cientos de anuncios. Nos arriesgamos a perder un montón de tiempo.

—No hay alternativa. Es la única pista... Siempre que no nos hayamos equivocado —rebatí dubitativo.

El registro iba despacio. Estábamos obligados a actuar con la mayor cautela: no podíamos permitirnos que la viuda Vadilonga se diera cuenta de nuestra visita. Me sudaban las manos dentro de los guantes de goma y la molestia agudizaba el deseo de un pitillo y de un buen calvados.

Aparte del número de algún documento de identidad, no encontramos nada útil. Nuestra única esperanza era que la mujer usara como dirección de contacto una lista de correos.

Dos días después, esta también se desvaneció. Habíamos pasado las mañanas y las correspondientes tardes revisando los tres últimos años del semanario, sin encontrar el menor rastro de la presencia de Fiorenza Vadilonga. En este punto decidí restringir el control a los anuncios más frecuentes, con la esperanza de que fueran pocos. Me equivocaba: los *aficionados*^[3] de los corazones solitarios eran muchos, metódicos y constantes.

Decidimos quedar con Marlon Brundu en el Ribot para hacer un análisis de la situación. Mordisqueando de mala gana un bocadillo de filete de caballo, la especialidad de la casa, el viejo Rossini sostuvo la necesidad de cambiar de pista.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo sin encontrar nada que relacione a la mujer con el periódico, y mucho menos indicios de códigos... Lo único que podemos hacer es organizar una vigilancia continua, con la esperanza de que nos lleve a una de esas citas.

Yo no estaba de acuerdo.

—¿Y si la próxima cita es dentro de un mes? ¿O en medio año? ¿Quién sigue mientras tanto la pista del belga si nos dedicamos por completo a Vadilonga?... Corremos el riesgo de joder toda la investigación.

—¿Estáis seguros de que los anuncios tienen alguna relación con el caso? —preguntó Brundu.

—Lo estoy —respondí con vehemencia—. No puede ser una simple coincidencia que conserve religiosamente todos los números desde hace diez años y lea solo dos secciones...

—No sé... —me interrumpió Marlon—. Podría ser una maníaca... Una de esas que se excitan leyendo los anuncios... Está sola, con el vicio del trago...

—No. Yo también estoy convencido de que tiene que existir una relación —intervino Rossini.

—¿Cuándo aparece el próximo número? —pregunté.

—Ha salido hoy —respondió el sardo—. Como cada miércoles. Si quieres, en la calle Roma hay un quiosco que está abierto toda la noche...

No me apetecía. Cambié de tema.

—Y del belga, ¿qué se sabe?

Brundu dio un largo sorbo de cerveza antes de contestar, como si quisiera reorganizar sus ideas.

—Vamos a ver —empezó—, aquí en Cerdeña el sector del narcotráfico está libre, en el sentido de que no existen organizaciones que hayan impuesto controles territoriales. Todo el que quiera traficar puede hacerlo y nadie tiene nada que decir. Tal como está la situación, Benoit ha gestionado siempre el sector de los «abogados»...

—Pero entonces existe de verdad —solté sorprendido—. Pensaba que era una invención de los arrepentidos del proceso.

—Es la única verdad que dijeron. Solo que acusaron a abogados inocentes —respondió Marlon—. He preguntado por ahí y me han confirmado un rumor que circulaba ya entonces: el narcotráfico existe y lo gestiona el belga, pero los capos son personas «respetables», profesionales que todos estos años han permanecido a cubierto.

—Y la droga procede de la base de la OTAN de Decimomannu —puntualizó Beniamino.

—Exacto. Como muchos tipos de contrabando más, por otro lado —continuó el de Cagliari—. Los alemanes la traen del extranjero, se dice que de otras bases estadounidenses, y se la dan a Benoit, que se ocupa de la venta. Parece que fue Siddi el que proyectó e hizo operativo el tráfico, naturalmente por cuenta de los abogados, que, desde entonces y siempre según los rumores, invierten el dinero de la droga en negocios inmobiliarios. Sin embargo, desde hace un par de años, han llegado los sicilianos y esos quieren meter las narices en todo, incluso en los negocios de los abogados. Parece ser que propusieron hacer negocios también a Benoit, pero que él los mandó a la mierda.

—¿Y qué hace la mafia en Cerdeña? —pregunté cada vez más sorprendido.

—Hace mucho que opera en la Costa Esmeralda. Parece que nos la trajo un jefe del hampa del Véneto, que desembarcó siguiendo a algunos constructores del norte. Es lógico que llegaran también aquí... Cagliari es un buen bocado.

—Parece... Creo... Se dice... Así no llegamos a ninguna parte... Y el tiempo pasa. Quizá deberíamos remover las aguas... —intervino mi socio, con una extraña luz en los ojos.

Conocía su significado.

—Quieres ir a hacer una visita al belga, ¿eh? —pregunté.

—Me parece que no nos queda otra elección —añadió, con aire indiferente.

—Así tendrías la posibilidad de medirme con su gorila, el que osó clavarte la mirada —continuó en tono burlón.

Me miró de través.

—A menos que quieras hacerlo tú —rebatí picado.

—Cálmate, Beniamino. Ni en sueños. Más bien, ¿cómo piensas moverte? No podemos presentarnos ante Benoit y preguntarle qué sabe del caso Siddi. Es imposible prever los riesgos y las ventajas, ya lo sabes.

—Solo quiero atracar el supermercado. Cuando abren por la tarde, después de ingresar el dinero de los camellos. —Se detuvo un instante, para regodearse en la sorpresa de nuestras caras—. El exsargento y sus jefes pensarán en una movida de los sicilianos para obligarlos a dividir el pastel y nosotros podemos aprovecharnos para marcar de cerca al belga y tratar de llegar a los «abogados».

—Magnífica idea —aprobó Brundu, que trató de ocultar su entusiasmo.

—Ya. Nuestros clientes quieren saber quién los involucró y no hay duda de que deben de ser los jefes de Benoit —dije—. Pero no quiero que abandonemos la pista de la viuda. Si Siddi está vivo, es el camino más lógico para llegar hasta él y no debemos olvidar que descubrirlo es el principal objetivo de nuestra investigación.

—Vale —asintió mi socio, riéndose bajo el bigote—. Vamos corriendo a comprar el *Baratto*. Esta noche te vas a dar un buen atracón de corazones solitarios.

Lo ignoré y me dirigí al sardo para cambiar de tema.

—Marlon, no te lo tomes a mal, pero tienes un nombre singular...

—No te preocupes, Caimán —respondió con rapidez—. Me lo dice todo el mundo. Nací en el 55, el año en que se estrenó *Salvaje*. Marlon Brando era el mito de todos, especialmente de mis padres... Es verdad que exageraron un poco. En definitiva crecí con el deseo de ser como él: ropa, peinado —concluyó.

—¿Y la Ducati?

—Es la moto más bonita del mundo —respondió con aire soñador—. Y tú, ¿de qué película has salido? —añadió, mientras me miraba.

Me eché a reír.

—No tiene nada que ver con el cine. Hace tiempo tocaba y cantaba en un grupo de *blues*, los Old Red Alligators. ¿Conoces el *blues*...?

—Perdonad si os interrumpo —se entrometió el viejo Rossini—, pero todavía no hemos tomado ninguna decisión. ¿Cuándo cojones atracamos ese puto supermercado?

—¿Mañana iría bien? —aventuré.

Los otros dos asintieron satisfechos.

—¿Me quedo yo en el coche vigilando? —dijo Brundu, dirigiéndose a mi amigo.

—No, tú entras conmigo. Que se quede fuera él... el investigador.

Marlon asintió con la cabeza.

Aquella noche descubrí el poder soporífero de la lectura de los anuncios. Al cabo de diez minutos se me caía la cabeza y estuve a punto de quedarme dormido con el pitillo encendido entre los dedos. Por fortuna se me cayó de la mano la copa de licor y abrí los ojos. Decidí que ya tenía bastante y me fui a la cama. A la mañana siguiente me puse de nuevo manos a la obra; fue un pasatiempo inútil mientras esperaba que Beniamino saliera del baño. No encontré nada nuevo, pero sirvió para que se me pasaran las ganas de tirar abajo la puerta.

El plan del golpe se elaboró en el Ribot. Para un experto como el viejo Rossini, fue cosa de niños. El sardo y él entrarían por la puerta principal en el momento en que el supermercado se abriera por la tarde para evitar que hubiera gente por medio. Se dirigirían de inmediato hacia la oficina con los pasamontañas puestos. Allí neutralizarían al guardaespaldas que vigilaba la puerta y cogerían toda la pasta que hubiera, no sin antes haber dado una buena lección a Benoit. El clásico guion de intimidación entre bandas de hampones.

—Tú —dijo dirigiéndose a mí— entras detrás de nosotros y te plantas a la altura de las cajas. En cuanto nos veas entrar en la oficina, sales afuera rápidamente, subes el coche y nos esperas frente a la puerta de atrás.

—¿Y por qué no lo hago antes? —pregunté desconcertado.

Me miró con desconsuelo.

—Las típicas preguntas de pipiolo. Porque allí hay un cartel bien grande de aparcamiento privado y nos arriesgamos a que los dos compadres te vean y se mosqueen.

—¿Armas? —preguntó Brundu con tono profesional.

Negó con la cabeza.

—Nada de fuego. Debemos interpretar el papel de los fuertes, de quienes tienen a la espalda una organización tan poderosa que se permite mandar a

dos matones armados solo con mazas... Aunque de cinco kilos —dijo, haciendo énfasis en sus tres últimas palabras.

Lo miré. Por nada del mundo hubiera querido ser el guardaespaldas de Leon Benoit.

En el curso de la mañana, Marlon robó un Fiat Uno de cinco puertas que escondió cerca del Delicatessen. A las cuatro en punto, vi cómo Beniamino y él entraban en el supermercado y, mientras trataba de aparentar indiferencia, me apresuré a seguirlos. Se calaron el pasamontañas con consumada habilidad y sacaron de debajo de la gabardina dos mazas con un largo mango de madera. Beniamino clavó la suya con todas sus fuerzas en el cristal de la mitad superior de la puerta de la oficina. Su objetivo era el cráneo del gorila que se sentaba al otro lado. En ese momento estaba de espaldas y fue solo gracias a su instinto que advirtió el peligro. Con un salto logró mantener la cabeza a salvo, mientras los cinco kilos de hierro le destrozaban el hombro. Oí, bien diferenciados, el ruido del cristal que se rompía en mil pedazos, seguido por el de los huesos partidos y, por último, el grito de sorpresa y miedo que lanzó el belga a la vista de los dos encapuchados. Había llegado el momento de ir a por el coche.

Exactamente tres minutos después, Beniamino y Brundu salieron sin prisa por la puerta de atrás. Este último llevaba en la mano izquierda una bolsa de plástico. La gabardina de mi amigo estaba manchada de sangre de manera muy vistosa. Nos alejamos sin problemas pero, por el silencio cargado de tensión de mis pasajeros, comprendí que había ocurrido algo. Dirigí una mirada interrogativa a Rossini, que iba sentado a mi lado.

—Me ha reconocido —soltó, encogiéndose de hombros—. Cuando salía, el cabrón ese de gorila me ha señalado con el índice y me ha dicho: «Eres el del restaurante».

—¿Y tú qué has hecho? —pregunté.

—Me he quitado el pasamontañas —contestó imperturbable.

Lo miré como si se hubiera vuelto loco.

—¿Me puedes explicar por qué has cometido esa cagada?

—Por respeto a sus cojones, Marco. Estaba en el suelo, hecho una mierda, y ha tenido el valor de decirme que me había reconocido...

—¿Cómo lo ha descubierto? ¿Por qué sabía que eras tú? —preguntó el sardo.

—Por la mirada. Hace unos días, en el restaurante, jugaron a ver quién la tenía más cruel y tuvo todo el tiempo del mundo para grabarse sus ojos bien en la memoria —respondí yo en lugar del viejo Rossini, mientras negaba con

la cabeza—. No entenderé nunca vuestras gilipolleces de hampones... ¿Y eso, qué es? —pregunté luego señalando la gabardina.

—La nariz de Benoit.

Estaba furioso con Beniamino y su absurdo sentido del honor de gánster de la vieja escuela, pero sabía que era inútil discutir con él.

—Ahora vendrán a cazarnos y estamos solo al principio de la investigación... Quizá deberíamos dejarlo todo y volver a Bastia —lo provoqué.

—De eso nada, Marco. Ahora... ya no nos echamos atrás.

—Venga, chicos —intervino Marlon con tono conciliador—. Mientras discutíais he contado el dinero. Aquí hay más de treinta millones... No sé vosotros, pero yo hacía mucho que no veía tanto dinero junto.

«Bonita cifra», pensé. Después me concentré en conducir. El futuro se preveía lleno de problemas: solo nos faltaba un accidente.

Tras el robo, nuestro plan continuaba con el seguimiento constante de Leon Benoit, con la esperanza de que por fin nos condujera hasta los «abogados». Habíamos planificado ya con todo detalle la vigilancia del supermercado, del restaurante donde recaudaba los beneficios del tráfico de drogas y de su casa. Bastaba solo con tener un poco de paciencia... El belga, sin embargo, nos lo desmontó todo con una acción sorprendente: inmediatamente después del atraco de Rossini y Brundu, se montó en su Rover y desapareció sin dejar rastro. No se preocupó siquiera de socorrer a su guardaespaldas.

Estaba claro que no había reaccionado de manera instintiva y que la fuga estaba pensada y organizada desde hacía tiempo, como reacción a posibles iniciativas poco amistosas por parte de los sicilianos. Batimos Cagliari a palmo. A Brundu se le secó la garganta de pedir información entre la gente del mundillo. Nadie sabía dónde se había escondido.

La tarde del tercer día de búsqueda nos encontramos en el Libarium para reorganizar las ideas. A medida que pasaban las horas, Rossini se ponía más nervioso: lo único que hacía era retorcerse el bigote a lo Xavier Cugat y los innumerables brazaletes de oro macizo de su muñeca izquierda. No había tenido nunca el valor de pedirle que me contara la historia. Cuando lo conocí en la cárcel llevaba solo dos o tres; ahora le cubrían buena parte de la muñeca.

—Este asunto me gusta cada vez menos —empezó—. El belga se ha escondido, no ha escapado. Esto quiere decir que está esperando a que ocurra algo para volver a asomar la nariz.

—Nuestra muerte, por ejemplo —asentí con gravedad—. Después de la bravata de quitarte el pasamontañas, sabe a quién tiene que buscar...

—Caimán, déjalo ya —me interrumpió Marlon—. Beniamino hizo bien. Entre hombres con cojones, hay que hacer ese gesto de respeto.

Discutir con esos dos hampones de museo era solo perder el tiempo. Así que me concentré en el esfuerzo de rematar la media botella de calvados que el camarero había traído a la mesa sin esperar siquiera a que pidiéramos. Alcancé casi de inmediato un agradable estado de torpor; decididamente, el punto de la borrachera que prefiero. Me deja la impresión de que estoy sentado en una montaña de algodón y observo el mundo con una distancia tranquilizadora. Se me instala en la cara una sonrisa astuta y marisabidilla. Y con ese mismo gesto saludé al camarero al salir.

—Pero ¿es que nunca hace frío en esta ciudad? —preguntó Beniamino.

—¿Nostalgia de las nieblas norteñas? —pregunté a mi vez.

Brundu nos miró como si estuviéramos locos.

—Hoy hace mucho frío —aventuró con timidez—. Estamos en pleno invierno...

Se desencadenó entre los dos una acalorada discusión sobre el concepto de invierno. De vez en cuando trataba de intervenir pero, cuando lograba organizar un pensamiento, descubría en ese momento que tenía la boca en exceso pastosa y la lengua demasiado envarada para tratar de expresarlo. Habíamos llegado ya a la explanada del bastión desde el cual se domina buena parte de la ciudad. Me apetecía mucho sentarme en un banco a airear la borrachera mientras disfrutaba de la panorámica; estaba a punto de lograrlo cuando Beniamino me agarró por la manga de la cazadora y me gritó que corriera.

Instintivamente volví la cabeza y vi a unos diez hombres altos, rubios, robustos y armados con bates de béisbol y picos que corrían hacia nosotros con intenciones belicosas. Al instante me di cuenta de que Benoit nos mandaba a sus amigos de la base de Decimomannu. Me parecía que corría a toda velocidad, pero era evidente que estaba ocurriendo justo todo lo contrario y que estaba entorpeciendo la fuga de los tres. En cualquier caso logramos bajar las escaleras del bastión y cruzar la calle. Beniamino me obligó a saltar un parapeto tras el cual había una callejuela y fue en ese momento cuando nos alcanzaron.

Marlon y Rossini se pusieron al momento con la espalda pegada al muro y en sus manos se materializaron dos largas facas. En cuanto a mí, estaba desarmado y tenía los reflejos demasiado embotados para intentar cualquier

tipo de defensa. Logré solo protegerme la cabeza con los brazos. El primer golpe de bate me partió la muñeca; el segundo, el cúbito del brazo derecho. Cometí el error de apartarlo y de inmediato me golpearon en la cabeza. Caí sobre las rodillas y un segundo después noté cómo la sangre me entraba en las orejas. Menos mal que estaba borracho: me ahorra bastante dolor.

—¡Marco! —gritó asustado el viejo Rossini, y con una finta y un pinchazo se desembarazó de uno de sus agresores abriéndole un largo corte en el muslo.

Este aulló, soltó el bate y se llevó las manos a la herida. Beniamino aprovechó la coyuntura y lo agarró por la espalda poniéndole la navaja en la garganta.

—Os propongo un trato —dijo gélido a los militares—. Vosotros os largáis y yo no mato a vuestro amigo.

Se hizo un profundo silencio, que Brundu aprovechó para acercarse a mí y comprobar mi estado. Uno de los agresores hizo un intento de golpearlo. El viejo Rossini consideró entonces que la tregua había acabado. Como un rayo, deslizó la navaja, la clavó y la revolvió con saña en el glúteo derecho de su prisionero. El hombre chilló tanto que convenció al que debía de ser el jefe de aceptar las condiciones. Tiraron los bates al suelo y se alejaron unos cien metros andando hacia atrás para no darnos la espalda.

Cuando se alejaron, Beniamino dejó libre al rehén, que cayó de rodillas. Él y el sardo me levantaron, sujetándome por las axilas, y me sacaron de allí a toda prisa. Menos mal que el coche estaba cerca, porque los soldados no respetaron el trato y volvieron al lugar de la agresión para recuperar los bates.

—Estoy mal, Beniamino. Llévame al hospital.

—No puedo. Marlon te buscará un médico.

—No quiero un médico —lloriqueé—. Quiero todo un hospital.

—Debes de tener solo un par de fracturas y una conmoción cerebral: muy poco para urgencias.

—En las películas es siempre el herido el que no quiere que lo lleven al hospital, pero el amigo no atiende a razones y así logra salvarlo. Así que pórtate como un amigo y haz que me curen las enfermeras más guapas de Cagliari.

—Te has equivocado de guion, Marco. Esta vez, el que salva al héroe es un médico del hampa.

Frente a tanta obstinación decidí que lo mejor para mostrar mi desdén era desmayarme, y lo hice con inmenso placer. Cuando abrí los ojos, tenía frente a mí a una mujer de unos cuarenta años con una bata blanca en la que una

tarjeta me advertía de que me estaban tratando en la CLÍNICA DE LOS PEQUEÑOS ANIMALES COCCO Y PES.

—No se preocupe —dijo, con una irritante voz ronca—, los mamíferos son todos iguales... Más o menos.

Habría querido tener fuerzas para discutir, pero tuve que conformarme con preguntar por qué estaba allí.

—Porque soy buena y cocainómana —respondió con acritud—. Así que curo hamsters y delincuentes con la misma pasión.

No me cayó bien.

—No soy un delincuente —rebatí picado—. Soy un detective privado.

—Perdone —dijo en tono burlón—. Tendría que haberlo imaginado por el golpe de la cabeza... A todos los investigadores se lo dan a mitad de la película.

La cosa me dio algo sobre lo que pensar.

—Es la primera vez que me ocurre...

—Y si le hubieran golpeado un poco más fuerte, también habría sido la última —me interrumpió—. He tenido que hacerle un buen cosido, pero creo que una semana de reposo será suficiente... No me parece que tenga nada roto dentro... El brazo, en cambio, lo está en dos puntos y tendrá que llevar la escayola un mes.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que estaba empaquetado desde la muñeca hasta el hombro. La desesperación me reavivó el dolor y me desmayé otra vez, quizá incluso con mayor convicción.

Me desperté de nuevo en la cama del refugio de Quartu. Beniamino y Brundu, sentados en un sofá, fumaban y charlaban en voz baja.

—Necesitamos material adecuado para dar una lección a los alemanes —dijo el primero.

—Así es —asintió el segundo—. Puedo proporcionarte lo que quieras, aunque para las ocasiones importantes... tengo apartadas... dos M3.

Al viejo Rossini le brillaron los ojos.

—¿Dos M3? ¿Tienes dos metralletas de Detroit?

—Sí —respondió el sardo complacido—, dos *cake decorator* nuevas, a estrenar, y con cargadores de reserva.

—Era la metralleta preferida de los partisanos de mi pueblo. ¿Sabes que...?

—Alemanes, metralletas, cargadores... ¿Qué cojones estáis diciendo? —decidí intervenir.

—Feliz despertar, Marco. ¿Cómo va? —preguntó mi socio.

—Como uno al que han herido gravemente y le ha curado una veterinaria, subrayo, veterinaria, antipática y cocainómana.

—No seas quejica —soltó Beniamino—. En el hospital habríamos tenido que dar un montón de explicaciones a la policía y no podíamos permitirnoslo... Marlon me ha asegurado que Carla Pes lo hace bien y sabe mantener la boca cerrada.

—Me habría gustado verte en mi lugar... despertándote en la clínica de los pequeños animales... —rebatí, torciendo el morro—. Pero, bueno —continué—, ¿qué estáis tramando?

—Estamos preparando una lección para los teutones de la OTAN —respondió imperturbable Brundu.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Cómo que por qué? —rebatí sorprendido el sardo—. Nos han atacado, te han herido y no han respetado la tregua... Esto no se puede pasar por alto.

—En lo que a mí respecta, sí —respondí decidido—. Ha habido un herido en cada bando y el suyo más grave... Al menos eso espero. En cualquier caso, nosotros tenemos un encargo que cumplir que no prevé una declaración de guerra a la Alianza Atlántica.

Marlon me miró incrédulo y después se dirigió a Rossini en busca de aprobación, obteniendo como respuesta un gesto afirmativo.

—Volvemos a lo de siempre, Marco —intervino este último—. El hampa tiene sus reglas, los legales tienen las suyas. Tú intentas mantenerte en medio, pero no siempre es posible y este es uno de esos casos... Unos soldaditos alemanes, socios de Benoit en el tráfico de heroína, han intentado liquidarnos. Se han equivocado. No podían permitirse ni siquiera pensarlo... Y ahora nosotros vamos a joderlos. Eso es todo.

Suspiré.

—El hampa «tenía» sus reglas. Antes. Ahora sois pocos los que las respetáis de verdad...

Abandonó el tono tranquilo y se puso a gritar:

—¡Es verdad! Ahora el mundillo está infectado de gentuza que solo piensa en traficar, mata por nada y, en cuanto los encierran, empiezan a cantar como un coro de colegiales... pero, mientras esté vivo, me comportaré como un hombre.

—Yo también —se asoció Brundu en tono solemne.

Intenté inútilmente hacerles entrar en razón. Al final solo logré arrancarles su palabra de que, mientras yo me recuperaba de la herida, ellos llevarían a

cabo su venganza y luego volveríamos a dedicarnos a la investigación.

A la mañana siguiente me miré al espejo. No tenía buen aspecto y, además, con la escayola y un turbante de gasa en la cabeza, era absolutamente aconsejable que no me dejara ver por ahí. Renuncié a mi acostumbrada visita al bar y pedí a los dos vengadores que me trajeran periódicos y calvados en abundancia.

El alcohol asociado a los analgésicos que tomaba en dosis masivas me aturdí tanto que pasaba en la cama buena parte del día. El tiempo restante lo dedicaba a la lectura de periódicos y a ver la televisión.

Cuando estaba lúcido, mi mente volvía a la investigación, en concreto a Fiorenza Vadilonga. Estaba cada vez más convencido de que era la única pista que teníamos para descubrir si el abogado Siddi estaba todavía vivo. Una curiosidad que mis clientes querían satisfacer de manera justa, dado que se habían chupado dos años de cárcel por aquel homicidio sin cadáver.

Estaba pensando en la viuda cuando en la televisión, que estaba sintonizada en un canal local, emitieron un reportaje sobre las actividades culturales de la ciudad. Empezó con una entrevista al presidente de Trece Lunas, una asociación de cinéfilos que publicitaba un ciclo de proyecciones de cine francés.

El recuerdo me devolvió al registro en la casa de la viuda. El único ejemplar de la librería sin una mota de polvo trataba justamente sobre cine francés. Rememoré la caligrafía irregular de Siddi: «Para que me perdones por todas las veces que me he dormido en el cine. Con todo mi amor, Giampaolo».

Me concentré con atención en la fecha: 20 de abril, exactamente dos días antes de su desaparición. Intenté imaginar la escena, el encuentro entre los dos amantes y a él entregándole el regalo. El último regalo. En mi oficio, la intuición, que muchas veces es el hilo que deshace el ovillo, nace precisamente de la capacidad de encontrar el elemento discordante. Y ese libro, entre todos los demás, sonaba muy mal.

Aquel día, en casa de la mujer, no valoré de forma racional los indicios y me dejé llevar por la imagen triste y desgarrada de ella cuando, antes de acostarse, entra en el estudio y toma en sus manos el libro, buscando entre las páginas los bellos recuerdos de un tiempo pasado.

Al rememorallo, me di cuenta de que en aquella habitación los únicos objetos que no estaban cubiertos de polvo eran no solo el libro, sino también

la pila de nueve ejemplares del *Baratto*, colocados en perfecto orden sobre el escritorio. ¿Qué buscaba entonces Fiorenza Vadilonga entre las páginas de aquella monumental *Historia del cine francés*?

Bebí un largo trago de calvados. A mi salud. Por fin había entendido dónde estaba la clave para encontrar el código de los mensajes en los anuncios de los corazones solitarios: en aquel libro. Allí se escondía la pista para llegar a Giampaolo Siddi. Tenía que conseguir por todos los medios un ejemplar. Estaba radiante, pero el entusiasmo desapareció en cuanto recordé que, para retomar el caso, debía esperar a que se consumara aquella estúpida represalia. Decidí armarme de paciencia. En el fondo, mi cabeza y mi brazo seguían necesitando reposo.

Beniamino y Marlon se dejaban ver muy poco, dada la intensa dedicación a la organización de su venganza. Los militares de la OTAN vivían, sobre todo, en urbanizaciones diseminadas a lo largo de la costa que va de Quartu Sant'Elena a Villasimius. Una única carretera fácil de controlar. Los localizaron el tercer día en un autobús militar verde oliva. Para el sardo, seguir aquel vehículo con la moto hasta la entrada del Marina Residence fue un juego de niños.

Beniamino y él pasaron un par de noches elaborando el plan. Al final mi socio, a pesar de la oposición de Brundu, que prefería un encuentro directo a golpe de metrallera, decidió poner en marcha para el día siguiente un falso accidente de tráfico. Poco antes de salir, vino a despedirse de mí.

—¿Sabes que los alemanes quisieron fusilar a mi madre? —empezó con un tono cargado de tristeza.

—La encontraron cuando bajaba desde la frontera suiza con una carga de arroz. En aquella época había pena de muerte para el contrabando...

—¿Y cómo acabó la historia? —pregunté con curiosidad. La figura de la madre, una legendaria contrabandista vasca, siempre me había fascinado.

—La llevaron a un cuartel la misma noche que fue bombardeado y consiguió escapar.

—Magnífica historia. ¿Qué intentas decirme?

—Echo de menos el contrabando, Marco. Lo echo mucho de menos. Podríamos montar una bonita sociedad y divertirnos un poco... Nos lo merecemos.

—Prometo pensarlo —mentí—. Ahora ve y rómpete el culo a la OTAN.

Soy un tipo que se entristece con facilidad y el único medio que conozco para levantarme la moral es el alcohol. Mejor dicho, el alcohol, el tabaco y la música. Beber, fumar y escuchar *blues* son, sin duda, mis cosas preferidas. A hacer el amor lo coloco justo después.

Esa noche estaba triste y preocupado por mi mejor amigo, que se jugaba la vida o la cárcel. La banda sonora de mis *blues* empezó con «No Shoes» de John Lee Hooker, después continuó con «My Country Sugar Mama» de Howlin Wolf, «Bad Influence» y «Got To Make A Comeback» de Robert Cray y «No Hard Feelings» de Lowell Fulson. Después ya no fui capaz de cambiar la cinta del *walkman*.

Recibí, en sueños, la visita de Robert Johnson, el rey del *blues* del Delta, envenenado a los veintiséis años por un marido celoso, en Greenwood, Mississippi, en agosto del 38. Alto y delgado, con aquellas manos tan largas que movía todo el rato, empezó a caminar arriba y abajo por la habitación mientras canturreaba «Cross Road Blues». Al final me vio y me insultó:

—No eres más que un blanco, Caimán.

Y después se fue.

Muchas horas más tarde mi estómago revuelto me despertó con brusquedad. Un ardor lacerante me obligó a levantarme e ir a la cocina, donde tenía una abundante provisión de antiácidos justo para este tipo de eventualidades.

Encontré a Marlon y Beniamino, que estaban preparándose un café. Sobre la mesa, una bandeja de bollos recién salidos del horno.

—¿Qué hora es? —pregunté, estirándome.

—Las siete y media de una radiante mañana de finales de enero —respondió mi socio con una sonrisa torcida, entre astuta y cruel.

Sus caras irradiaban satisfacción por todos los poros. Era evidente que se habían cargado a los alemanes y estaban como locos por contarlo. Por mi parte me moría de curiosidad y me sentía aliviado de volver a verlos sanos y salvos. Pero decidí ignorarlos y tomármelo con calma.

—Creo que he descubierto la clave del código que usaba Vadilonga para los anuncios del *Baratto* —anuncié.

—¿Y cuál es? —preguntó interesado al momento el viejo Rossini.

—El cine francés. Para codificar o decodificar los mensajes usa un texto especializado en el asunto. Una idea realmente genial...

—¿Te refieres a aquel libro manoseado que estaba en la librería del estudio?

—Sí, a ese...

—Caimán, ¿no te interesa saber cómo nos ha ido con los alemanes? —me interrumpió Brundu molesto.

Decidí seguir con el juego.

—No demasiado. Si estoy viéndoos aquí es porque habéis destrozado a las tropas enemigas y preveo que ese será el tema estrella de la semana... — refunfuñé distraído, ocupado en tragar un par de pastillas.

Marlon dirigió una mirada de desesperación al milanés, que soltó una carcajada mientras se comía encantado un cruasán.

—No le hagas caso, Marlon, el Caimán es un capullo que se hace el interesante, pero está como loco por saber qué ha pasado. Venga, cuéntalo...

No se lo hizo repetir dos veces y se levantó excitado.

—Los esperamos a la salida de Quartu dentro de una camioneta que habíamos cogido prestada en una empresa de construcción con un montón de cabillas de hierro... Ya sabes, esas varillas que se usan para reforzar el cemento armado...

Lo entendí y le hice un gesto para que prosiguiera.

—Bien... Yo iba al volante y él en la caja... Apenas los vi llegar, me coloqué frente a ellos y cuando, a la altura del Marina Residencia, decidieron darse la vuelta...

—Este milanés loco —continuó en su lugar, señalando con la barbilla a Rossini— les enseñó a los alemanes el truco de las lanzas... Soltó el arnés que ataba las varillas, tú diste un buen acelerón y las cabillas se clavaron en la cabina del autobús de la OTAN.

—¡Así fue, justo así! —exclamó satisfecho el sardo.

Miré a Beniamino.

—¿Cuántos muertos? —pregunté.

—Tres seguro, los que iban sentados en la cabina... Luego el autobús se salió de la carretera y volcó... Para saber algo más, tendremos que esperar a ver las noticias del telediario local de las dos...

Negué con la cabeza desconsolado y me volví a la cama.

Poco después vino mi amigo y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Muertos inútiles Beniamino, absolutamente inútiles. Vosotros y vuestras putas guerras... —farfullé mientras sentía otra fuerte punzada en el estómago, que me ayudó a darle más énfasis a la frase.

—¡Joder, ya está bien! Ya me has tocado las pelotas de verdad —soltó—. El problema es que te sientes responsable porque, en primer lugar —agitó frente a mi nariz el pulgar derecho—, fue idea tuya aceptar este encargo y,

segundo, porque —sacó también el índice—, si no hubieras estado mamado como siempre, probablemente habríamos logrado escapar y no hubiera hecho falta desencadenar una guerra contra esos cuatro gilipollas.

Había dado en el clavo: me sentía responsable pero no quería admitirlo. Así que aumenté la dosis.

—Era suficiente una lección... Yo qué sé... unas cuantas piernas rotas...

Me agarró de una muñeca.

—Escucha, Marco —murmuró, tratando de mantener la calma—, esos tíos querían hacernos picadillo porque se lo había ordenado el belga... Su objetivo era proteger el tráfico de heroína... Si no hubiéramos tenido aquel enfrentamiento, habríamos podido solucionar las cosas jugando al escondite y, mientras, ir tratando de pinchar a Benoit para que cantara... Por desgracia, pasó lo que pasó y ninguno, repito, ninguno de nosotros tiene nada que reprocharse.

Me miraba fijamente a los ojos esperando mi reacción. Decidí que era mejor cambiar de tema: de todas formas no lograría quitarme de encima mi sentido de culpabilidad.

—Ahora podemos retomar la investigación y tenemos una buena pista para «cuidar» a Vadilonga.

—Puede ser —rebatí no muy convencido—. Sin embargo, no debemos olvidarnos del belga y de sus jefes. Nos arriesgamos a tener otras sorpresas y no es seguro que la segunda vez nos salga igual de bien...

—Dímelo a mí —ironicé, moviendo el brazo escayolado.

En el telediario vimos que había cuatro muertos entre los soldados de la OTAN, dos heridos y tres ilesos. Las fuerzas del orden buscaban activamente la furgoneta pirata entre las numerosas canteras de la zona. En una entrevista, un coronel de la policía de tráfico informó de estadísticas que demostraban que los accidentes debidos a una colocación defectuosa de la carga se encontraban en continuo aumento.

—Qué descuidados, estos camioneros —borbotó Beniamino, tocándose los brazaletes.

A última hora de la tarde llamé por teléfono al abogado Columbu, que, en nombre de sus clientes y en el suyo propio, se lamentó de la escasez de noticias que el que suscribe proporcionaba sobre el desarrollo de la investigación. Como no podía contarle el robo del supermercado y todas sus derivaciones posteriores, me vi obligado a adoptar el papel del investigador arrogante, el que siempre sabe cómo van sus asuntos. Le dije que tenía fama

de solucionar siempre los casos por los que me pagaban y que esta vez no iba a ser distinta de las demás, y colgué.

Luego no pude evitar sentirme avergonzado por el papel de imbécil que había tenido que representar ante al viejo abogado, que siempre lograba hacerme sentir mal conmigo mismo. Quizá esto se debía a que se parecía a otro viejo, el mío, al que había decepcionado hacía muchos años, algo que no me había perdonado nunca.

2

El día en que mi aspecto mejoró lo suficiente para asomar la nariz fuera del refugio de Pitz'e Serra ocurrió algo extraño: Marlon Brundu nos propuso, en señal de gran amistad y con evidente orgullo, que lo acompañáramos a visitar Sant'Elia, su barrio. Aceptamos solo porque entendimos que, para nuestro amigo sardo, el acontecimiento era, en verdad, importante.

—¿Desde cuándo, en el ambiente de los expresidarios, se organizan visitas turísticas a los lugares de origen? —pregunté a Rossini.

—Desde nunca. Somos gente que acostumbra a enseñar los dientes y a lamerse las heridas a escondidas... Pero aquí es distinto... —me respondió de forma enigmática.

Años atrás, había oído hablar de Sant'Elia como el único barrio italiano que había acogido al Papa a pedradas. La operación policial consiguiente había llevado al arresto y a varios años de cárcel a gente que, ni por asomo, había apedreado a nadie.

Ese domingo por la mañana había mercado. Marlon iba delante en la moto con su cazadora Black Rebel. Nosotros lo seguíamos en el coche. Sardos, senegaleses y polacos se ganaban las lentejas con el mismo esfuerzo. Las casas eran populares y ruinosas, ventanas cuarteadas verdes que despuntaban en muros cuarteados blancos. Lo que veía ahora era algo más que un simple barrio degradado del extrarradio de una gran ciudad. No lograba entender qué era ese algo más y se lo pregunté a Brundu, quien se encogió de hombros.

—Es Sant'Elia —dijo sin más.

Marlon era todo un personaje: bebimos vino y estrechamos manos de hombres que llevaban su navaja de pastor al cinto y de quienes no había duda de que la sabían usar bien y sin pensar demasiado. Cuando llegó el momento de irnos, el sardo nos preguntó si nos había gustado su barrio.

—Da asco —dijo Beniamino en tono solemne mientras yo trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Es un auténtico desastre, habría que traer unas buenas excavadoras, arrasarlo todo y reconstruirlo, pero... entonces no

sería ya tu cojonudísimo barrio, la gente ya no sería la misma y tu vida cambiaría... Enhorabuena, Marlon, da asco lo justo.

El milanés y el sardo se llegaron al corazón, se abrazaron conmovidos y luego se estamparon dos besos en las mejillas. En ese momento comprendí que, a pesar de mis siete años de encierro y de mi profesión, yo era diferente. No entendería nunca algunas cosas. Encendí tres pitillos y los distribuí: un gesto que en el mundillo significa confianza y estima recíproca. Fumamos en silencio.

Fue solo después de ese episodio cuando empecé a entender Cagliari y a quedar dulcemente impresionado por su belleza. Mi trabajo es descubrir la verdad y he aprendido que siempre se encuentra bajo la alfombra, junto a la porquería. Demasiado ocupado en cubrirme las espaldas o en mirar las ajenas mientras las estoy siguiendo, había perdido ya la costumbre de pasear sin pensar en nada mirando al cielo. Esa ciudad era el lugar perfecto para volver a hacerlo. Durante dos días me comporté como un turista. Luego Marlon encontró un informador que, por la módica cifra de cinco millones, estaba dispuesto a revelarnos la dirección del escondite de Leon Benoit. Nos encontramos con él en el bar Nobel de la calle Biasi. Era un tirillas con las uñas negras que fumaba cigarrillos mentolados, embutido en un llamativo abrigo de ante.

—De verdad ya no puedes fiarte absolutamente de nadie —espetó Beniamino, sin lograr contenerse cuando el tipo nos explicó que era el fontanero del belga y que había decidido «vender» a su cliente porque aún le debía la instalación de un *jacuzzi*.

Era un expresidiario y entendió a la perfección el significado de aquella frase; de hecho, tuvo un instante de duda cuando Brundu le entregó la cifra pactada.

—Demasiado tarde para avergonzarse —comentó afligido el viejo Rossini mientras negaba con la cabeza.

El exmilitar vivía cerca de allí, en el número 16 de la calle Molise. En un barrio formado por residencias señoriales y algo anónimas, que acogían en un número equivalente a familias y oficinas. El fontanero nos había confiado que ocupaba el segundo piso y que la placa del portero automático tenía el nombre de un tal Antonio Cottiglia. Cuando vio las cerraduras de la puerta, nuestro amigo sardo se quitó la gorra de cuero con tachuelas y se rascó meditabundo la cabeza.

—Son del tipo coñazo y conectadas a una alarma aún más coñazo de desactivar. Necesito por lo menos media hora —susurró desconsolado.

—Entonces volvemos mañana por la noche —intervino mi socio—. El viernes sale todo el mundo a divertirse. Cuando el belga vuelva a casa, nos encontrará esperándolo y haremos de todo para que el resto de la velada le resulte agradable.

No ocurrió así. El belga hacía siempre lo contrario de lo que nosotros esperábamos. Aquella noche se quedó en casa frente al televisor, sentado con comodidad en un sillón que, a simple vista, valía mucho más de los cinco millones que había ganado el que lo había traicionado. Estaba a punto de irse a la cama. Lo supimos por la indumentaria: un bonito pijama de seda con los colores de la bandera de Bélgica y una elegante bata azul marino con el símbolo de la OTAN. Lo que no entendimos enseguida era a qué objeto pertenecía la empuñadura que le sobresalía del ojo izquierdo y que ciertamente lo había matado en el acto.

Se trataba de un rectángulo de plástico gris, que se vaciaba a presión, como se empeñó en puntualizar con pedantería Beniamino, de un centímetro y medio de espesor y redondeado con armonía en su extremidad.

—No me parece que sea un cuchillo —añadió mi socio—. La empuñadura no está en el mismo eje que el resto.

—Es verdad —asentí—. Diría que forma un ángulo de unos cincuenta grados.

—¿Por qué no lo sacamos y vemos qué es? —preguntó el sardo con candidez.

—Si luego volvemos a ponerlo en su sitio... —contesté.

El viejo Rossini asintió con la cabeza.

—Eso puedo garantizarlo. Yo a casa no me lo llevo.

Se acercó, agarró con dos dedos la empuñadura y empezó a tirar con cuidado. A pesar de sus precauciones hubo una pérdida inmediata de fragmentos de globo ocular y de materia cerebral, que mancharon la bata.

—Esto dará qué pensar al forense —se rio sarcástico—. A saber qué puta teoría se inventa... Esos son famosos por sus trolas.

—Pues se dará cuenta de que el arma se ha manipulado *post mortem* —intervine.

Brundu se echó a reír.

—Y dirá al juez que el asesino volvió para darle otro «toque» porque no estaba seguro de que este cabrón estuviera muerto.

El milanés interrumpió la extracción y se dio la vuelta hacia nosotros.

—¿Queréis saber cómo acabará de verdad la historia? —Agitó el índice de la mano derecha enguantada—. Montarán un buen pollo al madero que

encuentre el cadáver. Pensarán que ha sido él, que la curiosidad le impidió mantener las manos quietas.

—Eso me llena de tristeza... —ironicé.

El resto del arma no era más que un cono puntiagudo de plástico.

—Parece el cucurucho de un helado con mango —dijo el viejo Rossini, dándole la vuelta en las manos—. Nunca había visto nada así.

—Yo tampoco —convine.

—Yo sí que sé lo que es —intervino radiante Brundu—. Es un plantador.

—¿Un qué? —pregunté sorprendido.

—Un plantador. Sirve para plantar bulbos. De jovencito trabajé con un florista...

—Un arma singular —lo interrumpió mi socio—. Hasta ahora, en el apartamento solo he visto plantas, quién sabe si también habrá flores... Y, ya que estamos, vamos a ver si sentía tanta pasión por la jardinería.

Comprendí de inmediato el significado de sus palabras. Era importante saber si el asesino había usado un arma hallada en la casa —porque entonces se trataría de un delito cometido en un arrebato— o si, por el contrario, la llevaba consigo. En ese caso el delito había sido cuidadosamente premeditado. Leon Benoit no tenía buena mano con las plantas: había pocas y estaban descuidadas.

—¿Quieres saber algo? —me preguntó Beniamino con una extraña luz en la mirada.

—Ya lo sé —lo previne—. El asesino es un profesional, del tipo «fantasía y muchos huevos».

Advertí la mirada interrogante y asombrada de Marlon.

—El plantador es letal solo si lo introduces en el cerebro a través del ojo —le expliqué—. El asesino eligió esta arma porque le gustaba usarla, quién sabe por qué excéntrico circuito mental, y además, porque estaba seguro de poder matar al belga de esa manera.

—Segurísimo —intervino el viejo Rossini, mientras se acercaba al cadáver—. Mira —dijo, dirigiéndose al sardo—: en la cara, alrededor del ojo, no hay equimosis y esto significa que el asesino descargó un solo golpe. Directo y preciso. El difunto ni siquiera se dio cuenta de que se moría...

—¿Te digo yo ahora una cosa? —lo interrumpí.

—Ya sé qué vas a decirme. No han sido los sicilianos. Esos, cuando matan, no son nunca tan rebuscados; es más, tienden al modelo «vulgar carnicería»...

—Justo, socio. La orden de eliminar al belga vino directa de los «abogados». Quisieron eliminar al intermediario que los ligaba al tráfico de heroína de la base de Decimomannu. Prefirieron sacrificar a su hombre más importante...

—O castigarlo porque no fue capaz de acabar con nosotros... —aventuró a su vez Brundu.

—Puede ser —convine—. En cualquier caso, por ahora esta pista vuelve a ser impracticable..., a menos que encontremos algo interesante.

Mientras mi socio volvía a introducir el plantador en la cavidad ocular del exsargento, Marlon y yo empezamos a curiosear por la casa. No encontramos nada, excepto algunos imperceptibles indicios de un cuidadoso registro. Informé de ello al viejo Rossini, quien afirmó que «era obvio que no encontraríamos absolutamente nada que fuera comprometedor» y aventuró que Benoit llevaba muerto por lo menos un día.

A las seis de la mañana seguíamos sentados en compañía del estimado difunto, bebiendo y fumando. Los otros dos querían marcharse, pero yo encontraba siempre alguna excusa para quedarnos un poco más en el apartamento. Había algo que se me escapaba y «sentía» que solo podía llegar a saber qué era si me quedaba allí. Totalmente aburridos y distendidos, mis dos colaboradores se divertían inventando bromas para enredar la investigación del homicidio, como colocar el plantador en la mano del belga para inducir a creer que había sido un suicidio y otras amenidades. De repente, tras observar por enésima vez al cadáver, lo entendí. Chasquéé los dedos para atraer su atención.

—Mirad aquí —dije con tono de triunfo señalando las zonas del asiento del sillón a los lados de las piernas del muerto. La suave y lujosa piel presentaba dos hendiduras—. El asesino estaba a caballo sobre él cuando lo mató.

Los dos se acercaron y Beniamino, después de observar con atención, empezó a retorcerse el bigote.

—Pensaba que lo habían sorprendido mientras veía la televisión, pero esto da a entender que permitió al asesino que se le sentara encima. ¿Sabes lo que quiere decir eso, Sherlock?

—Que todo se complica, Watson —respondí en tono preocupado—. El muerto esperaba un gesto de afecto y no que lo confundieran con una maceta de flores... O era homosexual o el asesino es una mujer.

—Borremos las huellas de nuestra visita y busquemos una pastelería para desayunar —nos animó Rossini—. Luego dormimos un poco y a última hora

de la mañana vamos al hospital a visitar a un enfermo.

—¿Y a quién, si puede saberse? —pregunté en tono meloso, aunque ya conocía la respuesta.

—Al gorila del belga... Quiero ser el primero en darle la noticia de que está en paro.

El hospital público Brotzu era el típico cubo de cemento enorme que antes o después se encuentra en casi todas las ciudades, plantado entre una carretera de circunvalación, hoteles económicos y tiendecitas que sobreviven gracias a las pequeñas necesidades de los enfermos. Compartimos el trayecto en ascensor con una familia deshecha en lágrimas por la muerte de una tía. Esto nos puso de malhumor. Para quien ha estado en la cárcel, morir en el hospital es una crueldad, una desgracia añadida a la ya sufrida. Porque significa resignarse a una larga agonía aunque cándida e inmaculada, a sufrir rodeados de extraños con bata en habitaciones numeradas como celdas. Mejor caer de golpe, incluso en la calle, despidiéndote de la vida con el sabor de la sangre y el asfalto en la boca.

Encontramos al guardaespaldas en la habitación número ocho del departamento de traumatología. Cuatro camas para los correspondientes infortunios graves: un amasijo de piernas y brazos escayolados y en tracción. Apenas lo vi me di cuenta de que estaba verdaderamente mal. Me había quedado en el golpe de maza en el hombro, los otros dos no me habían hablado de la rodilla derecha.

—¿Qué tal? —preguntó en tono pacífico el viejo Rossini.

—Bien —mintió el otro con convicción.

—No era nada personal —prosiguió el milanés.

—Claro, claro... Pero como te coja, y un día lo haré, te devolveré la gentileza. Con intereses, por supuesto —prometió el gorila, como si estuviera hablando del tiempo.

—A tu disposición. Mientras tanto, come mucha pasta y trata de ser más astuto —lo cortó Beniamino.

Los otros tres enfermos, que hasta ese momento habían seguido con interés el intercambio de ocurrencias, se vieron afectados al comprender el significado por un súbito ataque de sueño.

—Hemos venido a hablar y no a escuchar tus propósitos de venganza, por muy legítimos que sean. ¿Te apetece charlar un poco? —pregunté, con la esperanza de interrumpir aquella amena conversación.

—No parecéis sicilianos —arriesgó.

—Ni lo somos ni trabajamos para ellos.

La respuesta pareció tranquilizarlo.

—Entonces depende del tema —respondió con cautela.

—Tu jefe está muerto —dijo en voz baja Beniamino.

—¿Tú? —preguntó el otro, tragando saliva.

—No. Fuimos anoche a hacerle una visita a su casa y lo encontramos con un plantador clavado en el cerebro.

El gorila palideció por el miedo. Mi socio se aprovechó de ello:

—Quizá tú también estés en la lista... No hay nada más fácil para un asesino que entrar en esta habitación y eliminarte... Una víctima que no puede escapar ni defenderse... Un buen trabajito, fácil y bien pagado...

Intercepté una mirada de mi amigo, la señal que esperaba para representar el papel del buen samaritano.

—Estamos aquí para ayudarte —lo tranquilicé—. Si quieres podemos sacarte de aquí y llevarte adonde creas que estarás mejor, o bien avisar a alguien de quien te fíes... A cambio solo tienes que contarnos un par de cosillas...

—Vale —consintió aliviado—. Pero este trato no cancela las cuentas que tengo que ajustar con el viejo —puntualizó, sacando a la luz una última punta de orgullo.

Rossini le dirigió una mirada cargada de odio: no le importaba nada la amenaza, pero no soportaba que lo llamaran «viejo».

—Faltaría más —repuso este último con rencor.

—¿Quién crees que se lo ha cargado? —pregunté.

—Los sicilianos —respondió seguro—. Hace tiempo que quieren un trozo del pastel.

—No. No han sido ellos —rebatí.

—Entonces ni idea. Antes de que aparecierais vosotros, nunca había ocurrido nada grave —dijo, tocándose la escayola del hombro—. Lo protegía día y noche. Excepto el jueves por la noche: una vez por semana tenía que desaparecer desde las ocho hasta las dos de la mañana.

Al oírlo, mi socio y yo nos miramos. Según nuestros cálculos, habían asesinado al belga justo el jueves por la noche.

—¿Quién iba a visitarlo? —pregunté.

—Nunca me lo dijo. A veces encontraba el cenicero lleno de colillas y algunas copas sucias, como si hubiera habido una reunión... Otras veces, «olía» a tía.

—¿Estás seguro de que el olor era de mujer? —me adelanté.

—Sí —respondió picado—. El jefe no era maricón.

—¿Has oído hablar alguna vez de los «abogados»? —dijo el viejo Rossini cambiando de tema.

—No.

—¿Seguro?

—Pues claro. Me pagaba solo para protegerlo. Durante los tres años que he estado con él nunca me habló de negocios...

—No eres de Cagliari —constató Marlon, abriendo la boca por primera vez.

—Mis padres son sardos, pero nací y crecí en Turín.

—¡Vuélvete allí! —saltó con crueldad el sardo—. Vete a hacer de camello a tu casa.

Había llegado la hora de marcharnos. El gorila me dio un número de teléfono y un mensaje para una tal Lorella.

Nos encerramos en el semisótano del Ribot para centrar nuestras ideas. Tras la eliminación de Leon Benoit no podía esperarse nada bueno. Quedaba la pista de la viuda Vadilonga: yo había descubierto la clave «cinematográfica» del código de los mensajes, pero todavía faltaban cuatro días para que saliera el *Baratto* y no teníamos ninguna seguridad de que justo en ese número se publicara el anuncio dedicado a ella. Estábamos desmoralizados y algo preocupados por la aparición en escena de un asesino profesional al que podían haber pagado para que nos eliminara. Beniamino y Marlon decidieron llevar siempre encima los *cake decorator*, las dos metralletas M3, y estuvieron de acuerdo en la necesidad de mantener los ojos bien abiertos..., sobre todo conmigo, «porque es un pipiolo», como subrayó más de una vez mi socio.

Organizamos la vigilancia de la amante del desaparecido abogado Giampaolo Siddi. Definimos todos los escenarios posibles y, tras un par de horas de extenuantes discusiones, nos consideramos satisfechos.

—Bueno, hemos acabado por hoy —decretó el viejo Rossini—. Es sábado por la tarde y el que suscribe os anuncia que tiene intención de divertirse. Una buena cena, un club con clase y un polvo con lazos... ¿Te vienes conmigo, Marlon? —añadió luego.

—Claro —contestó el sardo con entusiasmo—. ¿Y él?

—Ni lo sueñes. —El milanés negó con la cabeza—. Él no se divierte como todos los cristianos... Se pasa los sábados bebiendo calvados y escuchando su música, y los domingos cuidándose el dolor de cabeza... Es irrecuperable.

Me levanté, guiñé un ojo a mis dos socios y me fui. Llegué a Castello y me puse a pasear por las estrechas calles y a curiosear escaparates de los innumerables anticuarios. No tenía intención de comprar nada, solo deseaba mirar aquellos objetos inútiles y bellos. Hubo un tiempo en que viví en una casa que estaba llena de ellos. Volvieron a mi memoria lugares y personas, y la tristeza me embargó hasta volverse insoportable. Lo había hecho adrede. Desde unos cuantos años atrás, había descubierto que las cogorzas de calvados y *blues* son más satisfactorias cuando tienen que luchar con el recuerdo de los buenos y lejanos tiempos.

Decidí proceder con método. En primer lugar tenía que pensar en preparar el «fondo» y rellenar el estómago con algo sólido para aguantar el alcohol lo máximo posible. Entré en una bocadillería y pedí una *baguette* de queso, sin preocuparme de las súplicas del encargado, que no aceptaba mi rechazo a degustar sus especialidades, fruto de años de experimentaciones. Se vengó asfixiándome con sus charlas sobre los cambios producidos en la sociedad italiana tras la introducción del poli-bocadillo, que había suplantado al mono-bocadillo, justo aquel al que yo estaba dando un mordisco en aquel mismo momento. Era un filósofo del acoplamiento del gorgonzola con los corazones de palma y, cuando se lo dije, casi se conmovió. Quiso estrechar mi mano a toda costa y me perdonó sin reservas.

Aquella tarde me di cuenta de que en Cagliari los conciertos de *blues* eran algo muy inusual. Por aquel entonces estaban de moda los cantautores y otros ritmos, géneros dignos obviamente del mayor respeto, solo que no se trataba de mi música. Me refugié en el Libarium, donde descubrí que un par de horas más tarde actuaría Alberto Cabiddu con sus Superpartes. Iba ya bien «cargado» cuando lo vi llegar. Lo saludé con un seco:

—No me dijiste que en esta ciudad no se toca *blues*.

—No me lo preguntaste, Caimán —respondió con una sonrisa—, ¿recuerdas el consejo que me permití darte? —preguntó luego mientras se ponía serio de golpe.

—Claro. Que cambiara de música... que el *blues* me había corroído el alma...

—Esta noche tendrás ocasión de escuchar otros sonidos... Estos también irán directos a tu alma y te sentarán bien... Te la acunarán y caldearán.

No me lo creía pero, como había sido músico y respeto el trabajo de mis antiguos colegas, ya sabía que escucharía su música. Como mucho, me acabaría aburriendo. La primera pieza, «Sa ena», en limba, es decir en sardo, me contó la historia de una rosa florecida por la mañana en una tierra de ensueño y dolor donde las torres estaban caídas y los árboles arrancados. Cometí el error de cerrar los ojos para escucharla mejor y, a pesar de tener los párpados cerrados, me di cuenta de que seguía viendo cómo tocaban los músicos.

La segunda canción, «Milonga blanca», estaba llena de humores argentinos y de las vicisitudes de un hombre que vuelve a casa. En la tercera estrofa me di cuenta de que los músicos tenían tres manos. En el *blues* hay que vender el alma al diablo para tocar «mejor» que bien, pero en aquella música había algo más. Lo descubrí rápido: venía de muy lejos, del Caribe, de África y de la profunda Cerdeña. Llegaba desde todos los lugares pero no quería ir a ninguna parte. Sabía que ese encantamiento, el cual me acunaba el alma de verdad, como me había prometido Cabiddu, duraría solo el tiempo del concierto y que luego habría regresado a mi desgarrador y amadísimo *blues*, pero me sentía feliz de haber estado allí en aquel lugar, aquel día.

Estaba, en verdad, en un extraño estado de gracia, exaltado por haber ahogado la pena en un calvados sabiamente envejecido. Quizá por eso me quedé deslumbrado, como no me ocurría desde hacía tiempo, cuando aquella rubia apoyó las manos en el borde de la mesa y acercó sus labios a mi oído.

—¿Sabes que cuando los caimanes hacen el amor, la hembra emite un sonido parecido al de los tambores? —preguntó en un susurro.

La miré. Labios carnosos, naricilla de patata, gafas de sol de gata años treinta que me apresuré a quitarle para entrar en conocimiento de dos ojos verdes llenos de briznas doradas. Mientras se sentaba a mi mesa y se reajustaba las gafas, recordé la pregunta que me había hecho.

—No. Nunca había oído eso de los tambores —respondí enseguida.

Alargó la mano hacia mi calvados, bebió un largo trago y lamió al final el borde de la copa.

—¿Y sabías que lo hacen en el agua? —prosiguió.

Negué con la cabeza. Me gustaba oírla hablar: aquella voz tenía una ese apenas acentuada, como la de los niños.

—Primero se miran con la cabeza erguida y las fauces completamente abiertas, luego se persiguen con la cola fuera del agua. El macho muerde a la hembra y la obliga a ponerse boca arriba y, entonces, ella «toca» los tambores... Al final descansan nadando el uno junto al otro.

—Sabes muchas cosas sobre los caimanes, ¿no?

—Sé todo lo que hay que saber, Caimán. Antes he oído cómo uno de los músicos te llamaba así y me ha entrado curiosidad... He empezado a observarte... Y lo que he visto me ha gustado, ¿sabes?

Llevaba una chaqueta blanca y una camisa de seda azul que resaltaba una talla cuatro que despuntaba como un alféizar.

Se parecía a alguien a quien había visto años atrás, pero no lograba recordar de quién se trataba.

—¿Cómo te llamas?

—Gina —respondió—. Gina Manès.

En ese momento lo comprendí.

—¿Sabes que tienes un nombre de personaje de *Diabolik* y, sin embargo, te pareces, mejor dicho, eres idéntica a Satanik?

Se lo tomó como un cumplido. Sonrió y puso al descubierto una hilera de dientes pequeños y blancos. En aquel instante me enamoré. Primero advertí los síntomas; luego tuve la certeza cuando sentí que llegaba la pequeña crisis de pánico, típica de quien ya no está acostumbrado a ese tipo de emociones después de un mazazo aún no digerido. Me armé de valor y pronuncié la frase más cariñosa de todas las que se me vinieron a la cabeza.

—Estoy demasiado cocido para follar.

Se levantó de la mesa suspirando.

—*See you later, Alligator* —se despidió con el estribillo de una canción americana.

—*In a while, Crocodile* —canturreé como respuesta.

Tras acariciarme la mejilla se alejó mostrándome el resto de sus gracias.

«Estoy algo oxidado», pensé mientras con un gesto llamaba al camarero en busca de auxilio.

El día siguiente, tal como había pronosticado mi socio, me lo pasé en la cama aguantando la resaca. No dejé de pensar ni un solo instante en Gina. Me convencí incluso de que era un nombre bonito. Me dejé ver el lunes por la mañana a la hora del café. Brundu había llegado ya, con un variado surtido de pastas, que dejó con descuido encima de una metralleta.

Los dos me saludaron y luego se quedaron mirándome en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté molesto—. Soy de esos que por la mañana no están nunca de buen humor.

—¿Qué te pasa a ti? —rebatí el de Cagliari—. Te veo muy raro.

El viejo Rossini, que me conocía desde hacía muchos años, me señaló con el índice con una sonrisa torcida.

—¡Estás enamorado! —exclamó.

Mi cara se iluminó y él se llevó las manos a la cabeza.

—Te dejo solo una noche y mira lo que haces —farfulló desconsolado.

—Es guapa, Beniamino —susurré—. Es muy guapa...

—Y quieres tener hijos con ella... —me interrumpió—. Hay que entenderlo... Hace mucho tiempo que no le pasaba... Marco es del tipo «eterno corazón roto»... —añadió luego, dirigiéndose ahora a Marlon.

—Lo sabe todo de cómo hacen el amor los caimanes... —intervine con un tono cargado de orgullo.

—Otra estudiante de los cojones —comentó con malicia mi socio—. Bueno, volvamos a los negocios. ¿Cómo nos habíamos dividido el trabajo para hoy? —añadió luego.

El sardo y él se dedicaron a la búsqueda del equipo fotográfico con el que queríamos inmortalizar los encuentros de Fiorenza Vadilonga; yo, por el contrario, tenía que encontrar el ejemplar del libro sobre la historia del cine francés que, según mi teoría, debía contener la clave del código de los anuncios. Busqué sin éxito en todas las librerías. Solo a la caída de la tarde se me ocurrió la genial idea de dirigirme a la asociación de cinéfilos que organizaba en la ciudad el ciclo de proyecciones de antiguas películas de cine extranjero. Esa noche, presidía el centro del círculo Trece Lunas un simpático jovencito llamado Antioco, que intuyó de inmediato el libro que me interesaba y se ofreció a acompañarme a una tienda para fotocopiarlo. Volví al refugio de Pitz'e Serra. En la mesa del salón mis socios habían desplegado cámaras fotográficas, objetivos, películas y todo lo necesario para el revelado y la copia de los negativos. Añadí al material las fotocopias encuadernadas. Estábamos listos. Solo había que esperar a que llegara el miércoles.

Esperábamos a la furgoneta que repartía los periódicos encerrados dentro del Panda. La atmósfera era tensa y estaba saturada de humo. Había buscado a mi Gina por todos los locales de la ciudad, pero sin éxito. Estaba pensando otra vez en ella cuando Beniamino abrió la puerta.

—Ha llegado —dijo, y salió del coche para comprar el periódico.

Volvimos al apartamento y comencé una larga y paciente búsqueda, que se complicaba por la presencia de mis dos amigos preguntándome todo el

tiempo si había encontrado algo. Leía el anuncio y después buscaba alguna referencia en el índice analítico del libro.

Al principio se me escapó porque pensaba en un nombre francés. Luego, al verlo repetido en la segunda sección, lo miré con más atención.

Sección número cuarenta y siete: «Mensajes y comunicados». «Ref.: ANNABELLA: Te espero en el sitio de siempre el jueves a las siete y cuarto de la tarde. A. D.».

Sección número cuarenta y ocho: «Matrimonios, amistades». «ANNABELLA, cincuenta años, le gustaría mucho encontrar compañero de la misma edad, inmejorable posición económica, buena presencia. Dejar mensaje en el *Baratto*».

—Puede que haya encontrado algo —anuncié.

Annabella aparecía repetido dos veces... En el índice del libro se destacaba que, en la página 72, resultaba ser el nombre artístico de Suzanne Charpentier, una famosa actriz francesa de los años veinte. Podía tratarse de un error clamoroso, pero el hecho de que también estuviera en la sección cuarenta y ocho me hizo pensar que Vadilonga debía de ponerlo todas las semanas. La persona con la que tenía que verse le respondía luego, en el momento oportuno, en la sección número cuarenta y siete.

—Entonces la seguiremos como habíamos previsto —confirmó Beniamino.

Fiorenza Vadilonga salió de la notaría a las siete menos cuarto de la tarde. Empezamos a seguirla, yo a pie, Beniamino con el Panda y Marlon con la moto. El uso de unos minúsculos transmisores garantizaba nuestra coordinación. Temíamos un intento de despiste, como si se introdujera de repente en un taxi. Sin embargo, con la mayor tranquilidad del mundo, la mujer nos condujo a una mesita de un bar de la plaza Yenne. Pidió el acostumbrado Aperol y luego se puso a mirar a los transeúntes. En sus ojos no reconocí la habitual mirada perdida. Daba la impresión de ir a la caza de un rostro bien concreto.

No pude reprimir un gesto de cabreo cuando vi al hombre que se sentó a su lado: no se parecía ni de lejos a Giampaolo Siddi.

—No es él, ¿verdad? —pidió como confirmación el viejo Rossini.

—Desgraciadamente no.

Lo fotografiamos con una película de infrarrojos. Unas veinte instantáneas, para no correr riesgos. El tipo debía de tener entre cincuenta y

cinco y sesenta años. Un metro setenta y cinco, más o menos, barriga y un par de patillas canosas que enmarcaban un rostro redondo y terso como el culito de un niño. Escondidos en un portal, estábamos a unos treinta metros de la pareja, que no podía vernos: no captábamos sus palabras, pero parecía evidente que mantenían de una discusión nada cordial.

La viuda hablaba con vehemencia y a menudo tenía accesos de rabia en mitad de una frase. El hombre trataba de calmarla y de vez en cuando le tomaba una mano para acariciársela. De repente, él se levantó y se despidió ciñéndole los hombros y acariciándole la cara con los labios.

Ella permaneció inmóvil, mientras esperaba con los ojos cerrados a que se fuera.

Lo seguimos con la misma técnica que habíamos utilizado con la mujer. Esta vez, sin embargo, nos dimos cuenta enseguida de que nos enfrentábamos a un profesional: aunque más por la costumbre que por haberse dado cuenta de verdad de que lo seguían, trató de gastarnos un par de jugarretas. Primero se metió en un bar que tenía salida a otra calle en la parte de atrás. Luego se dio la vuelta de repente y volvió sobre sus pasos unos cincuenta metros mirando bien a la cara a los transeúntes. Por último, entró a paso ligero en una callejuela desierta. En ambas ocasiones, fue el de Cagliari quien resolvió la situación, dando gas a la moto y llegando al final de la calleja a través de una calle paralela. Nos dio las coordenadas del pájaro por radio y desde ese momento ya no lo perdimos de vista.

Frente a la entrada del mercado, entró en un largo y angosto patio que conducía a un escaparate iluminado. El anuncio de la calle nos indicó que se trataba de una bodega.

—No tiene salidas traseras —nos comunicó Marlon.

—Entonces tiene una cita —dije—. Voy a ver con quién.

El establecimiento era grande y estaba dividido en dos espacios. En el primero encontré a nuestro hombre dedicado a observar la etiqueta de una botella de vino blanco en compañía de un tipo alto y delgado, de pelo blanco, que llevaba una gabardina al estilo teniente Sheridan^[4]. Tampoco él podía ser Giampaolo Siddi. Parloteaban entusiasmados, pero tenían los ojos abiertos y los dirigieron de inmediato hacia el que suscribe apenas entré en su campo visual. Para no levantar sospechas, me encaminé con paso decidido hacia una estantería, cogí una botella y me fui a la caja.

Hice un informe rápido a mis colaboradores y nos apostamos para fotografiar al segundo hombre. No lo logramos. Salió con un borsalino calado hasta los ojos y una pipa en la boca que formaban una intensa sombra sobre

su cara. Después, con la agilidad de quien practica diariamente *footing*, atravesó la calle de repente y desapareció en la oscuridad de un aparcamiento. Tuvimos que conformarnos con alguna que otra instantánea más del tipo de las patillas.

A la mañana siguiente me presenté temprano en el despacho del abogado Columbu. Como siempre, me recibió su mujer en la entrada: repetimos el acostumbrado número de las miradas bajas y las frases entrecortadas.

—Veo que ha seguido el consejo de mi colega Moi sobre el cambio de imagen —me saludó el abogado.

—Así es.

—Las calles de Cagliari están llenas de trampas. La verdad es que es fácil caerse —añadió con una sonrisa, señalando el brazo escayolado.

—Así es —repetí mientras lanzaba sobre la mesa el sobre con las fotos hechas la tarde anterior.

Las miró con atención. Luego se rascó con calma la piel flácida del cuello, mientras observaba un punto indeterminado del techo. Sabía que, hasta que no se colocara las gafas en la punta de la nariz, no abriría la boca y no me diría quien era aquel tipo. «Está claro que lo conoce», pensé mientras encendía un pitillo. Estaba tomándose su tiempo para encontrar la forma de encajar en el lugar adecuado la aparición de ese tipo dentro del intrincado rompecabezas del caso Siddi. Al final no lo consiguió. Desilusionado, se aclaró la garganta jugando con las gafas y yo me preparé para escucharlo atentamente.

—A este señor lo vi una vez —empezó—, digamos que hace cuatro o cinco años... Durante un careo a la americana entre un cliente mío y un arrepentido que lo acusaba de haber participado en un secuestro en Ogliastra... Un proceso tremendo y desagradable... a pesar de la absoluta falta de pruebas y de mi defensa puntual...

—¡Abogado! —salté, recordándole que volviera a la realidad.

Me miró a los ojos.

—Sí, sí. Perdona... En aquel momento, el séquito del arrepentido lo capitaneaba este señor —contó—, que se presentó con un nombre falso, de cobertura: Alberto Dedonato. Era un funcionario del Sisd^[5] destacado en el Servicio Central de Protección de arrepentidos.

—Entonces ha llegado el momento en el que yo salgo de escena —dije, levantándome—. No me encargo de casos donde están involucrados directamente polis y magistrados. Yo no trabajo así... Lo sabe todo el mundo.

—Vuelva a sentarse —me ordenó con amabilidad—, y tratemos de razonar sobre este asunto. Yo también estoy sorprendido, igual que usted... si no más. Pero, dígame, ¿no habrán hecho algo que pueda haber despertado el interés de las fuerzas del orden? —preguntó con una mirada penetrante.

—No, abogado. A los polis ni siquiera los hemos oído...

Empecé entonces a referirle mis investigaciones: le conté solo la parte correspondiente a la viuda Vadilonga y al intercambio de mensajes en el periódico de anuncios gratuitos.

—Parece una confirmación de que Siddi está vivo —comentó.

—Sí. Y la presencia de Dedonato podría significar que quieren pescarlo utilizando a la mujer como cebo...

El anciano volvió a jugar con las gafas y yo aproveché aquel gesto para encenderme otro pitillo.

—¿Y si, por el contrario, Dedonato y Siddi, por razones que en este momento no puedo siquiera imaginar, estuvieran compinchados? Tal vez desde el principio... —dijo, mientras se adelantaba hacia mí.

—Y entonces ¿la desaparición del abogado fue un montaje organizado por los servicios secretos, que prefirieron mandar a la cárcel a unos inocentes y arruinar su vida para cubrir una de sus habituales mamonadas, quizá de marca OTAN? —remarqué con malicia.

—Exacto, Buratti. Eso es lo que quería decir.

Lo miré fijamente a los ojos. Ese viejo filibustero estaba planteándome el caso desde un punto de vista demasiado atractivo para abandonarlo.

—Analizar mierda de semejante calidad no es algo que ocurra todos los días —farfullé meditabundo. Genesio Columbu puso cara de satisfacción. Parecía una araña que empieza a hacer la digestión—. De acuerdo, abogado, seguiré pero... —le apunté con el índice a la altura de la nariz—... si descubro que estamos cruzándonos con una investigación oficial, lo dejo todo.

—De acuerdo, Buratti —asintió, tendiéndome la mano.

—No querría tenerlo como adversario en un tribunal. Es usted un auténtico hijo de buena madre. Un leguleyo peligroso, como una serpiente de cascabel —me despedí mientras me dirigía hacia la puerta, remedando a Jack Nicholson en el papel del detective J. J. Gittes^[6].

Lo oí reír. Por primera vez. Una carcajada pletórica, rotunda. De esas que salen del fondo del alma.

La mujer-secretaria me dirigió una mirada interrogativa, a la que respondí encogiendo los hombros de manera imperceptible.

Beniamino empeoraba con los años: cada día se ponía más pesado. Se lo dije a sabiendas de que le ofendía, pero no aguantaba más sus quejas. Cuando le conté que el corazón solitario amigo de Fiorenza Vadilonga era un miembro de los servicios secretos, dio un salto en la silla.

—¿Un madero del Sisde? —preguntó, con la esperanza de haber oído mal.

Tras mi lacónica confirmación empezó a relatar a un estupefacto Marlon Brundu la lista de todas las ocasiones en las que, según él, le había metido en líos en aquellos años con el evidente objetivo de demostrar que yo era un loco irresponsable.

Lo dejé desahogarse y luego comencé a desarrollar la técnica adulatoria de Columbu. Primero le expliqué el acuerdo con el abogado y luego le clavé la estocada final.

—... Claro que si la teoría del abogado es cierta, se trataría de una ocasión irrepetible para darle una buena patada en el culo a alguno de esos servicios secretos desviados... Los de las masacres...

Vi cómo se le alargaban las orejas. Yo sabía, porque él me lo había contado millones de veces, que a un amigo de infancia, anarquista, lo habían acusado injustamente de colocar una bomba en un banco. Aunque hacía cuarenta años que no lo veía, no había logrado digerir la injusticia que había sufrido su compañero de juegos infantiles.

—Bueno, vale —barbotó—. Seguiremos con la investigación, pero solo por respeto a ese caballero, el abogado Columbu. De todas formas, si nos llega la peste a maderos y magistrados, nos volvemos a Bastia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —prometí en tono solemne. Y no pude evitar reírme de satisfacción: Beniamino había repetido de manera literal lo que yo había dicho poco antes. Pero me cuidé mucho de hacérselo notar.

—¿Y tú? —pregunté a Marlon.

—Ah, Caimán —respondió a la cagliaritana—. Vaya preguntas que me haces... Yo soy un hampón de Sant'Elia, yo... A los maderos me los paso por el culo.

Ese día propuse que comiéramos en casa. No tenía hambre y sentía la necesidad de volver a examinar la pista de Vadilonga. Empecé de nuevo a partir de los anuncios. El que se refería a la cita de la viuda lo firmaba simplemente A. D.: Alberto Dedonato, el nombre ficticio del que me había hablado el abogado Columbu. Cogí las fotocopias del libro sobre la historia del cine francés y empecé a recorrer el índice. Aquel nombre no estaba, pero aparecía un tal Albert Dieudonné, que, como Annabella, era un actor de los

años veinte. Las casualidades existen solo en la vida normal de las personas normales. Nunca en el crimen. Esta fue la certeza que me convenció de que Dedonato no era otra cosa que la traducción de Dieudonné y que, junto con Annabella, formaba parte de una banda donde todos se llamaban como actores famosos de aquella época. Volví a la cocina, donde el milanés y el cagliaritano, dedicados a preparar un *risotto* a la pescadora, estaban recordando los viejos tiempos de la prisión en Puerto Azzurro.

—Fiorenza Vadilonga —silabeé, interrumpiéndolos—. Sabe un montón de cosas que nosotros desconocemos. Quizá sería oportuno ir a hablar cuatro cosas con ella.

Los dos hampones torcieron el morro ante la idea de interrogar a la mujer.

—Lo haré yo —los tranquilicé—. Y dado que el sistema de comunicación con el poli tiene una cadencia semanal, y dudo que tengan una alternativa de emergencia porque la mujer, en definitiva, no debe de contarle mucho, quiero aprovechar los días que faltan para la próxima salida del periódico para suavizarla con el truco del fantasma.

El viejo Rossini hizo tintinear sus brazaletes.

—Magnífica idea, socio. Me hubiera disgustado maltratarla... Es una pobre sonada.

Como ocurría a menudo en esos días, el cagliaritano nos dedicó una mirada interrogativa. Le dije que tuviera paciencia, que lo entendería todo al día siguiente cuando nos viera manos a la obra.

Esperé a la viuda a la salida de la notaría donde trabajaba. Me acerqué a ella mientras cerraba el portal.

—Buenas tardes, Annabella —la saludé con una gran sonrisa.

Ella palideció y luego, como si estuviera paralizada, se quedó mirándome mientras yo me alejaba de ella. Unos veinte metros más adelante, me di la vuelta y agité la mano con alegría. Más tarde, en el bar de siempre, la mujer tenía un aire aún más ausente de lo habitual y dio un bote en la silla cuando me presenté de nuevo frente a ella.

—¿El Aperol lo preparan mejor aquí o en la plaza Yenne, donde se encontró con Dedonato? —le pregunté.

No respondió pero, en compensación, una repentina contracción nerviosa de la muñeca hizo que se derramara la bebida sobre el abrigo de leopardo. No iba a aguantar, estaba claro. Pero no hacía falta insistir. Era viernes y no volvería a verme en todo el fin de semana. Le daría el tiempo necesario para

que aumentaran la ansiedad y el miedo. La veía insomne, abrazada al oso de peluche, preguntándose quién sería aquel hombre que sabía cosas que no debería conocer y que la estaba poniendo en peligro. Luego, el lunes no le daría tregua y el martes presentaría la factura. Era cruel, pero era el método menos violento, con diferencia, que conocía. En mi mundo, cuando se le pide a alguien que desvele un secreto, se usan guantes solo para no dejar huellas.

Como el fin de semana anterior, mis amigos volvieron a ponerse elegantones y se lanzaron a la conquista de exóticas chicas de alterne. Por mi parte me fui flechado al Libarium, con la esperanza de encontrar a mi Gina.

Me prometí a mí mismo no beber demasiado para no repetir el papelón de la semana anterior y durante las dos primeras horas sufrí como un perro. Cuando por fin entró, fue directa a mi mesa.

—¿Te gusta cómo voy vestida? —preguntó, exhibiéndose con una pirueta.

Llevaba un traje de chaqueta cruzada, oscuro y a rayas, la versión femenina de los trajes de gánster que habitualmente se ponía el viejo Rossini. En vista de que yo tardaba en responder, dibujó un arco en el aire, llevó el índice de la mano izquierda al bajo de la falda corta y lo levantó poco a poco hasta mostrarme el borde azul oscuro de las medias.

—Estás muy elegante, Gina. Además de guapa —la cortejé con aire soñador.

—Me dijiste que me parezco a Satanik y he pensado en vestirme como ella —añadió con tono travieso.

—Has hecho bien. ¿Por qué no te sientas y así puedo alargar las manos por debajo de la mesa?

—Adoro estas formas tuyas de caballero, Caimán.

Pidió un manhattan sin angostura y luego se dedicó a contarme su vida. Romana, treinta y cuatro años, se había casado un par de años antes con un ingeniero aeronáutico «guapo pero muy aburrido», del que había escapado hacía unos veinte días. Había llegado a Cagliari para olvidarlo y empezar de nuevo.

—Los hombres son unos gilipollas —sentenció al final.

—Lo sé —asentí—. Además, somos unos traidores y unos bastardos, y solo os hacemos sufrir... Bienvenida al club de las desengañadas —concedí, para cerrar definitivamente el argumento.

Añadió que mataba el tiempo haciendo un curso de flamenco en la ciudad con dos maestros: Anita la Maltesa y Ramón Ruiz. Me confió que su mayor

aspiración era convertirse en bailarina profesional y dar la vuelta al mundo taconeando y tocando las castañuelas.

Pensar que podía lograrlo con treinta y cuatro años era una auténtica locura. La encontraba loca en la justa medida: la mujer de mis sueños.

—¿Y tú a qué te dedicas, Caimán?

—Soy una especie de investigador privado —respondí con sinceridad.

—He perdido un pendiente entre las sábanas. ¿Serías capaz de recuperarlo?

—Esos casos son mi especialidad.

—Entonces vamos. Déjame ver lo que vales.

Necesitábamos una ducha para evaporar un poco el alcohol. Resolvió el problema de mi brazo escayolado envolviéndolo en plástico transparente, como un trozo de carne dispuesto para congelar. Nos desnudamos uno al otro en el baño. Tenía la piel lisa y un cuerpo suave y turgente. Algunas estrías en el pecho y los glúteos evocaban una adolescencia hipercalórica. Cuando me preguntó si me gustaba, le respondí que sí, que tenía un cuerpo que me recordaba a la gran odalisca de Ingres, y que no veía la hora de frotarme con él.

Bajo el chorro de agua, enjabonarnos se convirtió en una excusa para conocernos un poco más íntimamente. Intenté quitarle las gafas de sol, pero ella me bloqueó la mano con un movimiento fuerte y seguro.

—No me las quito nunca, Caimán.

—Pero se mojan —protesté.

—No... Se lavan conmigo... que no es lo mismo.

Más tarde descubrí que se había preocupado de llenar la despensa de comida y calvados: podíamos aislarnos del resto del mundo durante todo el fin de semana.

El lunes por la mañana me desperté sobresaltado. Era tarde y estaba en la casa equivocada. Llegué a Pitz'e Serra al final de la mañana y me encontré con el viejo Rossini de pésimo humor.

—No he pegado ojo en toda la noche, Marco —empezó—. El acuerdo era verse anoche y tú te presentas doce horas más tarde... Con un asesino por ahí, ¿cómo crees que me he sentido durante todo este tiempo?

Pedí perdón pero todavía tuve que tragarme el sermón un buen rato. Tenía razón, me había comportado de una manera incalificable, pero no lograba sentirme demasiado culpable. Era feliz. Como solo el amor puede hacerte.

—Bueno, ahora movámonos —dijo como conclusión—. Tienes que hacer saltar a una viuda hoy.

Me volví a vestir como el fantasma y esperé a Fiorenza Vadilonga al salir del trabajo, en el descanso para comer. La mujer abrió el portal con cautela, preparada para cerrarlo en caso de verme en las inmediaciones. Tras efectuar este control, se dirigió a paso veloz hacia su casa. Le dejé un poco de ventaja y luego aparecí por la espalda cogiéndola afectuosamente por el brazo.

—Buenos días, Annabella. ¿Por qué el jueves pasado estaba tan enfadada con Dedonato? ¿Quizá porque no le deja ver a su Giampaolo? —pregunté.

Luego, con la misma rapidez, le solté el brazo y desaparecí por una calle lateral.

A las cuatro volvió al trabajo en un taxi. Un movimiento previsible. Al entrar en el ascensor, se encontró con el que suscribe, que la acogía sonriente. Trató de escapar, pero la metí dentro agarrándola de un brazo. Pulsé el botón del segundo piso, donde estaba la notaría, y la acompañé hasta su destino sin decir una sola palabra. Lloraba tan fuerte que no pudo escucharme.

Me preparé para volver a verla al concluir la jornada de trabajo. La costumbre y las ganas de beber eran dos tentaciones demasiado fuertes para renunciar al bar de la calle Roma. Estaba seguro de que sabía que me dejaría ver de nuevo allí, pero aquel era el único momento del día en el que se sentía viva: ni siquiera un fantasma podía inducirla a renunciar. Cuando me senté a su mesa, el labio inferior le temblaba de forma incontrolada pero, en cualquier caso, logró encontrar las fuerzas suficientes para preguntarme qué quería. Podía ser el momento justo, pero el lugar, una de las calles más frecuentadas de Cagliari, sin duda no era el adecuado. Me limité a un acercamiento indirecto.

—Por ahora solo quiero saber una cosa: ¿Giampaolo Siddi se llevaba bien con su mujer?

—¡No! —respondió con decisión.

—¿Tan mal como para dejarla, a ella y a sus tres hijos, sin demasiados remordimientos?

—La odiaba. Como a aquellos tres pequeños bastardos —chilló con ferocidad.

Temblaba de pies a cabeza. Había llegado el momento de preguntarle si su amante seguía vivo. Sin embargo, con un sentido de la oportunidad por completo inadecuado, el camarero se acercó a nuestra mesa.

—¿Todo bien, señora? —preguntó, mirándome mal.

Me levanté.

—Sí, no se preocupe —respondí en vez de la mujer—. Soy su asesor fiscal y no le he dado buenas noticias. Ay, los impuestos... —suspiré en voz

alta, mientras me alejaba—. Son la ruina de este país.

—¿Qué tal? —preguntó Beniamino, que me esperaba no muy lejos, junto al cagliaritano.

—Bien, se ha «ablandado» lo justo. Mañana la esperaremos en casa y, en cuanto me vea, soltará de una tirada toda su vida.

—A propósito, quiero volver a casa de Benoit. Lleva muerto once días y todavía no han descubierto el homicidio...

—Cierto —aprobé—. Es muy raro. Entre otras cosas era el propietario de un supermercado y hace tiempo que los dependientes deberían haber empezado a preocuparse.

Además del cadáver, también había desaparecido el sillón.

Durante unos instantes, los tres nos quedamos mirando sin palabras el espacio que había quedado vacío.

El viejo Rossini fue el primero en recuperarse.

—Esto es profesionalidad, chicos... Cuando no dejar huellas es ciencia...

Empecé a entenderlo.

—Querían que al muerto solo lo viéramos nosotros.

—Se me escapa el sentido del mensaje, Sherlock.

—Que son más fuertes, Watson. Que saben quiénes somos mientras nosotros no tenemos ni la más remota idea de quiénes son ellos y que pueden hacernos desaparecer como hicieron con el belga.

Brundu soltó el seguro de la metralleta que llevaba siempre en la cazadora.

—Ojalá lo intenten —dijo en tono amenazador.

Desde la mañana, controlamos de cerca a la viuda Vadilonga. No queríamos correr el riesgo de perderla justo el día en que tenía que contarnos todo lo que sabía sobre la desaparición del abogado Giampaolo Siddi y sus extrañas compañías.

Llegó la tarde y la mujer se dirigió al bar para tomar su bebida vespertina. Se tomó cinco copas y sus correspondientes platitos de galletitas y frutos secos. Era algo bueno que hubiera aumentado las dosis: se confiesa y se traiciona mejor con la cabeza confusa.

Dante es una calle con árboles, amplia y más bien larga, con muchos escaparates de tiendas. A aquella hora estaban ya todas cerradas y los

transeúntes eran pocos y apresurados por el frío. Beniamino y yo estábamos a unos cincuenta metros de la mujer. Marlon nos seguía en paralelo con el Panda: en el asiento delantero llevaba la metralleta tapada con un periódico.

Estaba tenso y repasaba las preguntas que al rato le iba a hacer a Vadilonga. Mi socio, como de costumbre, transpiraba tranquilidad. De repente pasó junto a nosotros, balanceándose sinuoso, un joven con un par de patines *roller-blade*. Vestía un chándal de marca y en la cabeza llevaba una gorra de béisbol de las que entonces estaban de moda.

—En mis tiempos no existían esos superpatines —se lamentó mi socio, con un tono cargado de nostalgia—. Eran unos trozos de hierro con ruedas de madera y un montón de correas...

—Los recuerdo. Cada vez que te cambiabas de zapatos te pasabas media hora regulándolos.

El patinador había llegado ya a la altura de la mujer. Con elegancia, la agarró por una muñeca y la hizo dar una vuelta completa a su alrededor. Acto seguido, la lanzó con violencia contra la pared de un edificio. La viuda chocó con la cabeza y, mientras el cuerpo inerte se deslizaba a lo largo de la pared, el joven aprovechó para clavarle dos dedos extendidos en el plexo solar. Luego agarró el bolso y se alejó con la misma elegancia con la que había llegado.

Para mis reflejos todo había ocurrido demasiado deprisa. Cuando empecé a correr hacia Vadilonga, Beniamino estaba ya casi junto a ella y Brundu perseguía al asesino.

—Está jodida —murmuró, mientras le sujetaba la cabeza.

Los labios de la mujer se movían.

—Parece que quiere decir algo —dije casi sin aliento por la carrera.

El viejo Rossini acercó el oído. Ella le susurró algo y segundos después murió.

—¿Qué ha dicho? —lo urgí.

—Vieja loca... —comentó—. Ha dicho: «Qué pena... Faltaba poco... Mangiabarche»... —Negó con la cabeza—. Cuando uno está a punto de morir, debería decir algo más sensato, ¿no?

El cagliaritano llegó derrapando.

—Se me ha escapado —anunció.

—Rápido, larguémonos de aquí —nos apremió Rossini—. Dentro de nada llegarán un montón de maderos.

Ya en el coche se dio la vuelta para mirarme.

—Me quito el sombrero ante este homicidio disfrazado de tirón. Los polis no lo descubrirán nunca... Y nosotros hemos hecho un bonito papel de imbéciles. Si seguimos infravalorándolos, nos joderán a lo grande...

—Ya —asentí—. Nos han dejado otra vez petrificados. Tenemos que empezarlo todo desde el principio —murmuré desconsolado.

Mi amigo se dio otra vez la vuelta.

—Marco —anunció con gravedad—, antes de volver a empezar es mejor que pensemos en salvar el culo... Han matado a la viuda justo un minuto antes de que la obligáramos a cantar...

—Micrófonos —lo interrumpí, empezando a entenderle.

—Nos los habrán colocado en casa o en el Ribot. Son los lugares donde hemos elaborado el plan.

Encontramos un micrófono en la lámpara del comedor del apartamento de Pitz'e Serra y otro par más bajo las mesas que solíamos ocupar en el bar. Un gran trabajo que requería un contraataque.

Mientras Brundu buscaba otra casa segura, mi socio y yo pasamos la noche entre la casa y el Ribot, interpretando el papelón de investigadores derrotados que deciden abandonar el caso, con la esperanza de despistar a quien estuviera escuchando y grabando nuestras conversaciones. Necesitábamos un par de días para reorganizarnos.

El sardo pasó a recogernos a las nueve de la mañana y con mil precauciones nos llevó al nuevo refugio, no lejos del centro de Cagliari, en el número 3 de la calle Galassi, un gran edificio verde que era sobre todo de oficinas.

—Durante el día la gente entra y sale a todas horas; de noche está prácticamente desierto —nos ilustró mientras abría la puerta de la buhardilla.

Tres habitaciones, cocina y dos servicios, amueblada con los habituales restos de almacén. A nuestra disposición durante un mes por la módica cifra de cinco millones. Nos sentamos en la mesa de la cocina sin decir una palabra para analizar la situación.

—¿Y ahora? —me dijo Beniamino.

Encendí un pitillo, y solo después de fumarme más de la mitad, me decidí a responder.

—Pues ahora tenemos problemas. Muertos Benoit y Vadilonga, no tenemos otras pistas que seguir...

—Invéntate algo, Marco —saltó el milanés—. No sé si te das cuenta, pero hemos dejado que se carguen en nuestras narices a una señora de mediana edad mientras la estábamos siguiendo. No quiero que en el mundillo se rían

del que suscribe. Un papelón de mierda de este tipo te jode una carrera prestigiosa, ya lo sabes... Tenemos que encontrar al tipo de los patines y cargárnoslo.

—Tiene razón, Caimán —intervino Brundu—. Además, el patinador ha violado la regla de «ni mujeres ni niños». Cuando lo encontremos, tenemos que recordárselo mientras lo llenamos de plomo... ¿Te acuerdas de la película *León*?

Lo miré, pero me abstuve de hacer comentarios.

—Por mí de acuerdo. «Engordemos» al asesino... Encontrarlo significa en cualquier caso resolver, al menos en parte, el caso y esto es lo que más me interesa...

—¿Estamos seguros de que es el mismo que eliminó al belga? —preguntó Brundu—. Porque entonces se trataría de un hombre y el belga sería en realidad un mariquita.

—Eso parece... —respondí con cautela.

—Yo os digo que es un loco —me interrumpió Beniamino, siguiendo el curso de sus pensamientos—. Olvidaos de la idea del clásico asesino contratado, mucho más del tipo «fantasía y muchos huevos», como habíamos pensado después del homicidio de Benoit. Este es un jodidísimo sicario psicópata, uno de esos que matan por placer.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté perplejo.

—Segurísimo —rebatí—. Me pasó cerca, a un par de metros, y ni siquiera lo «noté». Si hubiera sido alguien que buscaba solo ganarse el pan, habría captado la tensión... Es mi trabajo y llevo en la calle de toda la vida... Sin embargo, ese iba perfectamente a su aire, tranquilo y despreocupado... Como si estuviera relamiéndose por el momento en que eliminaría a la viuda.

Volví a pensar en la escena.

—Podría ser —asentí. Luego me asaltó de repente otra idea—. Y si hubiera querido, habría podido dispararnos con una bonita pistola con silenciador... Cuando pasó a nuestro lado estábamos por completo indefensos... Por iniciativa suya o por orden de alguien está jugando con nosotros y con nuestra investigación... No entiendo el motivo, pero...

—Porque hemos perdido el control de la situación... Ni siquiera sabemos cuándo nos han «enganchado» —intervino mi socio—. Por eso tenemos que darnos prisa en encontrar una nueva pista y joderlos antes de que decidan hacerlo ellos... Un sicario psicópata es el peor enemigo que puedas encontrarte de frente.

—Tienes razón. Pero, como dije antes, al eliminar al belga y a la viuda han quemado la tierra a nuestro alrededor... Quedaría la pista de Dedonato: pero ese es un poli del Sisde y lo que debemos hacer es alejarnos lo máximo posible de él.

—Puede que encontremos una pista —aventuró con timidez Brundu—. En la base de todo ello hay un proceso famoso y los rumores corren entre los trabajadores... La gente imagina cosas...

—No te sigo, Marlon. ¿Qué quieres decir? —pregunté con curiosidad.

—Está proponiendo que nos dirijamos a un «renegado» —se anticipó el viejo Rossini—. Un poli corrupto, involucrado en su momento en las investigaciones y que quizá conserve buenos contactos en el mundillo.

—Ni hablar —corté—. Nunca he querido tener nada que ver con ellos... Con una mano cogen el dinero y con la otra te apuñalan por la espalda.

—Calma, calma, Marco. Quizá esta vez debemos pensárnoslo dos veces... Estamos metidos de verdad en la mierda. ¿Has pensado en alguien en concreto? —dijo luego, dirigiéndose al sardo.

—Sí, en un subteniente de los *carabinieri* del grupo de investigación destacado en el tribunal. Desde hace veinte años sigue los casos más importantes...

—¿De qué pie cojea? —pregunté.

Marlon hizo un gesto como de jugar a las cartas.

—Póquer —susurró con voz cómplice—. Conozco bien a alguien que le hizo perder tanto para tenerlo agarrado por los huevos durante el resto de su vida.

El viejo Rossini y yo nos miramos mucho rato.

—Probemos —me exhortó el milanés.

—De acuerdo. En este momento no tenemos otra elección.

Brundu se caló en la cabeza el gorro de cuero de motorista y se dirigió a la puerta. Lo imité.

—¿Adónde vas? —me preguntó Rossini en tono brusco.

—A ver a mi Gina —dije con mi mejor sonrisa.

—Me lo imaginaba —replicó, con aire de asco—. La estudiante de los cojones que está bien informada de cómo follan los caimanes... ¿Y a qué hora piensas volver?

No pude evitar una sonrisa.

—No lo sé.

—¡Dime por dónde andas! —gritó—. Un sicario de ese tipo, a un capullito como tú, se lo come de un solo bocado.

Mi chica no estaba en casa. Esperé una media hora sentado en el Panda y luego, atacado por el deseo impaciente de volver a verla, empecé a pensar dónde podía encontrarla. «Al fin y al cabo soy un investigador, no debería resultarme difícil encontrarla», pensé, tamborileando los dedos sobre el volante. Los locales aún estaban cerrados. Solo me quedaba buscarla en la escuela de baile donde Ramón Ruiz y Anita la Maltesa daban clases de flamenco. Una hora después aparcaba el coche bajo la ventana de un gimnasio del que procedía el ruido de un intenso taconeo.

Entré en un amplio salón iluminado con fluorescentes que tenía el suelo de tarima. No fue difícil distinguirla. Era la única que bailaba con gafas de sol. Tenía de pareja a un tipo de aire estirado que parecía tomarse muy en serio a sí mismo. Los observé unos minutos y tuve que rendirme ante la idea de que mi Gina era muy negada para ese tipo de danza. Parecía un muchachote obligado a bailar con la primera de la clase.

Al final se me acercó exhausta con un velo de sudor en el labio. Se lo quité con un beso.

—Tengo ganas de comer, emborracharme y follar. Exactamente en ese orden. ¿Qué te parece, bello Caimán?

—Que no veo la hora de dedicarme a los puntos dos y tres.

Quiso que la llevara a las afueras de la ciudad, a un restaurante conocido por la cantidad, además de por la calidad, de sus platos. Uno de esos sitios donde te sientas y unos camareros solícitos te traen un plato tras otro hasta que imploras piedad... y la cuenta.

Como siempre, me conformé con picar aquí y allá, demasiado ocupado en llenar mi copa de agua con calvados de la botella que tenía bien escondida bajo la mesa.

Gina, por el contrario, se llevaba al colete copas rebosantes de vino blanco helado entre un bocado y otro. Comía con avidez y gusto. Los ojos le brillaban y de vez en cuando se levantaba por encima de la mesa para besarme con unos labios que sabían a marisco.

Después de la cena fuimos al Libarium, el local donde nos conocimos. Allí me acordé de llamar por teléfono a Beniamino. Respondió con un gruñido y me regañó a gusto por haber dado señales de vida con algunas horas de retraso.

Sentados en una mesa de un rincón, pasamos el tiempo bebiendo y susurrándonos frases cariñosas y sin sentido al oído hasta que vi, con el

rabillo del ojo, al viejo Rossini y a Marlon sentándose con aire indiferente en la mesa de al lado.

Ella los observó con atención.

—A este local empieza a venir gente desagradable —sentenció sin preocuparse de bajar la voz.

Beniamino le dedicó una sonrisa de vitriolo y yo decidí que había llegado el momento de las presentaciones.

—Gina, estos señores son dos queridísimos amigos míos.

Se estrecharon las manos sin levantarse alargando los brazos. Beniamino notó algo, le retuvo la mano y luego se la giró poco a poco hasta dejar a la vista la cara interna de la muñeca.

—Qué bonito es este tatuaje en forma de pica —comentó en tono neutro.

Alargué el cuello para cotillearlo. No lo había visto antes. No logré comprender si era natural o no pero, desde luego, era perfecto: parecía sacado de una carta de naipes.

Gina retrajo la mano de un tirón.

—Es un antojo, no un tatuaje —lo corrigió con un tono malvado que no le conocía.

Se miraron fijamente durante un largo instante. No se gustaban y la mirada, que ambos sostuvieron durante demasiado tiempo, se estaba transformando en un desafío.

—Todavía no habéis pedido nada —constaté para aliviar la tensión.

Beniamino desplazó la mirada hacia mí.

—Nos vamos ya. Hemos venido para decirte que mañana por la noche iremos a ver a «nuestro amigo».

Se levantaron y se fueron sin despedirse. Lo sucedido me había entristecido y cabreado. Gina, sin embargo, lo olvidó en pocos segundos y volvió a ser la gata de siempre. Fuimos los últimos clientes en dejar el local y nos decidimos solo cuando el camarero, al pasar la fregona, empezó a limpiar también nuestros zapatos.

Después de la ducha y una buena dosis de sexo disfrutado con calma, nos dimos las buenas noches cuando por la ventana se filtraba ya prepotente la luz del nuevo día. En el duermevela me di cuenta de que estaba pensando que me gustaría dormir al lado de ella todas las noches. Di un bote en la cama del susto. Mi chica roncaba ligeramente con una expresión borracha. La observé durante cinco minutos, luego me vestí en silencio y me marché.

Cuando abrí la puerta de la buhardilla de la calle Galassi, la luz de la cocina seguía encendida. Me encontré a Rossini y a Marlon mano a mano en

una partida de cartas. Cigarrillos, licores y las metralletas a punto.

—Esa mujer te hará daño —empezó Rossini, sin apartar la mirada de las cartas—. Y te deprimirás, tendrás la cara larga de la mañana a la noche, mamarás calvados como un ternerillo y tocarás los cojones al que suscribe con tus penas de amor.

Resoplé y me dirigí a Brundu, que había seguido el discurso con mucha atención.

—No te metas en esto también tú —le advertí.

—Ni se me ocurriría, Caimán. Aquí no metemos las narices ni siquiera en los asuntos entre sardos, imagínate en los de los «continentales» —me tranquilizó, con un cierto tono de superioridad.

Apunté a mi socio con el dedo índice.

—Aprende... Eso es civismo —dije, y me marché fingiendo que estaba indignado.

Dormí algunas horas con un sueño agitado. En cuanto me desperté, afloró al momento la tensión por la cita con el «renegado» que estaba fijada para aquella noche. La escayola empezó a molestarme de forma insoportable y decidí que había llegado el momento de quitármela.

Cuando entré en la atestada sala de espera de la Clínica de los Pequeños Animales se hizo un silencio cargado de perplejidad: era evidente para todos que no llevaba conmigo el animal reglamentario. Un detalle no banal que no había tenido en cuenta en absoluto. Duró unos segundos; luego, los presentes volvieron a hablar de lo bonitos que eran sus Fuffi y a lamentarse del aumento de costes de la desparasitación de los cachorros.

Cuando la doctora Carla Pes detectó mi presencia, me llamó con un decidido gesto de la mano y me empujó rápidamente al cuarto de la limpieza.

—A los bandidos los recibo solo de noche —empezó—. ¿Por qué ha venido?

—Como ya le dije, no soy un bandido, sino un investigador y estoy cansado de llevar la escayola —respondí, tratando de ser amable.

—Es arriesgado... Aún no ha pasado un mes y dudo que el hueso se haya soldado... En cualquier caso es asunto suyo. Venga esta noche y se lo quito.

—Esta noche no puedo... Tiene que hacerlo ahora.

Se cruzó de brazos.

—Está de broma, ¿verdad? ¿Qué cree que pensarán los clientes al verlo salir sin escayola?

—Puedo esperar a la hora de cierre...

—Vale, vale —atajó—. Pero la próxima vez, antes de venir, recoja por la calle un gato o un perro... Vamos, que parezca que necesita una clínica veterinaria... Los clientes me harán preguntas...

—Le queda siempre la opción de decirles que tenía piojos con caspa... o la solitaria con úlcera.

Estalló en una carcajada histérica y catarrosa, y volvió a ocuparse de un pequeño canario que respondía al nombre de Jimmy y que tenía una fea infección en una pata.

La radiografía demostró que la doctora se había equivocado. Los huesos estaban soldados a la perfección, pero la pérdida de tono muscular necesitaba un mínimo de rehabilitación. Sentía un dolor de tres pares de demonios, pero me vi obligado a renunciar a los analgésicos y al calvados: aquella noche tenía que estar absolutamente lúcido.

La cita con el «renegado» se había fijado a las once en el aparcamiento desierto del centro comercial del barrio periférico de Pirri. El acuerdo preveía que los coches llegarían desde direcciones opuestas, se pararían en una zona bien iluminada en los límites del área, y que solo él y yo nos encontraríamos en el centro.

Alberto Fazio, subteniente del arma, llegó con un cuarto de hora de retraso y caminó hacia mí con aire circunspecto. Sabía que actuaría de ese modo: la cifra que le habíamos ofrecido era alentadora de verdad, pero el hecho de que la propuesta del encuentro procediera de desconocidos, continentales por añadidura, debía de haberle preocupado, y no poco: de hecho, no podía excluir que fuéramos colegas a la caza de *carabinieri* corruptos.

—No has venido solo —dijo mientras señalaba el Panda, en cuyo interior destacaban los perfiles de Marlon y Beniamino, que sabía que tenían las metralletas en el regazo.

—¿Qué más da?... Ya has comprobado los alrededores y sabes que no tienes nada que temer.

Se acercó y me registró en busca de micrófonos. Mientras deslizaba sus manos por mi cuerpo de forma profesional, pude observarle con atención. Cincuenta años, sobrepeso, cara de rasgos indefinidos, pelo rizado y perilla, ambos canosos. Lo catalogué como un poli untuoso y arrogante. Un verdadero mierda.

Alargó la mano y se puso a contar el dinero.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me digas... todo lo que sabes del caso Siddi y de un colega tuyo del Sisde, un tal Alberto Dedonato.

Me devolvió el fajo de billetes y negó con la cabeza.

—Estos cuatro cuartos no son suficientes... Las respuestas que quieres valen mucho más.

Otra acción previsible. El viejo Rossini lo había dado por seguro. Me había explicado que el verdadero corrupto, el que no vende a su madre por cinco liras, adora realizar acuerdos como si fuera un auténtico hombre de negocios y que, si se empieza a discutir, el regateo puede ser largo. Y nosotros no teníamos tiempo para jueguecitos de ese tipo.

—Vale —respondí lacónico. Me di la vuelta y empecé a dirigirme de vuelta al coche.

—Ten en cuenta que solo yo puedo proporcionarte esas informaciones... Te conviene romper la hucha y volver con una cifra más seria —ofreció.

Lo ignoré y seguí caminando hacia el coche.

—Eh, amigo...

Me di la vuelta de un respingo.

—Ni soy tu amigo ni voy a darte una lira más. Lo tomas o lo dejas.

Estaba a punto de abrir la puerta del coche, resignado ya al fracaso de nuestra estrategia, cuando lo oí gritar:

—¡Vuelve aquí...! ¡Acepto!

Le entregué de nuevo el dinero.

—¿Primero Siddi o el agente del Sisde? —me preguntó.

Opté por el último. Y empezaron a saltar las sorpresas. La primera fue que Alberto Dedonato era un expoli. Convertido en jefe de los «viejos» servicios, encargado de operaciones poco claras, lo habían «jubilado» tras la reforma. Fazio añadió que, en su opinión, estaba perdiendo el tiempo si tenía intención de buscarlo en Cerdeña, porque estaba en el extranjero hacía ya tiempo. Es decir, unos tres años, la época de la última misión. Entonces ya sabía que estaba jodido, pero había aceptado de todas formas llevar a término el encargo que le habían asignado de sacar del país a dos arrepentidos. Dos pastores que habían colaborado en la investigación de un secuestro de un conocido personaje del espectáculo y que con sus «cantes» habían hecho que arrestaran y condenaran al resto de la banda.

Dedonato tenía que acompañarlos a un país determinado y entregarlos a alguien que se ocuparía de proporcionarles una nueva identidad, casa y trabajo. Pero nunca llegaron a su destino y desaparecieron de forma literal en

la nada. Todo esto ocurrió en un aeropuerto: mientras los otros agentes iban a resolver los asuntos de aduana, Dedonato y los dos arrepentidos se largaron. La noticia se mantuvo en secreto para no poner en crisis el Servicio Central de Protección de Arrepentidos. Las investigaciones para encontrarlos no llegaron nunca a nada concreto.

La parrafada le había secado la garganta y se calló el tiempo justo para desenvolver un chicle. Aproveché para preguntarle por los parientes de Dedonato.

—Su mujer y sus hijos viven en la provincia de Milán, pero nuestro hombre había roto con ellos hacía ya años, mucho antes de llegar a Cerdeña, cuando todavía no se llamaba Dedonato... Se dice que estaba con una chica medio alemana medio española, relacionada de alguna manera con los servicios secretos alemanes.

Pensé que ya había oído hablar de esa chica y luego recordé que habían sido mis clientes los que me contaron que en las primerísimas investigaciones sobre el caso Siddi, antes de abandonar la pista de la OTAN, se había señalado la presencia de una joven en las dependencias de la inteligencia alemana.

—Si no tienes más preguntas..., he agotado el tema Dedonato y podría pasar al abogado —precisó Fazio, mirando con descaro el reloj, como si quisiera subrayar la importancia de su tiempo.

—No tengas prisa. Estás trabajando para mí —subrayé—. Dime en qué sitios se dejaría ver el bueno de Alberto si decidiera volver a Cagliari.

Lo pensó.

—Solo conozco uno: el garito de la calle Merello. Iba siempre. Es el mejor de Cagliari pero yo no puedo entrar allí... Lo frecuenta cierta gente que es mejor que no sepa... —añadió desconsolado.

—Tu enfermedad es el póquer. ¿Y la suya?

—La ruleta. Dilapidar su dinero, que casi siempre es del Estado.

Encendí un pitillo.

—Pasemos a Giampaolo Siddi.

También él prendió uno. De los suyos. Ninguno de los dos estaba para gentilezas. Tampoco en este tema faltaron las sorpresas. Fazio también estaba convencido de que Siddi estaba vivo. Es más, estaba completamente seguro. Me desveló que todos los magistrados habían llegado a pensar lo mismo con el tiempo, pero que el mecanismo del proceso ya estaba en marcha, así que muchos respiraron aliviados cuando absolvieron a aquellos tres abogados de la acusación de homicidio después de «solo» dos años de cárcel.

Dijo conocer también el porqué de la desaparición y el consiguiente proceso de despiste: Siddi se había apropiado de una considerable cantidad de dinero, parece que en títulos al portador, que era propiedad de sus jefes, los llamados «abogados».

Cuando pregunté si sabía cómo se llamaban, negó con la cabeza.

—Ojalá, sería rico desde hace tiempo —me confió—. El sector cagliaritano que gestiona los negocios «de verdad» es una mezcla de masonería, políticos, constructores, grandes comerciantes, pero, en la base de todo, la que proporciona el dinero para su reciclaje es el hampa, en parte sarda, aunque sobre todo continental. Un magistrado honesto, un tocapelotas sardo de cabeza dura, me dijo que, en primer lugar, los «abogados» lo son no solo de nombre, sino también de hecho, y que su identificación es extremadamente difícil porque pertenecen a un grupo secreto dentro de ese sector...

—Y Siddi los jodió al escaparse con la caja... —comenté meditabundo.

—Exacto.

—¿Tienes alguna idea de dónde ha podido esconderse?

—El mundo es grande... —filosofó mientras se encogía de hombros.

Iba a preguntarle qué sabía de Fiorenza Vadilonga, pero me contuve. Era mejor fingir que no la conocía. No quería que se imaginara cosas. Así que le pregunté si Siddi y Dedonato se veían.

—Es posible —respondió—. Ambos estaban relacionados con la base de la OTAN de Decimomannu.

—¿Te dice algo la palabra «Mangiabarche»? —pregunté con indiferencia.

—No, no la he oído nunca.

Levanté la llama del mechero e iluminé la foto del tipo del pelo blanco y el impermeable a lo teniente Sheridan con el que Dedonato se había encontrado en la bodega. Negó con la cabeza.

Hice un gesto para aclararle que la conversación había acabado y volví al coche.

—¿Cómo ha ido? —preguntó impaciente el viejo Rossini.

Me di la vuelta hacia el sardo.

—Muy bien, Marlon —le reconocí—. Ha sido una idea magnífica hablar con el subteniente... Me ha indicado la pista para llegar a Siddi, el muerto más vivo que existe... Por el camino encontraremos también al sicario... y a un montón de gente estupenda.

El abogado Genesio Columbu estaba de pésimo humor. La llamada telefónica no dejaba dudas. Decidí entonces que me acompañara Beniamino, porque sabía que aquellos dos se respetaban y se comprendían y confiaba en su mediación. En cuanto nos sentamos en su despacho, Columbu nos plantó bajo la nariz un par de periódicos locales que informaban en la primera página de la noticia del asesinato de Fiorenza Vadilonga. «Los ladrones de tirón también matan. Bárbaro homicidio de una empleada en pleno centro», titulaba el primero. «Naranja mecánica en la calle Dante: ladrón con patines masacra a una viuda indefensa», denunciaba el segundo.

Intercambié una mirada de entendimiento con mi socio: como habíamos previsto, las investigaciones se habían centrado en la pista del ladrón asesino.

—Un amigo que trabaja en jefatura —empezó el abogado en tono cortante— me ha confiado que un testigo ha declarado que vio a dos hombres acercarse a la mujer tendida en el suelo y luego escapar en un Panda azul, conducido por un tercero... Y eso no es todo. Charlando de esto y aquello, me he enterado también de la desaparición de Leon Benoit, denunciada por los dependientes de su supermercado. La policía considera que ha sido víctima de un caso de *lupara bianca*^[7]...

Se concedió una pausa para volver a acomodarse con calma en la silla, desplazar las gafas a la punta de la nariz y cruzar las manos sobre el estómago.

—Ahora quiero saber qué está ocurriendo —continuó imperativo—. Quiero saber por qué ha comenzado este reguero de muertes de personajes involucrados en el caso. Y también piensan lo mismo mis clientes...

—También son mis clientes —lo interrumpí con el mismo tono, aunque luego me callé.

No tenía ganas de discutir con aquel viejo y dejé que se las apañara Beniamino. Hablaban el mismo lenguaje: estaba seguro de que se entenderían.

—Abogado —empezó mi socio, con un tono cargado de respeto—, Marco tiene un método de trabajo muy particular... Los clientes, durante la investigación, se lamentan, lo sé por experiencia, pero luego, al final, están siempre satisfechos... En este momento estamos en un punto delicado, no podemos ponerlo al corriente de todos los detalles, pero estoy seguro —y mientras lo decía me miró fijamente— de que lo que ahora le contará mi amigo bastará para satisfacer su curiosidad.

Los rasgos del rostro del viejo abogado se relajaron de manera imperceptible: Rossini había logrado tranquilizarlo.

—Incluso haré más —intervine—. Le expondré mi teoría sobre todo el caso, así podrá divertirse interpretando el papel de abogado del diablo.

Me dedicó una mirada inexpresiva, que quise interpretar como un signo de asentimiento y una invitación a seguir.

—Giampaolo Siddi está vivo: su desaparición fue una completa puesta en escena para uso y consumo de los magistrados y de su familia, con la que no mantenía una buena relación. El motivo de esta fuga hay que buscarlo en una montaña de dinero, parece ser que en títulos al portador, que este señor sustrajo a sus jefes: los «abogados». Mientras traficaba con la base de la OTAN de Decimomannu conoció a Alberto Dedonato, agente poco limpio del Sisde destacado en el Servicio Central de Protección de Arrepentidos. Un auténtico especialista en esconder a personas facilitándoles una nueva identidad. Es el cómplice ideal para el plan de Siddi y quien sin duda lo ayudó a salir del país. Pero eso no es todo. En esos años, Dedonato gestionó también la relación con la amante del abogado, Fiorenza Vadilonga. A través de un complicado pero seguro sistema de mensajes publicado en los anuncios de los corazones solitarios, cuyo código se basa en el cine francés, ha logrado que se mantuvieran de forma constante en contacto. Desde el principio. Esto demuestra que entre él y Siddi nació una sociedad criminal que dura hasta hoy.

»Hace tres años, Dedonato desaparece. En un aeropuerto. Con los dos arrepentidos a los que acompañaba hacia un nuevo país y una nueva identidad. Al principio no entendía por qué se habían pirado los tres juntos. Ahora creo que Dedonato les ofreció algo más conveniente o, para ser más exactos, más rentable que un programa de reinserción: la propuesta de entrar en una banda nueva. No tengo ni idea de en qué ramo del crimen está especializada, pero sé que existe. De eso estoy seguro. Como del hecho de que opera sobre todo en el extranjero.

»Creo que Dedonato siguió viniendo a Cagliari para hablar con Vadilonga y, de vez en cuando, para acompañarla hasta su amante. Luego llegamos nosotros: empezamos a meter la nariz en todo, los alarmamos y obligamos a la banda a volver. Nos han estado “cuidando” sin que nos enterásemos, han puesto micrófonos en los lugares que frecuentamos, se han anticipado a nuestros movimientos y han eliminado a todo aquel que pudiera ponerlos en peligro. Primero a Benoit, que, como antiguo cómplice de Giampaolo Siddi, habría podido revelarnos que este seguía vivo y luego la viuda, a través de la cual habríamos podido llegar hasta él...

—¿Están seguros de que el belga está muerto? —preguntó Columbu.

—Sí. Lo vimos con nuestros propios ojos —respondió Rossini.

—Si la banda se encuentra ahora en Cerdeña, puede que también esté Siddi —aventuró el abogado.

—Lo dudo. Para él es demasiado peligroso. Seguro que algunos han vuelto —precisé—. Sin duda, Dedonato, el tipo de pelo blanco de quien solo tenemos la fotografía, y el asesino que ha llevado a cabo los dos homicidios. Por el *modus operandi*, mi socio está convencido de que se trata de un psicópata que mata más por placer que por dinero.

—¿Cómo piensan actuar de ahora en adelante? —preguntó Columbu.

—Trincaremos a Dedonato para llegar a Siddi y a él le preguntaremos el nombre de los «abogados».

—Dicho así, parece fácil.

—Sin embargo, no lo será, pero no tenemos otra elección —intervino Rossini—. Con la investigación hemos puesto en marcha un mecanismo de reacción que incluye la eliminación de varias personas...

—De ustedes dos, por ejemplo.

—Y de usted también, abogado —rebatí mi amigo—, igual que de sus clientes... Todos ustedes podrían ser objeto de atención por parte del asesino. Cualquiera que pueda saber algo útil para demostrar que Siddi está vivo se encuentra en peligro de muerte.

El abogado, perdido en sus pensamientos, se rascó largo rato el estómago con las dos manos.

—Su reconstrucción, Buratti, es burda, vacilante en algunos puntos y en otros poco clara. Además no responde a todas las cuestiones de la investigación que le han propuesto mis clientes... Pero el planteamiento de su razonamiento me parece sólido... Incluso podría haber dado en el clavo.

3

—¿En qué piensas? —pregunté a Beniamino.

—No te lo voy a decir.

—Te conozco desde hace demasiados años para no saber cuándo estás preparando un plan... Y también creo que puedo adivinar... lo que te bulle en la cabeza...

—Venga, Sherlock..., deslúmbreme con tu genio de investigador —me provocó.

—Quieres robar en el garito.

—Justamente... Un buen trabajito fácil, remunerado y por el que nadie va a correr a llorar a la policía —se rio sarcástico.

—Ni hablar —desaprobé, con el tono de quien no admite réplicas.

Estábamos sentados desde hacía cuatro horas, por tercer día consecutivo, en el vagón de carga de un furgón con ventanillas de espejo, de marca japonesa, aparcado frente a la entrada del garito, con la esperanza de ver entrar a Alberto Dedonato.

No fue difícil organizar la vigilancia. Marlon comprendió al momento a qué templo del juego de azar se refería el subteniente Fazio. En un par de días nos había proporcionado un vehículo, que habíamos preparado con binoculares, cámaras fotográficas, dos cómodos silloncitos, una nevera portátil, licores y cigarrillos. Yo llevaba siempre encima el *walkman* y varias cintas de *blues*, por si ninguno de los dos tenía ganas de charlar. A Beniamino, por ejemplo, se le pasaban de repente en cuanto yo sacaba el tema de Gina. De mi chica no quería ni oír pronunciar su nombre.

La vigilancia se llevaba a cabo en el bulevar Merello, una calle arbolada que se eleva con suavidad hacia la parte alta de la ciudad y ofrece una vista única sobre el golfo a los afortunados propietarios de las últimas plantas de sus discretos y señoriales edificios. Brundu aparcaba cada tarde hacia las nueve frente a uno de esos edificios. Bajaba del furgón e iba a pie a coger la moto que estaba cerca. Una vez solos Beniamino y yo, encerrados en la parte de atrás del furgón, nos encargábamos de controlar la puerta del garito. Si el

exagente se dejaba ver, teníamos que avisar a Brundu mediante el radiotransmisor, de manera que estuviéramos preparados para el seguimiento tanto con el furgón como con la moto.

El viejo Rossini volvió a la carga.

—Esta es la hora en la que empieza a llegar la gente que juega fuerte... Cochazos, mujeres enjoyadas... Hasta aquí llega el olor de los billetes de cien mil...

Por toda respuesta me puse los auriculares y empecé a escuchar a Peggy Scott y a Jo Jo Benson, que cantaban «I Want To Love You, Baby».

Me los quitó con un gesto rápido y chistoso.

—Escucha, Marco —susurró con un tono que quería ser convincente—. La idea de este «trabajito» me vino al pensar en Marlon. La verdad es que le he cogido cariño al muchacho y me da pena pensar que, una vez resuelto el caso, cuando nosotros nos vayamos, él se quedará aquí tirando del carro con los típicos robos de pacotilla... ¿Te acuerdas de cómo se quedó cuando limpiamos al belga y vio los treinta millones? Dijo que nunca había visto tanto dinero junto...

Quise ponerme los auriculares, pero me bloqueó el brazo.

—Venga, Marco, no hagas el capullo... Él empieza ya a tener sus añitos, y sabes que me disgusta ver a buenos «chicos», voluntariosos y que saben comportarse, que sudan lo suyo para hacerse un hueco en la profesión... Mientras esos mierdas de narcos se hacen millonarios en dos días... Cuanto más infames son, más dinero sacan...

—A ver si lo entiendo: ¿quieres cometer un robo para impulsar la «carrera» de Marlon? —pregunté incrédulo.

—Así es —respondió—. Es un amigo.

Me di la vuelta para que no se diera cuenta de que estaba sonriendo.

—Cuanto más viejo eres, más blando y romántico te vuelves —dije, fingiendo un tono disgustado—. Organizas un golpe, aunque no necesites ese dinero en lo más mínimo y a lo mejor eres capaz de contarle una trola al sardo para que se quede todo el botín... No estoy de acuerdo, pero si me prometes que esperarás a la resolución del caso y a que yo me marche de la isla, la verdad es que no puedo impedírtelo...

Satisfecho, me dio una palmada en el hombro y volvió a concentrarse en la planificación del golpe.

—¿Cuánto dinero piensas que puede haber? —pregunté con curiosidad.

—Es difícil saberlo —respondió, mientras se torturaba el bigote—. Creo que, hacia las tres de la mañana, entre efectivo, relojes y joyas podríamos

pillar unos cien millones.

—¿Y tú crees que, según nos vean llegar, se van a dejar limpiar sin mover un dedo? Tendrán un sistema de seguridad, digo yo.

—Cagliari no es Milán y aquí no están acostumbrados a este tipo de atracos —explicó con tono de sabihondo—. A estas alturas, tengo identificado a todo el «personal», incluidos los dos gorilas que se ocupan de la seguridad: dos capullitos sin personalidad...

Alberto Dedonato apareció al día siguiente. Llegó en coche, una berlina Passat blanca y lo aparcó a pocas decenas de metros de nuestra unidad móvil.

—Esperemos que no se quede toda la noche —protesté.

—Pues sería mucho mejor. Cuanto más tarde salga, más cansado estará... y menos cuidado tendrá de mirar a su espalda...

Fue el último en abandonar el garito a las seis de la mañana. Desde el bulevar Merello se dirigió al centro de la ciudad conduciendo con toda tranquilidad, gracias a lo cual pudimos mantener el contacto con facilidad. Sin embargo, al llegar a la altura de la calle Telesio, en un barrio residencial de chalecitos adosados, aceleró de repente y en un instante perdimos su pista en un laberinto de calles completamente iguales.

Volvimos al refugio de pésimo humor. Yo pensaba que nos había descubierto, mientras que Rossini y Brundu sostenían que había actuado por costumbre, usando una táctica antiseguimiento, un procedimiento de seguridad normal en un prófugo.

—Eso también es verdad —tuve que admitir—. Sigo pensando en él como un poli y no como en un ilegal perseguido por la justicia.

Beniamino extendió un mapa de la ciudad sobre la mesa y empezó a estudiar con atención la zona donde había desaparecido el hombre delimitando con un bolígrafo algunos grupos de calles.

—Dedonato no vive lejos de donde lo hemos perdido —observó—. Alrededor de la calle Telesio hay pequeños barrios residenciales y en uno de ellos se esconde nuestro hombre... Si no ha aparcado el coche en un garaje podemos tratar de descubrirlo..., con lo blanco que es... Y tenemos que hacerlo ahora, desde luego —añadió malicioso—, cuando esté durmiendo.

Nos dividimos para acelerar la batida. Yo cogí el Panda; Rossini, el furgón, y el sardo, su inseparable Ducati. Unos veinte minutos después, un mensaje por radio de Marlon confirmó la exactitud de la intuición del viejo hampón: el Passat estaba en el aparcamiento de la plaza Pitagora,

exactamente en el centro de un barrio atravesado por calles dispuestas en círculos concéntricos. Los tres nos montamos en el furgón y, por turnos, mientras dos de nosotros tratábamos de recuperar un poco de sueño, iniciamos la vigilancia.

A las cuatro y media, cuando por fin decidió aparecer el exagente, estábamos ya despiertos desde hacía un buen rato, hambrientos y preocupados por tener que enfrentarnos aún a una larga espera. La convicción de que se movía desde un lugar seguro le hizo olvidar las tácticas de seguridad y esta vez nos llevó sin dificultades hasta un bar de la calle Sassari. Allí se encontró con el tipo del pelo blanco. Decidimos concentrar en este último toda nuestra atención. Un par de horas después ambos tipos se despidieron a la salida del local y se alejaron en direcciones opuestas.

Pelo Blanco se fue a pie, paseando con calma, con las manos cruzadas detrás de la espalda, hasta llegar a un hotel cercano. Me acerqué a la entrada y cuando lo vi meterse en el ascensor, jugueteando con las llaves de la habitación, me acerqué a la recepcionista. Me encontré frente a una morena de unos veinticinco años, gafas con una montura levísima de metal, labios finos, uñas recién pintadas y un discreto escote.

—No tenemos habitaciones libres —me saludó con tono práctico.

—Tengo que saber sin falta cómo se llama el tipo del pelo blanco —dije, mientras señalaba el ascensor—. ¿Qué tengo que hacer para obtener esa información? ¿Darle un billete de cincuenta mil, besarla, invitarla a cenar, golpearla en la cabeza?

No se alteró.

—Diría que dos billetes de cincuenta pueden servir.

Le di el primero y el otro lo mantuve bien a la vista, sujeto entre el índice y el corazón de la mano izquierda.

—Para conseguir los dos, no basta solo con el nombre —regateé.

La chica se mostró razonable. Abrió el libro de registros y le dio la vuelta en el mostrador de manera que pudiera leerlo y señaló una línea con la punta de un bolígrafo. Abel Gance, de nacionalidad francesa, nacido en Lyon el 25 de septiembre de 1942, residente en Ajaccio, Córcega. Profesión: representante comercial.

—La habitación está reservada para dos días más —me confió—. Llegó ayer en un Renault Espace con matrícula de Ajaccio que está aparcado en el sótano... Si quisiera echarle una ojeada, tiene que bajar por las escaleras que están a su izquierda —concluyó extendiendo una mano con la palma boca arriba, sobre la que deposité el resto de la cifra pactada.

El coche era verde y estaba bien cuidado. Y estaba abierto, con las llaves en el contacto para permitir al guarda del aparcamiento moverlo en caso de que fuera necesario, dado que el lugar era más bien pequeño. En el compartimento interior de la puerta del conductor encontré un billete de ida y vuelta para el transbordador Bonifacio-Santa Teresa di Gallura. Según lo que estaba escrito, el francés tenía que embarcarse en él dos días después, a las dos y media. Anoté el número de matrícula y volví satisfecho a donde estaban mis amigos. La pista de Dedonato estaba resultando fructífera.

—No logro llegar a entender qué tipo de banda es esta —murmuró meditabundo Rossini, cuando les conté lo que sabía de Abel Gance—. Qué pueden hacer juntos un antiguo agente secreto, un abogado desaparecido, dos arrepentidos y este francés que apesta también a poli...

—No tengo ni idea —respondí—. Pero ahora sabemos que tienen una base en Córcega y que vale la pena seguir a Gance. Quién sabe si no nos llevará hasta Siddi.

—¿No te parece que Córcega está demasiado cerca para alguien que quiere hacerse pasar por muerto? —preguntó Brundu poco convencido.

—Sí y no. Las dos islas están separadas por un brazo de mar pero pertenecen a dos Estados diferentes y, por lo tanto, están controladas por policías distintas. Córcega, en mi opinión, es el sitio perfecto para esconderse. Nosotros mismos lo escogimos. —Señalé a Rossini y a mí mismo—. Y hasta podría apostar a que era allí donde se veían Siddi y Vadilonga. Dedonato venía a recogerla y pasaba con ella la frontera. En el transbordador. Quizá no sea la residencia habitual del abogado, pero estoy seguro de que, en cualquier caso, nos pondrá sobre su pista.

—Necesitamos un plan, Marco —puntualizó lacónico el viejo Rossini.

—He pensado en uno. Sencillo y eficaz: Marlon se queda aquí, en Cagliari, vigilando a Dedonato mientras nosotros nos vamos hoy mismo a Bonifacio, para darte tiempo a reactivar tus contactos corsos, que podríamos necesitar, y esperamos la llegada de *monsieur* Gance.

—No está mal, Sherlock —fue su comentario.

Volvimos al refugio de calle Galassi a preparar las bolsas para el viaje. Al abrir el cajón de la mesita de noche, vi la cubierta del libro sobre el cine francés que la banda usaba para mantener el contacto con la viuda Vadilonga.

«¿Qué te juegas a que encuentro también al amigo Abel?», pensé mientras lo cogía.

No me equivocaba. El índice general de los nombres citaba a Abel Gance en calidad de director, guionista y actor y me remitía a la página 147 para conocer el resto. La distinción que se daba al personaje me hizo darme cuenta de que habíamos encontrado al pez más gordo. Director, guionista y actor: papeles todos de jefe de banda, sin duda. Como director, en 1926 había rodado la primera superproducción francesa: *Napoleón*. En dos años se grabaron cuatrocientos cincuenta mil metros de película para contar la vida del emperador corso desde su infancia hasta 1796, año de la campaña de Italia. En la película, Gance también interpretaba un papel, el de Saint-Just. El personaje de Napoleón se lo había dado a Albert Dieudonné.

«He aquí a nuestro exagente del Sisde: Alberto Dedonato en Italia y Dieudonné en el extranjero. Si Gance es el jefe, él debe de ser su segundo, el general», pensé. En aquel momento comprendí que toda la banda estaba en aquella película. Tuve la confirmación de inmediato cuando me topé con Annabella, el alias de Fiorenza Vadilonga, que interpretaba a Violine, proletaria hija de un tabernero.

Me eché a reír.

—¡Chicos, estáis jodidos! —exclamé en voz alta y seguí leyendo los nombres de los otros actores. Antonin Artaud (Marat), Edmond Van Daële (Robespierre) y la inolvidable Gina Manès en el papel de Josefina Beauharnais...

Se me heló la sangre en las venas, pero logré mantener la suficiente lucidez para ubicar su figura en la banda: Josefina era la mujer de Napoleón, y el subteniente Fazio había dicho que Napoleón/Dedonato tenía una relación sentimental con una chica hispano-alemana que trabajaba para los servicios secretos germanos de la base de la OTAN de Decimomannu. Logré recordar que mis clientes también habían hablado de ella como de uno de los personajes implicados en las primeras investigaciones sobre la desaparición de Giampaolo Siddi, cuando aún se perseguía la pista del contrabando con los militares.

Ahora también tenía claro su papel y fui corriendo al baño a vomitar. Cuando salí, encontré a Beniamino esperándome. Me dio una botella de calvados.

—¿Qué pasa? —preguntó con calma.

—Me he follado al sicario —susurré con un tono cargado de vergüenza.

—¿A quién te has follado? —gritó incrédulo.

No le contesté y le di el libro que seguía teniendo apretado contra el pecho. Tampoco él tardó demasiado en comprenderme.

—¡Marlon! —llamó—. Vístete y prepara los hierros... —Luego se dirigió a mí—: ¿Dónde vive?

Capté al vuelo sus intenciones. Me hubiera gustado disponer de un poco más de tiempo para reorganizar las ideas, pero la verdad es que no era el momento.

—En el cinco de calle Bacone. En el bajo. Tiene también ventanas por detrás. El apartamento, por orden de entrada, tiene: salón, cocina, dos habitaciones y un baño —murmuré dando las instrucciones precisas para la incursión.

—Si la encuentro, la liquido —me comunicó lacónico Rossini.

—Ya lo sé. ¿Quieres que vaya yo también? —pregunté vacilante—. A mí me abriría la puerta sin levantar sospechas.

—El único en esta historia que no se mosquea nunca eres tú, Marco. Ni siquiera cuando deberías; por ejemplo, durante una investigación... —saltó cabreado—. Una tía te aborda en un bar y ni por un momento te preguntas si por casualidad no tendrá segundas intenciones... Te has dejado engañar como un pipiolo... «Mi Gina —empezó a imitarme— lo sabe todo de cómo follan los caimanes... Estoy enamorado...». Y mientras tanto ella nos despejaba el patio... En cuanto una te besuquea, dejas de enterarte de las cosas y eso lo sabe ya todo el mundo... Ella incluida. Mira cómo no se acercó a mí o a Marlon. Se fue directa a ti, segura de que picarías. —Dejó de gritar el tiempo justo para recuperar el aliento—. El coño es el anzuelo más viejo del mundo y tú sigues picando... La verdad es que eres el rey de los capullos... Marlon, ¿dónde cojones estás?

—¿Seríais tan amables de explicarme qué pasa? —Brundu, vestido de punta en blanco y con las dos *cake decorator* del calibre 9 en la mano, nos miraba desconcertado.

—Sherlock —chilló Rossini, señalándome con el pulgar—. Se ha llevado a la cama al sicario... ¡Y hasta se ha enamorado!

—¿El Caimán también es maricón, como el belga? —preguntó aún más trastornado.

—No —respondió el viejo Rossini resoplando—. El sicario es su Gina... Aquella zorra con gafas de sol y la pica en el brazo; es un puto agente secreto y la mujer de Dedonato. —Luego se dirigió a mí—: La pica es el maldito signo de la muerte y la desgracia... Y tú vas a encoñarte con una que la tiene marcada en la piel...

—¿Estáis seguros? —preguntó incrédulo el sardo.

—Sí, por desgracia —respondí, al recuperar las fuerzas para hablar—. Ya sospechábamos que el asesinato de Benoit era obra de una mujer que se había puesto a horcajadas sobre sus rodillas y que, mientras lo besaba, le había incrustado un plantador en el ojo... Incluso el arma, una herramienta de jardinería, inducía a pensar que se trataba de una asesina, de una profesional a sueldo... —Me concedí una pausa para beber a gollete todo el licor que pude—. Pero el hecho de haber sido testigos directos del homicidio de Fiorenza Vadilonga nos desvió del camino... Creímos que era un hombre porque estaba todo estudiado para que así lo pensáramos: una mujer, embutida de aquella manera en un chándal y con el pelo recogido bajo la gorra de béisbol puede parecer perfectamente un hombre. Pero ahora, al volver a pensar en la escena, me doy cuenta de que aquella figura, incluso de espaldas, era ella... Y si es verdad que pertenecía, o que sigue haciéndolo, a los servicios alemanes de la OTAN, no hay que asombrarse de que sea tan buena disfrazándose. Esos tíos adiestran en serio a sus sicarios...

—Y entonces ¿por qué no te ha matado a ti también?

—Porque hasta ahora le resultaba más útil vivo que muerto —seguí explicando—. Gina me abordó en el Libarium para poder colocar los micrófonos y controlar así, día a día, los progresos de la investigación y anticiparse a nuestros movimientos. Mientras dormía, cogió de mis pantalones las llaves del apartamento de Pitz'e Serra e hizo una copia; luego, al salir de su casa, me siguieron Dedonato o Gance... o los dos, y los llevé primero al refugio... y después al Ribot...

—Hija de puta —comentó Marlon, antes de entregarle una metralleta a Rossini—, quizá deberíamos ir a regarla de plomo un poquito.

Se encaminó hacia la puerta precediendo al milanés, pero en el momento de abrirla se detuvo.

—Pero si es una asesina —empezó con el tono más serio que le había oído nunca—, ¿podemos afirmar con seguridad que violó la regla de «ni mujeres ni niños» cuando despachó a la viuda, o sea que es un caso de una mujer que mata a otra mujer?

—Claro —respondió con seguridad el viejo hampón—. Porque aquí no estamos ante un homicidio por un arrebató... Qué se yo... por cuestiones de cuernos o como remate de una pelea... Nos encontramos frente a un homicidio premeditado y por trabajo... En definitiva, que es una prestación profesional.

—¡Me parecéis dos locos! —grité exasperado—. Estáis siempre tocando las pelotas con vuestras putas reglas.

—Perdona, Caimán —retomó con timidez el sardo mientras apoyaba las armas en una silla—. Quizá tú no lo entiendas, pero estos son temas delicados... No me gustaría hacer nada que, ni siquiera de lejos, pudiera ser objeto de crítica... Nosotros tenemos problemas con esta banda —siguió explicando— y, mientras matemos a tíos, nadie puede decir nada en el mundillo, pero con las mujeres es otra historia: el motivo debe ser justo, necesario y demostrable.

—Te entiendo, Marlon —intervino Beniamino—. En este caso todo es correcto... Fíate de mí.

—Claro, claro... No hace falta que malgastes tu palabra, Beniamino —rebatió el sardo—. Solo quería asegurarme... De toda esta historia me entero poco... Soy de Sant'Elia, nunca he tenido nada que ver con agentes secretos, abogados, investigaciones y otras gilipolleces del estilo.

Cuando se marcharon, tuve una especie de sensación de liberación. Ya no podía escucharlos. Me tumbé en la cama con la botella a mano y me puse los auriculares del *walkman*. Todavía no tenía ganas de pensar. Me sentía demasiado aturdido por el último descubrimiento; sabía además que, cuando hiciera un balance de los daños provocados por el engaño, por la traición y por mi estupidez, el dolor y la amargura me asaltarían hasta transformarme en un naufrago. Esperé a que Screamin' Jay Hawkins, gritándome en los oídos su *blues* «I Put A Spell On You», me ayudara a mantener alejado aquel triste momento. Un par de horas después oí que la puerta se abría. Beniamino se acercó a la cama.

—El apartamento estaba completamente vacío, aparte de esto —dijo mientras me lanzaba los patines que llevaba puestos Gina cuando mató a la viuda—. Son para ti —continuó—. Te los deja como recuerdo y te manda saludos, «bello Caimán». Lo ha escrito en el espejo del baño con pintalabios, como en una escena de una puta película.

Se sentó en el borde de la cama y empezó a retorcer los brazaletes. Eso significaba que tenía algo importante que decir. Fuera lo que fuese, yo ya estaba suficientemente borracho y, por lo tanto, podía soportar cualquier cosa.

—Entiendo cómo te sientes, Marco: te han dado una buena patada en los cojones y te va a doler el resto de tu vida... —se solidarizó—. No es culpa tuya si no tienes ojo para las mujeres... Pero lo de enamorarse como un chiquillo de nuestro peor enemigo, esta es gorda de verdad... Y creo que es el trago más amargo... Pero primero tenemos que acabar la investigación y,

sobre todo, poner en su sitio a esa banda de putos actores para poder anticiparnos a ellos. Tenemos que estar en Bonifacio pasado mañana por la tarde. Hasta entonces, haz lo que quieras: llora, grita, chilla, emborráchate, escucha música, baila foxtrot, pero para ese día te quiero absolutamente lúcido y operativo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El viejo Rossini quiso un pacto solemne, al estilo del hampa, con apretón de manos, abrazo y doble beso en las mejillas.

Por la noche decidí rematar mi borrachera en el Libarium. Sabía que a mi socio no le parecía bien, pero mantuvo su palabra y evitó cualquier comentario para respetar aquel «haz lo que quieras» que había pronunciado horas antes. Él y Brundu me acompañaron con el furgón, que aparcaron frente al local. Se quedarían en la parte de atrás, escondidos para proteger mi incolumidad.

Provisto de una botella que cogí directamente de la barra, me senté a la misma mesa que había ocupado con Gina la última vez. En realidad, contra toda lógica, esperaba que ella entrara en el local y se sentara frente a mí. Por encima de cualquier otra cosa quería entender: no conseguía todavía conciliar la personalidad de sicario psicópata con la de la mujer gozosa y llena de vida que bailaba flamenco y hacía el amor conmigo con una pasión tan arrolladora que podía confundirse con el amor.

Quién sabe... Quizá había tenido una infancia difícil o tal vez había sido la esquizofrenia de aquella vida tejida con espionajes, complots y engaños... la que la había transformado en un monstruo... Quizá... No pude continuar con mis elucubraciones. Frente a mí se plantó un tipo que sostenía una copa y llevaba bajo el brazo un cubo lleno de hielo del que sobresalía el cuello de una botella.

—¿Champán? —pregunté.

—No —respondió—. *Grappa*. De una sola uva: chardonnay, para ser más exactos.

—¿Y la toma helada?

—Sigo esta escuela de pensamiento. Me he permitido acercarme —continuó—, porque he notado que usted es un auténtico bebedor de destilados y...

—Y... —lo animé a continuar.

—Y... entre auténticos bebedores uno se entiende. Tengo la absoluta necesidad de hablar con alguien —confesó.

Lo observé. Era un treintañero alto y con sobrepeso con una cara grande en la que destacaban un par de ojos azules y un barba descuidada.

—¿Qué entiende por necesidad de hablar? —pregunté suspicaz—. ¿Usted es uno de esos que hablan, hablan y no escuchan, o uno de esos que cada cinco minutos te tocan las pelotas pidiendo pareceres y confirmaciones?

—Rigurosamente del primer tipo —me aseguró mientras apartaba la silla para sentarse.

—Quieto ahí —lo frené—. Una última pregunta: ¿el tema no va de enfermedades graves, problemas judiciales o financieros, hijos destrozados por la droga... o alguna mierda de ese tipo, verdad?

—Mi novia y yo hemos cortado —declaró.

—¡Sea usted bienvenido! —exclamé aliviado, y lo invité a sentarse.

Empezó desde lejos. Exactamente desde aquel día de junio en el que se habían hecho novios. Pero no era aburrido, sino más bien lo que se dice un tío majo. Después de tres años de noviazgo y otros tantos de convivencia, ella había dicho que se sentía defraudada de él y de su relación. Le había pedido que se separaran durante un breve tiempo, justo lo necesario para reflexionar sobre sus sentimientos. Él había aceptado y se había marchado con su madre. Solo que ese mismo día ella se había puesto a gritar que la habían abandonado y, ofendida de muerte, había roto la relación.

—Ha sido hábil para librarse de mí —concluyó con fatiga—. Lo tengo que reconocer. Todos mis amigos están a su lado mimándola y me consideran el más cruel de todos los gilipollas.

No logró decir nada más. Se le cayó la cabeza contra la mesa con un ruidito que atrajo por un instante la atención de los demás clientes. Por la boca y por la nariz salió un hilo de *grappa*. Miré la botella que estaba en el cubo: vacía. Fui tambaleándome hasta la barra para avisar al encargado de que el bebedor de *grappa* había alcanzado el objetivo del coma etílico y con cierto esfuerzo alcancé la salida.

Al acercarme se abrió la puerta lateral del furgón y apareció la mano de mi socio para ayudarme a subir.

—Estoy listo —anuncié, antes de agarrarla.

Asistimos a la llegada del transbordador en el puerto de Bonifacio desde lo alto de una de las ocho torres construidas por los genoveses para la defensa de la ciudad. Habíamos estado escrutando la embarcación desde lejos con los prismáticos con la esperanza de poder ver a nuestro hombre. Lo encontramos

junto a la cabina de mandos con su inseparable gabardina, el cigarrillo en los labios y, en apariencia, dedicado por completo a fumar sin preocuparse del fuerte viento que arreciaba por la proa. Solo teníamos unas horas de ventaja sobre él. La típica borrasca de invierno había retrasado nuestra hora de salida de Santa Teresa di Gallura, algo que había impedido a Beniamino reactivar sus contactos en la isla. Se nos había esfumado así la oportunidad de obtener el material necesario y organizar la logística adecuada. Mi socio se sentía a disgusto, desarmado.

—Si se mete por una carretera del interior, por donde pasa un coche de ciento en viento y se da cuenta de que lo seguimos...

—... se le puede ocurrir la pésima idea de esconderse al pasar una curva y tendernos una trampa —le interrumpí, y acabé la frase en su lugar—. Es la décima vez que lo dices —proseguí con acritud—. No podemos hacer nada al respecto y, además, tu olfato infalible nos salvará.

El Renault de Gance fue uno de los primeros coches en desembarcar, pasó la aduana sin problemas, salió del puerto y cogió la nacional 198 en dirección a Porto Vecchio. El tráfico era fluido, aunque había empezado a llover. El hombre, al volante de un dos mil de cilindrada, mantenía una velocidad sostenida, que nuestro Panda aguantaba con evidente dificultad. Unos kilómetros más allá de Porto Vecchio, Gance puso el intermitente izquierdo con la intención de desviarse hacia una carretera estrecha y en pésimas condiciones. Por las indicaciones llevaba al bosque Fôret de l'Ospedale, a la cascada Piscia di Gallo y al pueblo de Zonza. Por su forma de conducir, comprendimos que se trataba de un recorrido habitual para Gance. Nosotros solo conocíamos bien de Córcega la parte de Bastia, situada en la otra punta de la isla: en aquella parte cubierta de majestuosos bosques de pinos y encinas no habíamos estado nunca. La consecuencia de todo esto es que, al cabo de unos centenares de metros, el Espace se había ya distanciado de nosotros.

Una señalización de carretera, agujereada por una rosa de perdigones, nos indicaba que estábamos a punto de llegar a Barrage de l'Ospedale.

—¿Qué es este sitio? —preguntó mi amigo, invitándome a consultar el mapa de carreteras.

—Un lago artificial.

La superficie del agua perforada por la lluvia apareció de repente al salir de una curva. Casi a la vez, Rossini redujo la velocidad y paró el coche junto a una roca.

—He visto el Espace entre los árboles —me informó mientras bajaba.

Estaba parado unos centenares de metros más abajo, en un ensanche de la carretera que atravesaba el lago a lo largo del dique. Abel Gance, apoyado cómodamente en la valla y al resguardo de un gran paraguas, estaba hablando con alguien a través de un potente radiotransmisor.

—Menos mal que he visto el coche, si no habríamos tenido que pasar a menos de un metro de distancia de él y seguro que nos habría reconocido —comentó Beniamino.

—¿Lo ves? Ya te decía yo que tu olfato nos salvaría —le alabé—. Me gustaría saber con quién está hablando —continué.

—Sea quien sea, no anda lejos —sentenció en tono profético.

El «director» reemprendió su camino. La noche se estaba echando ya encima: la luz de los pilotos traseros se entreveía de vez en cuando entre la vegetación. En Zonza creímos que lo habíamos perdido. Un cruce de tres carreteras en el centro del pueblo bloqueó la persecución.

—Tenemos una posibilidad entre tres de coger la carretera correcta —observé.

—Demasiado poco para mi gusto —resopló Beniamino, mientras estudiaba la zona en el mapa—. Además, en los próximos kilómetros, las tres se cruzan a su vez con otras carreteras. Puede haber ido a cualquier sitio.

—Entonces ¿qué propones?

—Más que seguir a ciegas... nos conviene registrar a fondo el pueblo y comprobar si nuestro hombre se ha parado aquí.

Zonza es una famosa localidad turística, colgada a ochocientos metros de altitud en la falda de una montaña. Había parado de llover, pero no se veía a casi nadie por las calles, quizá a causa del frío viento que soplaba. Empezamos a batir las calles de la parte alta para luego ir bajando hacia el valle. La intuición de mi socio había vuelto a acertar: vimos el Espace aparcado en el jardín de un chalecito. La parcela estaba descuidada, llena de hierbas quemadas por del invierno, y la casa parecía abandonada desde hacía tiempo. La puerta de entrada estaba abierta de par en par y una débil luz dejaba ver solo una desnuda pared blanca. Al poco tiempo salió Gance, doblado por el peso de dos bombonas largas y estrechas, unos tubos y un soplete que cargó en el amplio maletero del coche. Mi socio y yo nos miramos perplejos, mientras nos preguntábamos para qué querría un soldador.

El francés bajó hacia Levie, donde paró para repostar gasolina y comprar algunas provisiones, y luego tomó una carretera de tierra que ni siquiera estaba en el mapa. En ese momento nos vimos obligados a dejarle cierta

ventaja para que no recelara, dada la total ausencia de coches. Por fortuna las luces largas del Renault podían verse desde lejos.

Luego dejamos el camino de tierra para entrar en una carretera asfaltada y, unos kilómetros después, llegamos al cruce donde tomamos la desviación para Cartalavonu. Llegamos a una aldea oscura y desierta donde la mayoría de las casas tenían pinta de que las hubieran restaurado durante los últimos años y de estar habitadas únicamente en verano.

—Donde acaba el pueblo muere también la carretera —le comuniqué a mi socio tras mirar el mapa.

—Entonces mejor sigamos a pie... No debe de andar lejos.

La última construcción del pueblo, en un punto donde se cruzaban varios senderos trillados por los excursionistas, era el restaurante Le Refuge. El único cliente era nuestro hombre, que, sentado en la mesa más próxima a la chimenea, comía con placer una sopa humeante. Nos apartamos del camino y nos adentramos un poco en el bosque para poder continuar con la vigilancia sin correr el riesgo de que nos viera. Veinte minutos más tarde vimos a dos personas que salían por un sendero y se dirigían hacia la entrada del local. El primero era bajo, robusto y de mediana edad. El otro, más alto, delgado y mucho más joven. Vestían trajes de pana marrones e iban tocados con gorras del mismo tejido y color. El calzado, botas de goma llenas de barro. Al pasar cerca de nuestro escondite, oímos claramente que hablaban sardo entre ellos.

Se sentaron en la misma mesa que Gance y a ellos también les sirvieron la misma sopa.

—¿Qué te juegas a que son los dos arrepentidos que desaparecieron con Dedonato?

—Justamente ellos —confirmó Rossini—. Por la ropa parece que siguen siendo pastores también aquí en Córcega.

—Y, como han llegado a pie, podemos deducir que viven cerca.

—Notable intuición, Sherlock.

La cuenta la pagó el «director». Al salir se dirigieron al Renault. Gance se puso unas botas y sustituyó la gabardina por un anorak, mientras los otros descargaban las herramientas, el soldador y las vituallas compradas en Levie.

—¡Me cago en la puta! —imprecó el viejo Rossini.

—¿Qué te pasa?

—Esos tres gilipollas se van a meter ahora por el bosque y nosotros vamos vestidos de ciudad. Vamos a acabar llenos de barro hasta las orejas...

Ahugué una carcajada, al mirar sus brillantes zapatos blancos y negros de gánster. Saqué del bolsillo de la cazadora una botella de calvados y se la

ofrecí.

—Echa un trago, socio —lo consolé.

—Te advierto de que tú también estropearás tu bonito traje de empleado bancario —rebatí cabreado—. He visto a muchos inconscientes como tú, en tiempos del contrabando, que se presentaban vestidos como damiselas para pasar las fronteras y luego caían en los caminos... La montaña es algo serio, sobre todo en las noches de invierno —concluyó, mientras subrayaba sus últimas palabras con un gesto de las manos.

El silencio del bosque amplificaba el menor ruido. Los tres nos precedían trepando como cabras a lo largo del intransitable sendero. Nosotros íbamos a unos trescientos metros de distancia. Yo caminaba con dificultad, absolutamente concentrado en ver dónde ponía los pies. Cuando patiné en el barro por tercera vez, Beniamino, exasperado, me ordenó que me detuviera allí mismo y esperara escondido entre los árboles. Vi la luz de su linterna alejarse cada vez más, hasta desaparecer del todo. Solo pude encender otro pitillo y buscar una piedra para sentarme.

La oscuridad, la montaña y el silencio no eran lo mío, desde luego. Me provocaban ansiedad y el frío me ponía nervioso. El aire puro, además, laceraba mis pulmones de fumador con cada inspiración. Menos mal que, además del calvados, me había traído el *walkman*. Pedí a Lowell Fulson que me hiciera compañía. Me cantó «Reconsider Baby», uno de los grandes clásicos del *blues*, acompañado de un buen grupo de viento: Philip Gilbeaux a la trompeta, Choker Campbell en el saxo tenor, Julian Beasley en el barítono y Phatz Morris al trombón.

Al final de la pieza me quité los auriculares. En aquel bosque reinaba demasiada paz para escuchar un género que canta la dura realidad de existencias hechas de traiciones, corazones rotos, venganzas y conmovedores momentos de nostalgia. Tuve que resignarme a dejarme arrastrar por el aburrimiento. El viejo Rossini reapareció dos horas después, sucio, mojado y de pésimo humor.

—No sueltes una de tus habituales putas ocurrencias —me advirtió—. No los he perdido de vista en ningún momento: están escondidos en un caserío, en un pequeño valle a cuarenta minutos de camino de aquí. Está rodeado por un claro y no he podido acercarme...

—¿Hay alguien más?

—Un hombre, seguro. Le he oído pedir al grupo que se identificara.

—¿Francés?

—Italiano..., con un buen acento sardo...

Sentí un escalofrío a lo largo de la espalda. Quizá Giampaolo Siddi no estaba lejos.

—¿Qué hacemos? —pregunté impaciente—. ¿Vamos a vigilarle o a buscar ayuda?

Mi socio se alisó el bigote.

—Por el momento tenemos que continuar al acecho... Sabemos tan poco de ellos... He encontrado un buen punto de observación, a unos doscientos metros por encima de la casa.

Cuando el viejo Rossini por fin se detuvo, con la intención de enseñarme las ventanas iluminadas de una casa, aproveché aquel momento para tumbarme en la hierba mojada y tratar de recuperar el aliento. Permanecí así durante unos minutos hasta que se abrió la puerta del caserío y se oyó un grito en el interior. Un prolongado grito de dolor y horror. De un bote me puse en pie. La puerta se cerró despacio a espaldas de un hombre que se alejó unos veinte metros en dirección al bosque y luego meó sabiamente a sotavento. Cuando volvió a entrar, otro grito violó la paz de la montaña.

—Es un clamoroso interrogatorio «ejemplar»... y de los de las grandes ocasiones —señaló mi amigo.

—Ya. Están ablandando a alguien... Daría bastante por saber a quién...

—Sea quien sea, en este momento no podemos hacer nada por ayudarlo, desarmados como estamos...

Con las primeras luces del alba, salieron cuatro hombres de la casa y se pusieron en círculo a fumar y a discutir con animación.

Vi a Abel Gance y a los dos arrepentidos. El cuarto individuo me pareció no muy alto, sobre los cincuenta años, con grandes entradas y vestido con un elegante traje inglés de caza. Lo observé mucho rato con los binoculares y después saqué de la cartera un viejo recorte de periódico con una fotografía bastante nítida.

—Beniamino —dije, mientras le pasaba los prismáticos—. Te presento al abogado Giampaolo Siddi.

—No hay duda —confirmó—. Es él.

Me froté las manos satisfecho.

—La primera cuestión de la investigación está resuelta.

—Así es. Ahora me muero de ganas de echarle el guante para que nos cuente el resto... Una empresa que no es precisamente fácil, ya que, por lo que se ve, aparte de nuestro abogado, el resto están armados.

—Quizá sea el momento de ir a llamar a la caballería.

—Todavía no. Primero tenemos que descubrir qué está ocurriendo en esa casa y estudiar sus movimientos... Antes de pedir a los amigos que nos echen una mano, debo estar en condiciones de explicarles bien la situación para que sepan a qué se enfrentan.

Por fin los cuatro tomaron una decisión: los dos pastores entraron en el caserío y salieron al momento arrastrando consigo a un hombre desnudo, incapaz por completo de sostenerse en pie. Tenía la cabeza caída hacia delante, encajada entre los hombros, y los brazos le colgaban inertes. Ambos le sujetaron por las axilas y se dirigieron a la pocilga que estaba junto a la casa; los cerdos, interesados, levantaron el hocico de la tierra y pusieron las orejas alerta. El grupito estuvo a la vista de espaldas durante unos instantes, justo el tiempo necesario para observar que la cara del prisionero estaba lacerada y roja de sangre. De los glúteos caía más sangre mezclada con heces.

Lo ataron a la empalizada. Mientras el joven le tiraba agua a la cara para despejarlo, el otro arrepentido, ayudado por Gance, preparó la llama del soldador.

—Bastardos —silbó el viejo Rossini—. Lo van a asar.

—¿Por qué no lo hacen dentro? —pregunté horrorizado ante la idea de tener que asistir a aquel «espectáculo».

—Porque el hedor impregnaría la casa... —respondió mientras enfocaba la silueta atada—. Si han decidido usar el soldador, significa que todavía no han conseguido que hable... Y la verdad es que lo han intentado: la cara está irreconocible, no tiene ya uñas en las manos, tiene los cojones inflamados y negros... Desde los tiempos de la guerra entre la banda Turatello y la mafia napolitana en Milán no veía nada parecido...

—Bonita gente también aquella... —comenté—. Lo matarán con la llama... —añadí.

—Puedes estar seguro. Habrá que ver en cuánto tiempo... Si son hábiles puede durar incluso un par de horas.

El desconocido recuperó poco a poco la conciencia. Abel Gance lo agarró del pelo y le habló; él intentó escupirle a la cara, pero estaba demasiado débil para poder hacerlo.

—Es un tío con cojones —comentó Beniamino, con un tono cargado de respeto.

El más viejo de los pastores fue el encargado de manipular la llama. Primero la deslizó a lo largo del brazo derecho, luego por el izquierdo. Luego llegó el turno de las piernas. El torturado intentaba zafarse, pero de su boca ya solo salía un sonido débil y desarticulado. Giampaolo Siddi no miraba, estaba

de espaldas y se observaba la punta de los zapatos. Gance, cada vez más frenético, insultaba al prisionero para exhortarlo a hablar.

—Le habla en francés y lo insulta en corso —observé—. Por lo menos ahora sabemos de dónde viene.

Llegó un momento en que el «director» comprendió que torturarlo era tiempo perdido. Con un cuchillo cortó las cuerdas que lo sujetaban a la empalizada y, de un solo movimiento, lo agarró por las piernas y lo catapultó a la pocilga. Los cerdos lo olisquearon primero y luego empezaron a lanzarle dentelladas. La única reacción de aquel hombre fue la de encogerse en posición fetal.

—¡Gance, eres pura carroña! —exclamó mi socio—. Ese pobrecillo todavía está vivo... Mira.

Me dio los prismáticos. Negué con la cabeza.

—¡Vamos a buscar ayuda! —exclamé—. Hay que eliminar a esa banda de asesinos.

Para encontrar un teléfono, tuvimos que volver a Levie. Beniamino conversó durante diez minutos con su amigo contrabandista de Bastia.

—Me ha dicho que vuelva a Zonza y que espere en el hotel De La Terrasse a que él me llame. Mientras tanto va a informarse de si falta alguien al pasar lista y, si no encuentra interesados directos, nos mandará un «equipo de desratización».

Por el camino compramos indumentaria y zapatos adecuados para el lugar y, al llegar al hotel, le dimos a la encargada de la lavandería nuestras ropas de urbanitas. A la hora de la comida mi socio afirmó que tenía hambre y me obligó a acompañarlo. Rechazó enérgicamente el entrante de embutidos variados a pesar de la insistencia del propietario, que juraba sobre la calidad de la carne porcina de la zona, pero se zampó una tortilla de queso corso, trucha y quesos.

—Aún no consigo catalogar el tipo de banda —farfulló el milanés, mientras degustaba un sorbo de tinto Domaine de Torraccia—. Sus miembros tienen poco en común entre sí y, además, no entiendo esa historia de que cada uno represente a un personaje de la película *Napoleón*...

—Me muero de ganas de que Siddi me lo cuente. De los cuatro es sin duda el eslabón más débil: se dio la vuelta cuando el canijo empezó a usar el soldador. Creo que bastará con la amenaza de someterle al mismo tratamiento para que se desmorone.

—Tampoco a mí me dio la impresión de ser un hombre de acción... Esperemos que no haga falta disparar... Los muertos no hablan...

A media tarde llegó la llamada de Bastia. Beniamino escuchó sin decir palabra.

—Feo asunto, Marco —susurró—. Parece que los cerdos se han comido a un jefe de los independentistas corsos... Nos han citado esta noche en Castello de Cucuruzzu.

Me di cuenta de que se le había ensombrecido la cara.

—¿Qué te preocupa, socio?

—El destino de nuestra investigación... Hubiera preferido un equipo de desratización, porque esos obedecen a quien les paga. Con los «patriotas», como los llaman aquí, es distinto: son ellos los que mandan. Nosotros, como mucho, podemos pedir el favor de interrogar a Siddi o llevárnoslo de aquí... Si dicen que no, estamos acabados...

El lugar elegido por los independentistas para nuestro encuentro era una fortaleza en el centro de una zona arqueológica de más de dos hectáreas de la cultura de los torreones. Para llegar seguimos las indicaciones a través de senderos inmersos por completo en medio de la vegetación. La luz de la linterna iluminaba el terreno cubierto de hojas húmedas que silenciaban nuestros pasos. De repente desembocamos en un pequeño claro donde se erigían una serie de construcciones de piedra. Trepamos hasta la más alta, que dominaba el valle y nos acomodamos a esperar. Las brasas de nuestros cigarrillos eran bien visibles para cualquiera que anduviera por los alrededores.

—Óptima elección, este sitio —alabó mi socio—. Los «patriotas» saben lo que se hacen... Aquí es imposible preparar una trampa.

—¿Crees que están ya aquí?

—Desde que ha anochecido. Ahora están observándonos con visores nocturnos y un equipo rastrea los alrededores en busca de presencias sospechosas. Aparecerán solo cuando se aseguren de que estamos solos... Y no los oiremos llegar.

—¿De verdad están tan bien organizados?

—Son un ejército, Marco. Pequeño, compacto y bien organizado... Pero ¿cómo piensas plantear la cuestión de Siddi? Cuando les contemos los detalles de la tortura, se pondrán furiosos y querrán vengarse... No creo que les importe nada la investigación...

—Tienes un puntito rojo en la frente —lo interrumpí alarmado.

—Y tú otro en una sien, Marco... Quédate quieto, inmóvil y no hagas movimientos bruscos o idiotas, como meter las manos en los bolsillos.

—¿Qué coño está pasando?

—Calma, calma... Nos tienen a tiro... Es el sistema nocturno de apuntar. Para tu información, el proyectil acierta exactamente donde está el punto de luz.

—Bajad —nos ordenó una voz en corso.

Dos sombras nos registraron y nos indicaron adónde dirigirnos. Unos treinta metros más allá se encendieron un par de luces y nos encontramos con el resto del grupo: una decena de hombres con monos azules, pasamontañas del mismo color y empuñando modernos y sofisticados fusiles de asalto. En el cinturón, cargadores de reserva y pistolas militares.

—Frente Nacional de Liberación de Córcega —fue la lacónica presentación de quien debía de ser su jefe.

—Marco Buratti y Beniamino Rossini.

—De *monsieur* Rossini hemos obtenido óptimas referencias. No aprobamos su estilo de vida, pero sabemos que podemos contar con su discreción. Sin embargo, de usted, *monsieur* Buratti, no sabemos nada...

—Soy un investigador privado y la única referencia que puedo ofrecer es mi amistad con *monsieur* Rossini.

—Un detective y un gánster, qué extraña pareja.

—Es una larga historia y no tenemos tiempo de conversar —atajé.

—Justo —asintió el jefe—. Parece que tienen información sobre un militante nuestro que desapareció hace días.

—Tenemos una serie de informaciones sobre un hombre secuestrado. No sabemos si es uno de los suyos —puntalicé, omitiendo de manera intencionada la noticia de su muerte—. En cualquier caso, antes de hablar de eso —continué—, nos gustaría proponerles un acuerdo: nosotros los llevamos al lugar y ustedes nos permiten interrogar a uno de los cuatro secuestradores.

—¿Su investigación puede afectar de alguna manera a la lucha por la liberación del pueblo corso?

—No.

—¿Y quiénes son esos secuestradores?

Saqué del bolsillo las fotografías de Siddi y Gance. Les pasé también la de Dedonato, pero les advertí que este último se encontraba en Italia.

El jefe, al observar aquellas caras, tuvo un gesto de sorpresa. Las instantáneas pasaron de mano en mano y, entre los hombres enmascarados, empezó a deslizarse una mezcla de nerviosismo y excitación.

—A dos los conocemos bien —comunicó, señalando a Gance y Dedonato—. El primero es un exoficial de los servicios secretos franceses. Ahora sigue trabajando para ellos, pero por su cuenta: se ocupa de la guerra clandestina, y «oficialmente» no autorizada, que nos han declarado los franceses... Emboscadas, secuestros, torturas, homicidios, intentos de infiltración, esas son sus actividades... Además trafica con heroína... Los franceses hacen la vista gorda porque, total, es la juventud corsa la que muere... Este, en cambio —señaló la cara redonda de Dedonato—, es su segundo de a bordo. Cuando llegó a Córcega nos hizo una buena putada... Apareció en Corte en compañía de una mujer y se dedicó a decir por todas partes que tenía una carga de explosivos para vender. Los nuestros analizaron el terreno y se fiaron... Encontramos a tres de nuestros hombres degollados... Parece que fue obra de la mujer.

No podía ser otra que Gina. Me la imaginé por Cagliari siguiendo nuestras huellas con la intención de matarnos. Ahora había llegado nuestro turno. Quién sabe de qué manera habría pensado eliminarme. Esperaba que su enferma fantasía me hubiera reservado al menos un final rápido y no demasiado doloroso.

—Conocemos también a otros integrantes de la banda —continuó el corso, devolviéndome a la realidad—. Y todos tienen alias sacados de la película *Napoleón*... Una gran película francesa —subrayó sarcástico—. También la operación de guerra sucia ideada contra nosotros se llama así...

—¿Qué puede decirme del otro hombre? —pregunté, refiriéndome a Giampaolo Siddi.

—Lo conocemos como Antonin Artaud. En la película hacía el papel de Marat. Se ocupa sobre todo del tráfico de heroína, pero pocas veces hemos detectado su presencia... Creemos que no vive en Córcega.

—Se llama Giampaolo Siddi, desapareció hace diez años de Cagliari, donde vivía y ejercía la profesión de abogado. Es el objetivo de nuestra investigación y es a él a quien tenemos que dirigir la mayoría de nuestras preguntas... Si es posible, incluso nos gustaría llevárnoslo a Italia...

El hombre negó con la cabeza. No era cuestión de insistir.

—De todos modos tenemos que interrogar también a Gance... Podría ser útil también para ustedes conocer la actividad de la banda en Cerdeña —añadí con diplomacia.

—Vale. Pero, mientras tanto, hábleme usted de ello.

Empecé por Dedonato/Dieudonné, luego seguí con Abel Gance y Gina Manès. Terminé con los dos arrepentidos: los «patriotas» los reconocieron

como los ejecutores de la emboscada al responsable del Frente de Bocognano, en el centro de la isla. Hablé del seguimiento de Gance desde Bonifacio a Cartalavonu y, sin omitir detalles, de la tortura y del homicidio del secuestrado. Aquellos hombres encapuchados y armados lloraron de dolor y se abrazaron. El jefe, desesperado, cayó de rodillas.

Beniamino lo ayudó a levantarse.

—¿Hijo o hermano? —le preguntó.

—Hermano.

—Era un héroe. Pueden honrar su memoria con orgullo —declaró con solemnidad mi socio.

Sabía encontrar siempre la palabra justa. El dolor se transformó en un silencio duro como una piedra. Había llegado el momento de ajustar cuentas con la compañía de Napoleón. Los hombres del Frente nos siguieron a bordo de dos potentes todoterrenos. Llegamos a Cartalavonu cuando todavía era de noche. El Renault de Abel Gance había desaparecido del aparcamiento. Mal asunto.

El viejo Rossini se puso a la cabeza de la fila india que caminaba por el sendero. El jefe y yo éramos los últimos.

—¿Ha estado alguna vez en la cárcel, *monsieur* Buratti?

—Siete años.

—Mi hermano estuvo en una prisión francesa durante cinco años. Aún era un estudiante... —susurró con un tono cargado de nostalgia.

No quería conocer la vida del hombre que había visto morir en la pocilga. Había olvidado ya su nombre, pero el grito de dolor seguía resonando en mis oídos y sabía que me haría compañía durante bastante tiempo.

—No se deje llevar por los recuerdos —le aconsejé—. Todavía no es el momento...

—Lleva razón —convino—. ¿Ha estado alguna vez en una batida de caza del corzo? —preguntó, cambiando de tono.

—No —respondí con cautela, tratando de entender qué quería decir.

—Hoy tendrá la posibilidad de asistir a una.

Me detuve para mirarle a los ojos.

—No hay corzos en Córcega.

—Se equivoca, *monsieur* Buratti... Se equivoca... —desmintió en tono ambiguo mostrándome la funda de un fusil.

Aquella mañana lo aprendí todo sobre la caza del corzo. Los dos arrepentidos fueron abatidos como dos ejemplares de trofeo y sepultados junto a los cerdos. El caserío fue registrado e incendiado. De Gance y Siddi

no había ni rastro: era probable que se hubieran marchado de inmediato después de la muerte del «patriota». Nos separamos de los hombres del Frente con la promesa de que si ellos encontraban a Siddi, lo mantendrían con vida el tiempo suficiente para que nosotros lo interrogáramos. A los otros les dispararían en cuanto los vieran.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó mi socio cuando nos quedamos solos.

Le mostré el papelito que había encontrado entre los efectos personales de uno de los dos pastores.

—Vamos a resolver el misterio de Mangiabarche.

—¿Córcega o Cerdeña?

—No lo sé. Propongo que volvamos a Bonifacio y que «untemos» un poco a los marineros del transbordador... Puede que alguno haya visto a nuestros héroes.

Hubo suerte: quinientos francos fueron suficientes para refrescar la memoria a un joven mozo. Se acordaba bien de Gance porque lo había insultado cuando trató de pegar un adhesivo con el logo de la compañía en el cristal trasero del Espace.

Reconoció también a Siddi. Dijo que le había parecido un tipo nervioso que mantenía siempre la mirada baja. Como si quisiera evitar encontrarse con los ojos de otros pasajeros.

Nos sentamos en un banco en el puente de popa. A pesar de que el mar estaba en calma, esa parte del barco estaba desierta, a excepción de una bella mujer de unos cuarenta años con una abundante cabellera negra que escribía notas al margen en las páginas del libro que leía.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de la viuda?

—Es la tercera vez que me lo preguntas, Marco.

—Perdona, estoy reflexionando sobre el asunto Mangiabarche. Y la primera vez que oímos esta expresión fue justamente de los labios de Vadilonga cuando estaba a punto de morir...

—«Qué pena... Faltaba poco... Mangiabarche» —repitió con fidelidad Rossini, resoplando.

—Eso es. Después volvemos a verla escrita hoy en una cuartilla de cuadritos entre los objetos personales de uno de los dos arrepentidos muertos. Por la caligrafía insegura podemos suponer que es de su puño y letra...

—Bueno, en resumen, ¿qué quieres decir? —me atajó impaciente.

—Que dos personas muy diferentes entre sí que no se conocían, pero que pertenecían o estaban relacionadas con la banda, sabían esta expresión y la

consideraban tan importante para pronunciarla en el último momento de su vida o para conservarla junto a las fotos de la familia.

—Todo eso no nos ayuda a entender lo que es, pero mi sexto sentido me dice que Mangiabarche será nuestra próxima pista.

—Solo en el caso de que perdamos por completo los contactos con la banda. Pero espero que logremos volver a descubrir a Siddi y a los demás a través de Dedonato... Siempre que Marlon haya conseguido no perderlo de vista.

—En cualquier caso nos queda el garito: Dedonato no puede estar mucho tiempo lejos de él.

—Depende. Creo que, en cuanto Gance sepa lo que les ha ocurrido a sus dos hombres de Cartalavonu, prohibirá a todos que frecuenten cualquier lugar donde puedan reconocerlos...

—La verdad es que entender qué cojones es ese puto Mangiabarche nos facilitaría la vida —suspiró Rossini.

—Mucho, socio... Créeme.

—Podría ser cualquier cosa —resopló pensativo—. Un nombre en código, un sitio, una sala de baile, un barco, un bar, una tienda...

Cansado de hablar del caso, se levantó del banco y me preguntó si quería algo del bar. Le mostré la botella de calvados que asomaba del bolsillo de la chaqueta. Se lo preguntó también a la mujer que estaba sentada frente a nosotros. Esta sonrió y respondió que agradecería un café.

La buhardilla de la calle Galassi estaba vacía. Ni rastro de Marlon. En la mesa de la cocina, los restos de una comida apresurada. Un plato de espaguetis, un trozo de queso, una manzana. Al observar las sobras, deduje que eran por lo menos del día anterior.

—Anoche no durmió aquí —me informó mi socio al regreso de un reconocimiento de la habitación del sardo.

—Creo que ha perdido el contacto con Dedonato y, mientras espera nuestro regreso, ha vuelto a su querido barrio.

—Puede ser. Pero no se ha llevado el hierro. ¿Has conectado el móvil?

—Sí. Y voy a aprovechar para concertar enseguida una cita con nuestros clientes: creo que les dará una alegría cuando sepan que Giampaolo Siddi goza de buena salud...

—Me parece una excelente idea. Mientras tú te tiras el moco con los amigos abogados, yo buscaré a Marlon y luego nos veremos aquí todos...

Cuando la mujer del abogado Columbu me abrió la puerta, me llegó el aroma penetrante del puro del abogado Vargiu. Al teléfono había anunciado novedades importantes y pedido de forma expresa la presencia de mis clientes, aunque al principio de la investigación estos hubieran declarado que querían mantener los contactos en exclusiva a través del viejo amigo Genesisio. En cuanto a él, lo encontré, como siempre, apoltronado en su sillón tras el viejo escritorio de cerezo, con las manos cruzadas sobre el estómago. Moi, Vargiu y Pontes estaban sentados en un sofá apoyado contra la pared. Estreché manos y distribuí sonrisas antes de sentarme en mi silla habitual y encender mi habitual cigarrillo.

—Como ya saben, no suelo informar a mis clientes de todas las fases de la investigación. Por tanto, deben decidir si quieren conocer solo los resultados obtenidos hasta ahora o bien el balance parcial, pero exhaustivo, del que el abogado Columbu tiene ya conocimiento, al menos en parte... En este último caso podría siempre «enriquecerlo» con alguna nota de color... —Sonreí con sorna—. Sobre todo en los momentos más emocionantes.

—Nos gustaría oír un informe. Como se estila en la mejor tradición investigadora —respondió Moi en nombre de todos—. En cuanto a las posibles lagunas, nuestra profesión nos ha enseñado a colmarlas con un poco de fantasía y mucha lógica.

Hablé. Como había ya anticipado, omití todos los detalles que tenían algún toque de ilegalidad, por leve que fuera. En diez minutos logré resumir los puntos más importantes y llegar a la conclusión.

—Giampaolo Siddi está vivo. Lo he visto con mis propios ojos —anuncié en tono neutro.

Vargiu estrechó con fuerza el brazo de Moi y Pontes se puso en pie de un salto.

—Hace diez años organizó aquella burda puesta en escena —continué— para despistar a investigadores y familiares. En realidad quería evitar que se descubriera su fuga con la caja de la banda de los «abogados», de la cual él era uno de los lugartenientes. Un movimiento estudiado con tiempo y llevado a cabo con la complicidad de Alberto Dedonato, vieja herramienta de los desviados y corrompidos servicios secretos de nuestra República, que, gracias a su cargo de agente del Sisdé destacado en el Servicio Central de Protección de Arrepentidos, podía esconder a cualquier persona en el extranjero sin ningún problema. El mismo Dedonato, unos años más tarde, al saber que la nueva gestión de los servicios lo había destituido, decidió desaparecer junto a

dos arrepentidos sardos mientras los conducía a otro Estado. Dedonato, Siddi y los dos pastores entraron así a formar parte de una extraña banda que actúa hoy en día en Córcega y está capitaneada por un exagente del servicio de inteligencia francés, conocido como Abel Gance. Nombre y apellido robados a un gran director de cine, guionista y actor francés. De hecho, la banda tiene una estructura «cinematográfica», copiada de la superproducción de los años veinte *Napoleón*, que respeta incluso el plano jerárquico: Gance es el director, Dedonato/Dieudonné es Napoleón, Siddi, que ahora usa el nombre del actor y dramaturgo Antonin Artaud, es Marat... Y así todos. Trabajan para el servicio secreto francés. Se encargan de la guerra «sucia» y clandestina contra los independentistas corsos: infiltración, secuestros, torturas y homicidios... Y no solo de eso, sino también del tráfico de heroína, del cual, como les he dicho, el responsable es nuestro Giampaolo Siddi...

»Estos son los hechos. Ahora, si quieren saber mi opinión personal, puedo añadir que creo que la banda Napoleón nació de la asociación de algunos antiguos agentes secretos de diferentes nacionalidades con un indeterminado número de hampones que, juntos, decidieron ofrecer sus servicios al mejor postor... Hoy es Francia, mañana podría ser España, Inglaterra o Italia... Para todas aquellas operaciones que los gobiernos no pueden autorizar “oficialmente”... —Me encendí el enésimo pitillo—. Pedí también al abogado Columbu que organizara este encuentro porque tengo que ponerles al corriente de otra noticia de importancia, ante la cual, ustedes podrían decidir la rescisión del encargo que me hicieron para confiárselo a alguien que tenga una mayor capacidad operativa en el lugar. Quizá, por qué no... a las mismas fuerzas del orden.

—Deje de marearnos, Buratti, y díganos de qué se trata —me pidió Vargiu.

—Giampaolo Siddi se encuentra en estos momentos en Cerdeña —solté de un tirón.

Los cuatro abogados se miraron entre sí: un intercambio cargado de tensión y emoción.

—Encuéntrelo, señor Buratti —me ordenó Ignazio Moi con un hilo de voz.

—No me pidan que lo entregue a la magistratura o a las fuerzas del orden... Saben que no puedo permitirme el lujo de responder a ciertas preguntas... —subrayé.

—Usted atrape a ese bribón o descubra su escondite... De lo demás nos ocuparemos nosotros —aclaró Moi, mientras se levantaba.

La conversación había terminado.

En el refugio de la calle Galassi encontré a Beniamino solo. Estaba sentado en la cocina, con el abrigo puesto todavía y un cigarrillo apagado en los labios.

—No encuentro a Marlon. Por ninguna parte...

—Se habrá «entretenido» con alguna chica —rebatí optimista.

—No le pega...

Sonó el teléfono móvil.

—¡Debe de ser Brundu! —exclamé aliviado, y saqué el aparato del bolsillo.

—Diga.

—Ah, hola, bello Caimán —me saludó una vocecita de miel.

—¡Gina! —exclamé, mientras buscaba la mirada de mi socio, que se acercó de inmediato para escuchar la conversación.

—Sí, soy yo, mi amor. ¿Cómo estás?

—¿Qué cojones quieres?

—No estarás enfadado con tu Gina, ¿verdad?... Solo quería decirte hola... Te echo mucho de menos, ya lo sabes...

—¿Cómo has conseguido este número de teléfono?

—Me lo ha dado tu amigo Marlon.

—¿Marlon? —grité—. ¿Qué cojones le habéis hecho?

—Nada —respondió tranquila—. Es nuestro invitado y, como ha llegado el momento de hablar de negocios, ha sido tan amable de darnos tu número, así que por fin podemos proponer un trato.

—Gina, nosotros no tenemos ya nada que tratar. La banda Napoleón está acabada. Habéis perdido...

Me interrumpió con una carcajada.

—Tontito... Eres de verdad un caimancito tontito —se rio de mí otra vez con tono meloso—. Para nosotros solo sois una molestia pequeña, pequeña, como una chinita en el zapato. Si no me hubiera colgado de ti y de tu preciosa pollita, habría resuelto ya el problema... Ahora te conviene ser bueno...

—¿Qué quieres?

—Mi jefe quiere hablar contigo y con ese antipático amigo tuyo... Ese campesino que no sabe tratar a las señoras...

—Tú no eres una señora, Gina... Eres un monstruo que habría que encerrar cuanto antes en un manicomio.

—Bello Caimán, ¿te parece forma de hablar a tu novia?

—¡No eres mi novia! —grité al teléfono—. Corta ya esta pésima imitación de Sandra Milo y dime qué quiere Gance.

—Uy, qué nervioso estás —se lamentó sin cambiar de tono—. Mi jefe os propone un trato: el sardo a cambio del silencio sobre nuestras actividades y la promesa de que os marcharéis de inmediato muy, muy lejos...

—Déjame hablar con el «director».

—No quiere hablar contigo, bello Caimán.

—¿Por qué no?

—No hace falta, porque puedo hacerlo yo, que soy tu novia.

Mi socio, con un gesto, me aconsejó que me calmara y en sus labios leí la orden de que aceptara. Suspiré.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

—Esta noche. Aún no puedo decirte dónde... Pero me muero de ganas de volverte a ver, bello Caimán... —se despidió felina y colgó.

El viejo Rossini se dejó caer abatido en una silla, maldiciendo en voz baja.

—Pobre Marlon, está jodido...

—¿Estás seguro de que no quieren negociar? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Me dirigió una mirada cargada de reproche.

—Marco, por favor... ¿Desde cuándo una banda propone intercambiar un rehén por una promesa de los Jóvenes Castores? La cita es una trampa para liquidarnos a los tres.

—¿Cómo pueden creer que nos van a engañar tan fácilmente?

—Mira, esa sí que es una pregunta inteligente... Es evidente que tienen en mente alguna otra cosa...

Volvió a sonar el teléfono móvil.

—Hola, bello Caimán.

—¿Habéis decidido ya el sitio?

—Ah, qué impaciente eres, Caimán mío... Yo también lo estoy, ¿sabes? Por desgracia, el jefe todavía no lo ha decidido... Es un tipo tan perfeccionista... Te llamo porque se me hace larga la espera... Demasiado larga. No quiero pasar tanto tiempo sin oír tu voz...

—Gina... —traté de interrumpirla.

—Escúchame, Caimán... Te lo ruego... Estoy aquí con Marlon, y nos aburrimos tanto... ¿Sabes lo que se me ha ocurrido? —se rio contenta, como una niña—. He pensado que podríamos hacer un concurso con premios... Así nos divertiremos...

—¿Qué clase de concurso? —pregunté mosqueado.

—Uno muy, muy fácil: yo te hago preguntas sobre *blues* y tú las contestas... Si las respuestas son correctas, a tu amigo no le pasa nada...

—¿Y si no es así? —Sentí que se me helaba la sangre.

—Le corto un trocito.

—¿De qué?

—Pues de su cuerpo, Caimancito tontorrón. Tengo un hacha pequeña de cocina que me regaló un cocinero japonés. Ya sabes, de esas que usan para cortar la carne en trocitos pequeños, pequeños.

—Estás loca, Gina, ni siquiera lo intentes —la amenacé y colgué.

Me miré las manos: me temblaban de manera visible. Me costó trabajo encender un pitillo.

—Tienes que jugar, Marco —dijo Beniamino con seriedad.

—Ni hablar.

Me pasó un brazo por los hombros.

—Pues tendrás que hacerlo. Te obligaré... Además, aunque no juegues, lo mutilará igual. Si respondes, al menos le ahorrarás algo de sufrimiento...

—Escucha, cada vez que me equivoque en la respuesta le hará daño y será culpa mía —le rebatí.

—Solo tienes que tratar de acertar el mayor número de respuestas posible —me animó—. El objetivo del juego es que perdamos la cabeza por la tensión... Impedirnos afrontar la situación con lucidez...

El timbre de llamada nos avisó de que Gina tenía prisa por empezar. No me moví. Beniamino me cogió por los hombros y me sacudió.

—Juega, Marco, intenta que a nuestro amigo le hagan las menos lonchas posibles... Mientras, yo trataré de idear un plan que nos salve el culo a los tres.

—Diga —contesté con un hilo de voz.

—¡Señoras y señores! —gritó excitada Gina, dirigiéndose a su público imaginario en una perfecta imitación de una presentadora de televisión—. Tenemos al teléfono a nuestro concursante... Un aplauso de ánimo, por favor... ¿Está preparado para escuchar la primera pregunta?

—Sí —respondí inseguro, asaltado por el deseo de tirar por la ventana el maldito teléfono.

—Bien... El premio para nuestro concursante, si acierta, es el pulgar de la mano derecha de nuestro simpático ayudante. Vamos allá: queremos saber qué cantante está considerado como el más desafortunado de la historia del *blues* y por qué. El concursante tiene un minuto para responder desde ya.

«Jódete —pensé—, esta me la sé».

—Iverson Minter, conocido como Louisiana Red...

—Bravo por nuestro concursante... La primera parte de la respuesta es correcta, pasemos a la segunda: ¿por qué se dice que es el cantante más desgraciado del *blues*?

—Porque su madre murió a la semana de haberlo parido, a su padre lo linchó el Ku Klux Klan, un tractor atropelló a su hermano, su mujer murió de un tumor a los treinta años y le robaron los derechos de autor del álbum *Lowdown Backporch Blues* y del sencillo «Red's Dream».

—¡Exacto! —gritó como una posesa—. El pulgar se queda donde está... Ahora interrumpimos el concurso para una breve pausa publicitaria. Volveremos con la siguiente pregunta.

Interrumpió la comunicación y yo aproveché para enjugarme el sudor que me caía por la frente y para echar un trago de calvados.

—Muy bien, Marco —me halagó el milanés.

—Muy bien, un cuerno. Es pura chiripa... —rebatí con sinceridad—. El *blues* es un tema demasiado amplio... Esa chiflada debe de tener una enciclopedia que ahora se está divirtiendo en espulgar, a la caza de alguna pregunta difícil.

Volvió a dar señales de vida exactamente diecisiete minutos después.

—Aquí estamos de nuevo, en línea con nuestro concursante, que, como recuerdan, adivinó la primera pregunta... Bien, pasemos a la segunda... Esta vez, nuestro ayudante nos ofrece el índice de la mano derecha... En un minuto queremos saber todos los apodos del gran *bluesman* Roosevelt Sykes.

«Vuélvete a joder. Esta también me la sé».

—The Blues Man, Dobby Bragg, Easy Papa Johnson, Willie Kelly y The Honeydripper —respondí con seguridad.

—¡Eeeexactooo!

Volví a dejar el móvil encima de la mesa.

—Beniamino, no puedo seguir así hasta la noche... Es una pesadilla, una locura... Si sigue con los dedos, veinte preguntas no me las quita nadie...

—No tenemos ni las fuerzas ni la información necesarias para descubrir dónde lo tienen secuestrado —afirmó desconsolado mi socio—. Solo podemos intentar liberarlo por la noche... Hasta entonces tienes que tratar de mantenerlo lo más entero posible...

El timbre del móvil me advirtió de que Gina seguía con ganas de jugar.

—¡Ya no podemos llamarlo concursante, sino campeoón! —exclamó, dirigiéndose una vez más a su público imaginario—. Un campeón, de momento, infalible. Pasemos a la tercera pregunta. Esta vez el premio es un

bonito dedo corazón con su anillo. Como siempre, en un minuto, queremos saber el verdadero nombre, el número de matrimonios y la fecha y causa de la muerte de la cantante Dinah Washington.

Esta vez no pude pensar nada, pues estaba ocupado en reprimir un conato de vómito: no estaba seguro de una de las respuestas.

—Ruth Lee Jones, se casó cuatro veces y murió el 13 de diciembre de 1963 por ingestión de barbitúricos.

—¡Ay, ay, ay, señor Caimán! —gritó, fingiendo sorpresa y desilusión—. Se ha equivocado en una de las respuestas: la fecha exacta es el 14 de diciembre de 1963. Nuestro ayudante será ahora tan amable de extender la mano sobre la mesa... Así... Eso es... Ahora, según el reglamento de nuestro juego, amputaremos el dedo corazón de su mano derecha...

—He fallado una respuesta: ahora va a cortar el dedo —anuncié a Beniamino.

—¿Todo? —preguntó escandalizado.

—Eso ha dicho.

Me arrancó el teléfono de la mano.

—Putas asquerosas —empezó—. No estás jugando limpio... Las preguntas eran tres y de ellas, una doble. La respuesta equivocada es solo una, no puedes cortar todo el dedo... sino solo una falange... A tantas preguntas, tantas partes en las que tienes que dividir el dedo.

«La pesadilla se transforma en farsa —pensé—. Mi socio se ha vuelto loco». Pero enseguida comprendí que lo suyo no era nada más que el intento extremo de limitar las amputaciones a Marlon. La discusión se prolongó otros cinco minutos más, hasta que el móvil avisó con un pitido de que la batería se estaba acabando. Rossini pidió una hora de tiempo para recargarlo. Escuché la respuesta de Gina y luego volvió a pasarme el aparato.

—Tu amigo es de verdad intratable. Llegará un día en que tendrás que elegir entre él y yo —se lamentó la mujer—. Solo una falange, de acuerdo, pero, cuando volvamos al juego se hará como yo digo: diez preguntas, diez trozos enteros... Y diez segundos para la respuesta, ni uno más.

Se oyó un golpe seco seguido de un grito ahogado de dolor.

—Hasta dentro de una hora, bello Caimán. Piensa en mí mientras tanto.

Me bebí a gollete un largo trago de calvados. El líquido me bajó por el cuello y me mojó la camisa. El milanés me la arrancó de la mano.

—Cálmate, Marco. Así estás haciéndoles el juego.

—Tienes razón... Pero no eres tú el que tiene que responder, el que tiene la responsabilidad...

—No eres responsable de nada, ¿quieres entenderlo? —se cabreó—. Los responsables son los mierdas de la banda que le han dado carta blanca a esa loca de atar, que incluso está perdiendo el control. Le ha llegado el olor de la sangre y está cada vez más excitada. Tienes que tratar de acabar con ella; si no, convertirá a Marlon en un fenómeno de feria.

Faltaban solo cincuenta y cinco minutos. Llené una copa de licor y decidí que tenía que bastarme con eso. El viejo Rossini, silencioso y con cara grave, empezó a limpiar la metralleta. Tal como lo conocía, sabía que hubiera preferido mil veces encontrarse en medio de un tiroteo a fuego abierto en vez de aguantar, impotente, la histeria de una sicaria psicópata. Traté de repasar mis conocimientos de *blues* y luego volví a pensar con insistencia en Gina y en Marlon. El pilotito verde nos indicó que la batería del teléfono se había recargado. Cuando pasó la hora, el aparato volvió a sonar...

—¿Estás listo, Caimán? —La voz de Gina había cambiado, se notaba ronca y tenía un no sé qué de animal. Me dio miedo.

—Sí.

—Entonces vamos allá con las preguntas. Con la primera te juegas el lóbulo de la oreja izquierda de Brundu. ¿Qué tenían en común Speckled Red y Piano Red?

—Eran hermanos y albinos.

—Exacto. Pabellón de la oreja derecha. ¿Dónde actuó en 1969, en Inglaterra, el guitarrista Magic Sam?

No lo sabía. Los diez segundos pasaron volando.

—Se acabó el tiempo.

Con los dientes apretados oí claramente diferenciado el lamento de Marlon, que trataba de ahogar su grito de dolor y, de repente, su voz:

—¡No sigas jugando, Caimán! —gritó con todo el aliento que le quedaba en el cuerpo—. Esta zorra nos está humillando a los tres... No le des esa satisfacción.

Corté la comunicación.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado Rossini.

Le repetí lo que me había dicho el sardo. Sin decir una palabra, volvió a ocuparse del cuidado de las armas. El teléfono sonó, y volvió a sonar. Una de las veces, tuve la tentación de cogerlo: comuniqué mi intención con una mirada a mi socio. Negó con un movimiento mínimo de la cabeza. Un no apenas esbozado, pero definitivo. Cuando Gina por fin se cansó de llamar, nosotros esperamos la llegada de la noche en silencio.

Eran cerca de las once cuando volví a oír la voz de Gina.

—Hola, bello Caimán —dijo, con la voz ya normal.

—No quiero hablar contigo, Gina. Pásame a otro miembro de la banda.

—¡Eh! No estás en posición de dar órdenes.

—Pues no habrá encuentro —rechacé, cortando la comunicación.

El teléfono volvió a sonar a los dos minutos.

—¿Están dispuestos para un encuentro, sí o no? —preguntó una voz de hombre.

El acento de Lombardía me hizo comprender que se trataba de Alberto Dedonato.

—Hola, Napoleón —lo saludé.

Acusó el golpe y permaneció en silencio unos segundos. No se esperaba que lo reconociera.

—Dentro de una hora ante la estatua de san Francisco en Monte Urpinu —me informó antes de colgar.

Sin Marlon, nuestra desventaja en relación con la banda Napoleón se hacía insalvable. No conocíamos el sitio y perdimos cinco preciosos minutos para localizarlo en el plano. La estatua estaba en el punto más alto de una colina, llamada precisamente Monte Urpinu, ocupada en gran parte por un jardín público. Una gran zona boscosa, con una sola calle que subía en cuesta hasta la cima y bajaba luego por otra ladera, sin duda desierta, dada la época del año y la hora: el lugar ideal para una emboscada.

El viejo Rossini estaba convencido de que ya estarían allí esperándonos.

—Habrán plantado a Marlon bien a la vista, bajo la estatua, con alguno de la banda sujetándolo, supongo que Gina. Los otros dos, Gance y Dedonato, estarán bien escondidos entre los árboles, preparados para llenarnos de plomo con armas con silenciadores... Dudo que Siddi participe en el juego. Creo que se esconde bien lejos de Cagliari...

—¿Y entonces? —pregunté curioso por saber si había pensado algún plan.

Se torturó el bigote antes de contestar.

—Disparar por la espalda es su especialidad. Están entrenados y bien armados... No tenemos tiempo material para pensar y organizar un contraataque. Ni para tratar de reclutar a algún amigo de Marlon en su barrio... ni para que vengan los corsos en avión...

—¿Y entonces? —insistí exasperado.

—Y entonces, nada. Vamos allá y nos comportamos como hombres.

—¿Ese es todo tu plan?

—Oye, socio... ¿Qué pretendes? Ellos son tres, nosotros dos... uno, si hay que disparar... Porque, como bien sabemos, tú las armas no quieres ni

verlas... —dijo en tono provocador.

—Conozco la canción —le paré—. Y no quiero escucharla... ¿Recuerdas aquella vez que me obligaste a empuñar un arma?

—Claro. Cuando llegó el momento de apretar el gatillo, soltaste la metralleta... Pero, esta vez, los hierros sirven para salvar la vida de un amigo.

Negué con la cabeza.

—¡No! —rechacé decidido.

—Vale. Respeto tu decisión, pero no me pidas estrategias bien elaboradas en una situación como esta. Tenemos el tiempo justo para prepararnos —añadió luego al mirar el reloj.

Salió de la habitación unos diez minutos después. Llevaba un traje de Armani, una camisa de Calvin Klein, zapatos de Ferragamo. Toda la indumentaria era rigurosamente nueva. Esa noche, el destino se iba a encontrar de frente a un hombre elegante. Beniamino pensaba así. En un tiroteo se mata o te matan y, para él, estrenar ropa era también una forma de respeto hacia los hombres que mataría o hacia los enterradores que se harían cargo de su cuerpo.

Llegamos cerca del lugar del encuentro unos minutos antes de medianoche. Beniamino me abrazó.

—Ten cuidado, Marco. Recuerda que solo tenemos una vida...

—... y que esto no es un ensayo general —terminé la frase.

Era una de sus preferidas y se la había oído mil veces.

El viejo Rossini bajó del furgón y desapareció entre los árboles con la metralleta en la mano. Proseguí con el vehículo hasta el inicio de la cuesta que llevaba hasta la estatua y me quedé esperando allí con el motor encendido. El plan de mi socio era sencillo de verdad: él intentaría llegar hasta la estatua caminando por el bosque y, si lograba encontrar a Marlon, me lo diría por el radiotransmisor. Yo tenía que pisar el acelerador a fondo y volar hasta la cima. Allí decidiríamos qué hacer.

—He descubierto sus posiciones —me comunicó por radio Rossini a los diez minutos—. El clásico triángulo de tiro cruzado: Gina vigila a Marlon, sentado en la base de la estatua con las manos y los pies atados... Dedonato está escondido a unos treinta metros entre los árboles del lado de la subida, Gance se encuentra en la parte de la bajada.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuando oigas disparos, arranca a toda velocidad en dirección a la estatua, con todas las luces puestas y tocando el claxon sin parar. Te acercas todo lo que puedas a nuestro amigo, bajas y lo cargas en el furgón...

—Gina me disparará.

—Esperemos que no tenga buena puntería. Trataré de obligarla, por lo menos, a mantener la cabeza agachada...

—¿Beniamino?

—¿Sí?

—Me parece un plan tan previsible como suicida.

No se preocupó de contestarme. Empezó a disparar, distribuyendo ráfagas de forma equitativa a los tres de la banda Napoleón.

Encendí las largas. Antes de llevar la mano al claxon, metí una cinta en el radiocasete y puse el volumen al máximo. En el interior del furgón explotó la voz de Chuck Berry cantando «Worried Life Blues». Era mi manera de enfrentarme al destino. Cuando acometía el último tramo de la cuesta, el parabrisas se rajó por los disparos de Dedonato. Oía cómo las balas impactaban en la carrocería y el cristal, pero no percibía el ruido: los malos usaban silenciador. No podía decirse lo mismo de la metralleta de mi socio. Su *M3 cake decorator*, concebida durante la Segunda Guerra Mundial como un arma sólida y fiable, estaba exhibiéndose con su característica ráfaga lenta que evita atascos y permite un perfecto control del arma.

La estatua se encontraba en el arcén de la calle. Marlon estaba sentado en la base de cemento. Me dirigí con decisión hacia el sardo pero, de repente, me topé de frente con Gina, completamente vestida de negro. Me apuntó con su metralleta y empezó a disparar. Marlon le golpeó las piernas con los pies atados y la derribó. Traté de atropellarla, pero rodó sobre sí misma y se apartó con agilidad. Frené, metí la marcha atrás y pisé a fondo el acelerador para intentarlo de nuevo. Maldije al darme cuenta de que había logrado esconderse tras la estatua. Reapareció al instante y le plantó un cuchillo a Brundu en la garganta, usándolo de escudo. Frené, aunque el sardo me acuciaba para que los atropellara. El furgón estaba atravesado en la calle y, de vez en cuando, oía los proyectiles que se incrustaban en la carrocería. Gance y Dedonato me disparaban en cuanto Rossini les daba algo de tregua mientras recargaba el arma.

La mujer agarró a Marlon del pelo y lo obligó a arrodillarse, le tiró hacia atrás la cabeza y me miró fijamente a los ojos. Lamió con voluptuosidad, como si fuera un helado, un filo de la lama y luego, poco a poco, lo deslizó por la garganta de su prisionero. La sangre brotó hacia arriba para caer luego

sobre el asfalto. Grandes gotas negras y densas. Gina se levantó y se alejó un par de metros andando hacia atrás. Se llevó las manos a la boca con los ojos desorbitados, como los niños cuando hacen una trastada.

Grité más que la voz de Chuck Berry. Grité al bajar del furgón y mientras corría hacia Brundu. Seguía gritando mientras lo agarraba por los hombros, un instante antes de que cayera al suelo. Mis zapatos estaban manchados con su sangre, mis brazos lo sujetaban. Sabía que no podría apartarme de él ni tampoco quería...

Por el rabillo del ojo me di cuenta de que ella me encuadraba con calma en la mira de su metralleta. Una ráfaga de Rossini la obligó a tirarse al suelo y a buscar refugio en un desnivel del terreno. Oí que el milanés me ordenaba cargar a nuestro amigo en el furgón. Lo arrastré cogido por los brazos hasta la puerta lateral y, con dificultad, logré tumbarlo en el suelo del vehículo.

Luego volví al asiento del conductor y encendí el motor. De repente se abrió la puerta del copiloto: mi socio saltó adentro gritando que arrancara. Mantuvimos la cabeza encajada entre los hombros hasta que estuvimos fuera de tiro y no oíamos ya el impacto de las balas en la parte trasera del furgón. Chuck Berry cantaba todavía a pleno pulmón. El milanés lanzó un puñetazo rabioso e hizo trizas el radiocasete.

En el silencio que siguió se dio la vuelta para mirar el cadáver de Marlon y, por primera vez en muchos años, vi dos gruesas lágrimas surcando su cara. En ese momento yo también me sentí autorizado a llorar la muerte de nuestro amigo. Llegamos frente al edificio de la calle Galassi. El viejo Rossini envolvió el cuerpo en una manta y lo cogió en brazos con delicadeza.

—Espérame aquí. Tenemos que deshacernos enseguida del furgón.

Bajé para ver los daños que había sufrido el vehículo. Quedaba solo un faro ileso y conté unos cuarenta agujeros de bala en la carrocería. Una verdadera suerte que no nos hubieran dado.

Mi amigo volvió al cabo de cinco minutos. Subió al Panda y me abrió camino hasta el canal de Mamarranca, que atraviesa una parte del extrarradio de la ciudad y que el hampa de Cagliari ha utilizado desde siempre como contenedor de basura. Nos quedamos mirando cómo el furgón flotaba unos segundos antes de sumergirse por completo en aquellas aguas pantanosas.

Media hora más tarde estábamos sentados a los lados de la cama de Marlon. El milanés le había puesto una manta que lo cubría hasta la barbilla para ocultar el corte del cuchillo de Gina. La cara estaba desfigurada a causa de las pequeñas mutilaciones de la oreja y de la punta de la nariz: la venganza de mi exnovia por abandonar a la mitad su concurso.

Velamos a nuestro amigo fumando y bebiendo hasta la mañana siguiente. Cuando la luz del sol inundó la habitación, Beniamino abrazó aquel cuerpo sin vida y juró venganza.

—Marco, no quiero que acabe en el depósito en manos del matarife de turno —dijo en tono abatido—. Y luego leer en el periódico las gilipolleces que escriben siempre cuando muere uno de nosotros... Marlon no se lo merece.

En ese momento me di cuenta de cuánto dolor devastaba nuestras mentes: no estaríamos nunca en paz si abandonábamos de manera furtiva el cadáver de nuestro amigo.

—Lo entiendo —dije, asintiendo con la cabeza— y estoy de acuerdo... Lo haremos a nuestra manera.

Salimos a buscar la vieja Ducati dos y medio. Como imaginábamos, la encontramos cerca del aparcamiento de la plaza Pitagora, donde Dedonato solía dejar su coche. Estaba claro que habían capturado al sardo mientras vigilaba la zona. Volvimos a envolver el cuerpo de Brundu en una manta y nos dirigimos a una empresa de pompas fúnebres, elegida al azar en las páginas amarillas.

El viejo Rossini puso el cañón de la metralleta bajo la barbilla del propietario y en su mano un fajo de billetes de cien mil.

—Quiero un buen trabajo. Que su madre pueda verlo por última vez.

También encontramos en la guía telefónica direcciones útiles para localizar el material que necesitábamos para decir adiós a nuestro amigo. A veces el dinero fue más que suficiente; en otros casos, Beniamino tuvo que enseñar el hierro y poner cara de malo, amenazas que todos se tomaron muy en serio. Poco después de las once de la noche entramos en el barrio de Sant'Elia, directos a la casa del sardo. Beniamino abría camino sentado en la Ducati. Yo lo seguía al volante de una furgoneta. Sujeto con el cinturón de seguridad, Marlon iba sentado a mi lado: el tipo de las pompas fúnebres había hecho lo que había podido, pero soltó un suspiro de alivio cuando nos vio salir del establecimiento con el cadáver.

Me paré a unos cuarenta metros de la casa y abrí la puerta lateral. El vehículo estaba preparado para hacer proyecciones de películas al aire libre. Extraje una plataforma montada sobre unas ruedas sobre la cual estaba fijado un proyector de dieciséis milímetros. Mientras Rossini ponía a ambos lados unos potentes altavoces, yo me dediqué a colocar la película. Luego pusimos a Marlon Brundu en el asiento de su querida moto y la colocamos entre el proyector y la casa. Estábamos casi listos. Faltaba solo la gente. Saqué del

bolsillo de la cazadora una casete donde tenía grabada una única canción: «I Smell A Rat», de George Buddy Guy. La llevaba siempre conmigo desde hacía años. La había elegido como banda sonora de otro funeral: el mío. Por eso no me separaba nunca de ella. Hasta aquella noche. El *blues* era triste y estaba lleno de la rabia que expresaba el desgarrador sonido de la guitarra eléctrica que durante nueve minutos y treinta y un segundos clamaba al cielo. Era también la más mediterránea de las canciones de Buddy. Unos músicos estadounidenses la habían grabado el 31 de octubre de 1979 en los Condorcet Studios de Toulouse, Francia. También por eso pensé que Marlon habría apreciado la canción y mi gesto de despedida. Habíamos conectado la radio de la furgoneta a los altavoces del proyector. Cuando subí el volumen, la voz y la guitarra de Buddy entraron en todas las casas e invitaron a la gente a abrir las ventanas.

Vi como se abría también la de la madre de nuestro amigo. Encendí el proyector. La luz recogió a Marlon y a su moto y transportó sus sombras al muro blanco agrietado. Sobre las notas del *blues* discurrieron los créditos... Siguieron después las primeras secuencias de *Salvaje*. Nuestro amigo asistía por última vez a la proyección de la película de su vida. Luego se fundió con los otros Black Rebels y se alejó con ellos.

Su madre bajó a la calle sostenida por dos vecinas.

—Le hemos traído a su hijo —dijo el viejo Rossini abrazándola.

Llegaron también los amigos, los mismos que Brundu nos había presentado cuando nos invitó a conocer su barrio. A ellos les pedimos que no le hicieran pasar por la humillación de una autopsia y de la foto de reconocimiento en los periódicos. Nos dijeron que no nos preocupáramos. Les confiamos también la furgoneta y el proyector con el encargo de devolverlos. Nos alejamos a pie. Cuando me di la vuelta, por un fugaz instante me pareció ver que nuestro amigo hablaba con Marlon Brando y Lee Marvin.

A la mañana siguiente encontré a Beniamino en la cocina de la buhardilla. El perfume de su loción para después del afeitado tapaba el del café que estaba tomando. En la solapa de la chaqueta rayada destacaba un botón negro. Me dio otro para mí. Me lo puse en la chaqueta sin decir palabra: no tenía ganas de discutir con él.

—Primero, matamos a Dedonato. Quiero dejar viuda a esa zorra antes de cargármela...

Lo observé mientras me llevaba la taza a los labios. La venganza era ya una fiebre que lo consumía. Nada ni nadie lo habría disuadido de su propósito: hasta que consiguiera castigar a Gina, Gance y Dedonato con la máxima pena no encontraría paz.

—Tenemos que andar con cuidado: ellos también nos están buscando... Quizá no podamos permitirnos el lujo de elegir el orden de eliminación, sobre todo si son ellos los que nos encuentran antes —argumenté para tratar de hacerle entrar en razón.

—Es verdad, pero Napoleón-Dedonato es el único del que sabemos algo: conocemos su coche, el sitio donde lo aparca y el garito al que va a jugar. Para que no nos descubran de día, nos quedaremos bien escondidos aquí dentro. Saldremos solo por la noche para dar una vuelta por la zona del garito. Hasta que veamos el coche: entonces aparcamos el nuestro, entramos y nos lo cargamos.

En mi mente sonó un timbre de alarma.

—¿No conviene esperar a que salga? ¿No es más fácil cargárselo mientras entra en el coche?

—¿Y cómo voy a atracar el garito? —preguntó tan tranquilo.

Me puse en pie de un salto.

—El golpe ibas a darlo con Marlon. Y él, desgraciadamente, ya no está.

Me invitó a sentarme con calma.

—El robo viene bien para despistar: si le disparo por la calle, los investigadores pensarían en una ejecución, pero si muere en el garito, lo archivarán como un homicidio casual cometido por un atracador nervioso... De todas formas, ningún cliente hablará, dudo que alguno se quede a esperar la llegada de la policía...

—Invéntate algo mejor —rebatí—. La víctima es un exagente del Sisde, desaparecido por arte de magia con dos arrepentidos... Lo elimines como lo elimines, no pensarán nunca en una casualidad.

—Vale, tú ganas —admitió, abriendo los brazos—. Hay que hacer ese atraco para compensar a la familia y asegurar a la madre un futuro decente.

Ante semejante argumento solo pude mostrar una sonrisa torcida que pretendía dejar clara mi desaprobación.

Pasó inadvertida.

Durante cuatro noches recorrimos la avenida Merello, pasando frente al templo del juego de azar cada media hora, sin llegar a ver el coche de

Dedonato. Aproveché esos paseos nocturnos para tratar de convencer a Beniamino de que cambiara de idea. Mi principal argumento consistía en Giampaolo Siddi y en la posibilidad, nefasta para nuestra investigación, de que volviera a abandonar Cerdeña. Mi socio no me daba siquiera la satisfacción de escucharme. A medida que pasaba el tiempo, su humor se volvía más sombrío: hablaba, dormía y comía cada vez menos. El quinto día se puso intratable de verdad. Por fortuna, al pasar por enésima vez frente al garito, vimos aparcado cerca el Passat blanco del exagente del Sisde. Al circular junto a él, mi socio tuvo una idea.

—La banda Napoleón tiene que usar, necesariamente, coches «legales»: comprados e inscritos a nombre de empresas o personas inmaculadas para poder superar cualquier inspección.

—¿Y?

—Entonces, antes de cargármelo, recuérdame que le pida las llaves del coche... Por fin tendremos a nuestra disposición un vehículo rápido... Estoy cansado de ir siempre con este Panda.

Esperamos en el jardín del garito la llegada de dos clientes habituales que habíamos visto en la anterior vigilancia. En el momento en que tocaron el timbre, los sorprendimos por la espalda. Era una pareja de cincuentones ricachos. El hombre casi se desmaya en mis brazos cuando el viejo Rossini le plantó la metralleta en la espalda.

—Cuando los gorilas abran la mirilla para ver quién ha llamado, sonrían y nadie sufrirá ningún daño —le susurró.

Los dos, a pesar del miedo, resultaron bastante creíbles y la puerta se abrió sin ningún problema. Sin embargo, cuando mi amigo aplastó contra la pared a los dos encargados de seguridad y los desarmó, el ricacho decidió hacer un segundo intento de desmayo y esta vez lo consiguió de pleno. La mujer, nada impresionada, intentó reanimarlo irritada clavándole pataditas en las costillas con la punta de sus zapatitos de charol.

—Basta —la frenó el milanés—. Ya acabará luego. Ahora, si es tan amable, camine delante de nosotros junto a estos dos imbéciles.

Uno intentó defender su imagen.

—Oye, que solo has tenido suerte —protestó.

—Tú, a callar —rebatió Beniamino—. Sois dos pringaos que incitáis al robo... Me parece que os hacemos un favor al truncaros la carrera.

Me dio las pistolas que les había cogido. Grandes y pesadas.

—¿Qué hago con esto?

—Nada. Las sujetas con el cañón apuntando al suelo. Son tan grandes, que solo con mirarlas dan miedo.

Subimos las escaleras y entramos en un gran salón donde unas cincuenta personas estaban dejándose el alma en el juego, hasta el punto de que no notaron nada extraño en nuestra comitiva.

—¿Hay otras salas? —pregunté a la mujer.

—Un par de baños donde la gente va a esnifar y cuatro o cinco salitas de póquer, pero esas están insonorizadas —respondió con tono asqueado.

—Parece que el ambiente no es de su agrado —indagué con curiosidad.

—¡Por el amor de Dios! Aquí dentro solo hay nuevos ricos de última hora... Llevan todavía pegado el olor a oveja... La única mujer con clase que hay aquí es la que les habla... Pertenezco a una de las más antiguas y nobles familias...

No le dio tiempo a acabar la frase, porque una patada en el culo de Rossini la lanzó patas arriba hasta una mesa de macao, el bacarrá a la italiana.

—Condesa de los cojones —lo oí murmurar.

La nobleza nunca había suscitado sus simpatías. Esta vez, el jaleo atrajo la atención de los presentes.

—¡Quietos todos! —gritó mi socio—. Sobre todo tú —se dirigió a Alberto Dedonato, que nos había reconocido y estaba metiendo la mano en la chaqueta.

La metralleta que lo apuntaba lo hizo desistir y levantó las manos por encima de la cabeza con docilidad. El milanés se acercó y con cautela le sacó la pistola del forro de la chaqueta.

—Si alguien más lleva algún hierro, es mejor que lo coja por el cañón, lo apoye con delicadeza en el suelo y lo empuje con el pie en mi dirección —explicó apremiante—. No tienen que tener miedo de mí, sino de mi socio. Él mantiene las pistolas apuntando al suelo hasta que alguien se pasa de listo; una vez que las levanta, empieza a disparar... No por casualidad lo llaman Dos Pistolas.

Aquel viejo hampón era un verdadero maestro del atraco. Con la misma tranquilidad con la que se tomaba un café en el bar, mantenía bajo control la situación contando embustes y sin recurrir a la violencia. Tres hombres y una mujer, esta última en posesión de una pequeña pistola con culata de nácar, lo miraron subyugados y soltaron sus armas sin rechistar.

—Ahora, cada uno de ustedes será tan amable de dejar en la mesa todo el dinero y los objetos de valor y luego se pondrá de cara a la pared con las

manos encima de la cabeza —ordenó—. Tú quédate donde estás..., tranquilo, sentado y con las manos bien altas —dijo al exagente.

Napoleón sudaba copiosamente. Había comprendido que estábamos allí por él.

En mi nuevo papel de pistolero despiadado ordené a un crupier que recogiera el botín en un tapete. En cinco minutos el atraco había acabado. Ahora la mano pasaba a la venganza. El viejo Rossini cambió de expresión, abandonó el papel de ladrón cortés y volvió a ser el hombre abrumado por el dolor que había jurado matar a sus enemigos mientras abrazaba el cadáver de Marlon Brundu.

—¿Estás preparado para morir? —susurró a Dedonato cuando este le dio las llaves del coche.

El hombre no respondió. Con gesto nervioso se secó el sudor que le caía hasta los ojos. Beniamino apoyó la culata metálica de la metralleta en su hombro y cogió con cuidado la mira.

El exagente se dirigió a mí. Era su última esperanza.

—Si me dejan vivir, a cambio les daré Mangiabarche.

—En verdad sois la escoria de la humanidad —soltó el milanés sin dejar de apuntarlo—. Secuestráis, torturáis, matáis... Pero, cuando llega vuestra hora, estáis siempre dispuestos a negociar, a vender a alguien con tal de salvar el pellejo...

—Mangiabarche y a todos los demás —lo interrumpió Napoleón, mirándome a los ojos.

—¿A Gina también? —pregunté en tono sarcástico.

—¿Por qué no? —rebatí con rapidez—. Los negocios son los negocios.

Mi socio perdió la paciencia.

—Decide tú, Marco. ¿Quieres hacer un trato y dejar con vida a este pedazo de mierda o quieres vengar la muerte de un amigo?

Habría preferido negociar y derrotar de otra manera a aquella banda de asesinos, pero sabía que perdería para siempre la amistad de Beniamino Rossini, quien no renunciaría nunca, ni siquiera a cambio de la verdad de Dedonato u otros mil como él. Y luego habría vivido para siempre con el remordimiento de haber traicionado al sardo que murió tranquilo al saberse vengado por sus dos amigos continentales. No tenía alternativa.

—Muchos saludos de parte de Marlon —dije.

El pecho de Dedonato apenas se estremeció cuando lo alcanzó la breve ráfaga de tres disparos. Cayó de inmediato al suelo. El viejo Rossini siguió

disparándole los veintisiete proyectiles de calibre 9 milímetros que le quedaban en el cargador.

Una hora después estábamos sentados tranquilamente en la mesa de la cocina de la buhardilla. Beniamino, con ademán experto, se dedicaba a valorar el botín. Yo bebía, fumaba y miraba el móvil. Esperaba una llamada.

—No llamará —dijo, mirando a contraluz la piedra de un anillo—. Te arriesgas a pasarte el resto de la noche en blanco.

—Llamará. Estoy seguro.

El teléfono sonó a las dos en punto de la tarde y me despertó con un sobresalto.

—Hola, Gina.

—Alberto era muy importante para mí. Lo conocí cuando tenía poco más de veinte años... No teníais que haberlo matado, Caimán. Estoy muy triste —murmuró con la voz rota.

—Ve haciéndote a la idea... Y solo es el anticipo por la muerte de Marlon. Beniamino ha grabado una cruz y frotado con ajo cada una de las treinta balas del cargador que ha reservado enterito para ti. Quiere asegurarse de que mueres.

—¿Tú también, bello Caimán?

—No. Preferiría verte encerrada con una bonita camisa de fuerza... Pero la guerra ha empezado y ya no es posible echarse atrás.

—Pues vais a perder esta guerra... ¿Quieres conocer cómo he decidido matarte?

—Gracias, prefiero no saberlo. Adoro las sorpresas —mentí.

—*See you later, Alligator* —se despidió.

—*In a while, crocodile.*

4

—Cincuenta y seis millones en efectivo, otros tantos entre joyas y relojes, seis pistolas... Un buen trabajillo —comentó satisfecho mi socio.

Mi mirada recayó en una bolsa de plástico que había sobre una silla.

—¿Y qué hay ahí?

—Antes, mientras dormías, he bajado a echar un ojo al Passat... Esperaba encontrar algo interesante... Pero, bueno, lo he recogido todo en esa bolsa.

Empecé a curiosear: mapas de carreteras de Cerdeña y Córcega, manuales de mantenimiento de Volkswagen y un sobre con los papeles del coche.

El impuesto de circulación estaba a nombre de la filial italiana de una sociedad belga con sede en Lieja: Schutz & Van Daële Import-Export. La sucursal de Italia se encontraba en Cagliari, en el número 162 de la calle Cannizzaro. Al comprobar la ubicación en el plano, me di cuenta de que se encontraba a dos pasos de la plaza Pitagora, donde el exagente del Sisdé solía aparcar su coche.

—Hemos encontrado la casa de Dedonato —anuncié a Rossini.

—Entonces, estas son las llaves —dijo, haciéndolas tintinear—. Estaban junto a las del coche.

—Quizá deberíamos ir a echar un vistazo.

—Dame un poco de tiempo para preparar la artillería.

Cogí las fotocopias del libro sobre la historia del cine francés y fui sobre seguro a la página 147, dedicada al director Abel Gance y a su obra maestra *Napoleón*. Como había supuesto, en el elenco de actores estaban también Maurice Schutz y Edmond Van Daële, este último en el papel de Robespierre. Decidí hacerles un regalo a los corsos y pasarles la dirección de la sede de Lieja. No podía excluirse que la empresa de importación y exportación fuera en realidad la base principal: desde siempre Bélgica ha sido patria de mercenarios y de antiguos agentes secretos en busca de un contrato.

—¿Se me nota abultado? —preguntó mi socio, haciendo una pirueta en un improvisado desfile.

—No —contesté mientras lo observaba con atención.

—Debajo del abrigo llevo la metralleta, las dos pistolas y varios cargadores de reserva.

—¿No exageras un poco?

—Quiero disponer de todo el «instrumental» necesario para enfrentarme a posibles situaciones complicadas.

—Socio, estás maquinando algo...

—Una pequeña ocurrencia para sacar de su madriguera a tu exnovia y a su jefe.

—Tengo la ligera impresión de que no me va a gustar nada.

Se torturó el bigote.

—Pensaba usarte como anzuelo para hacerlos salir del escondite —dijo tranquilo.

Lo miré fijamente y me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Y cómo?

—Te plantas en el Libarium y te pones a beber tu matarratas. Ellos te ven y esperan fuera para eliminarte... Pero entonces llego yo...

Negué con el índice.

—Ni hablar.

—Venga, Marco —insistió—. Seguro que funciona. Ahora tengo suficiente artillería para enfrentarme a ellos sin ningún miedo... Los dos pollos de la vigilancia del garito nos han regalado dos Browning del calibre 9 con cargador doble de trece balas...

—Un tiroteo al estilo Bruce Willis frente a mi local preferido no te lo permito ni en broma —dije en un tono que no admitía réplicas.

—Ya estamos con el aguafiestas de siempre. ¿Tienes una idea mejor? —preguntó, resoplando.

Miré si quedaba algo de café en la cafetera. Lo eché en la taza y luego añadí un buen chorro de calvados.

—Un verdadero plan todavía no —me atreví a decir—, pero sí una certeza. Y se llama Mangiabarche. Solo si resolvemos este misterio, lograremos cazar a la banda... Hasta ahora no nos hemos enfrentado nunca al problema de descubrir quién o qué se esconde tras ese extraño nombre. Ha llegado el momento de hacerlo...

—¿Estás convencido de que puede ser el paso decisivo? —preguntó dubitativo.

—Absolutamente. ¿Sabes por qué? Porque fue la primera información que Dedonato quiso vendernos a cambio de su vida: «Si me dejan vivir, a cambio les daré Mangiabarche», dijo. Y luego añadió: «Y a todos los demás». Y no te

olvides, además, del papelito que encontramos en el caserío de Cartalavonu y de las últimas palabras de la viuda Vadilonga.

El viejo Rossini se metió las manos en los bolsillos y empezó a balancearse sobre los talones con ademán meditabundo.

—Sabemos desde hace mucho que esta mierda de Mangiabarche es importante para la investigación... En el transbordador, al volver de Córcega, nos estrujamos el cerebro preguntándonos qué podía ser... El problema no es ese y tú lo sabes, Marco...

Era muy consciente de a qué se refería, pero su testarudez me cabreó.

—No. La verdad es que no lo sé... A ver si puedes explicármelo —le rebatí con tono provocativo.

Se desabrochó el abrigo y con el índice tocó el botón negro que llevaba en la solapa de la chaqueta.

—Estamos de luto, socio. Y así seguiremos hasta que hayamos ajustado cuentas. Primero los muertos y luego Mangiabarche. Estas son las reglas.

—Cometes un error de valoración —dije, cambiando de tono de repente—. Al eliminar a Dedonato hemos quemado la única pista que podía llevarnos al resto de la banda. De hecho, tú mismo has propuesto tenderles una trampa para que se descubran. Pero no debemos olvidar que ellos también estarán buscándonos para eliminarnos... En esta situación, entre trampas y contraataques, nos arriesgamos a perder no solo el control de la situación, sino sobre todo la piel.

—Bonito discurso, pero no me convence. Dedonato, al espiarnos con los micrófonos, se enteró de que nuestro objetivo era Giampaolo Siddi, sus tráfico y la banda de los «abogados»: con Mangiabarche nos ofreció en bandeja de plata la solución del caso. De hecho, la frase «y a todos los demás» la añadió después, y yo quiero justamente a esos.

—A través de Siddi los cazaremos a todos y, si quieres, puedes exterminar a la banda entera —dije con seguridad.

Se encogió de hombros.

—Ese es un trabajo que harían encantados los corsos... Yo me conformo con Gina y Gance.

Se fue a la nevera, de donde sacó una botella de vodka y un vaso helado.

—De todos modos ahora vamos a casa de Dedonato y luego ya tomaremos una decisión —concluyó en tono posibilista.

Por el camino nos detuvimos en un centro comercial y mi socio llamó por teléfono a su contacto corso para transmitirle la información sobre la filial belga de la banda Napoleón. Yo lo esperaba cerca de la salida, apartado del

trasiego constante de la puerta, formado sobre todo por parejitas que iban de la mano y madres agobiadas con la compra y con los niños gritando en brazos. Cuando el milanés colgó, en vez de encaminarse hacia mí para volver al coche, se fue directamente hacia las escaleras mecánicas. Lo seguí lleno de curiosidad. Lo encontré en una joyería de la primera planta. Desde el escaparate vi que escogía un brazalete de oro. Otro más que añadía a la discreta colección que le colgaba de la muñeca izquierda. Bromeó largo rato con las dependientas, que le rieron a gusto las gracias. Si hubieran tenido la más ligera idea de lo que llevaba bajo el abrigo, habrían perdido el buen humor durante toda una semana. Al final, la elección recayó en una pulsera modelo marinero con los eslabones formados por anclas cruzadas.

Fue la manera en que la miraba, ceñida alrededor de la muñeca junto a las demás, lo que me desveló su significado. «Otra cabellera», pensé riéndome. Luego me fui rápidamente hacia la salida: no quería que el viejo gánster me viera reír.

El número 162 de la calle Cannizzaro correspondía a un chalecito. A los lados, había otros iguales: techo a dos aguas, de aire ligeramente tirolés, un derroche de columnas de base cuadrada y pintura bicolor que hacía que parecieran helados de fresa y limón. Una brillante placa de latón dejaba bien claro que esa era la sede de Schutz & Van Daële Import-Export. Las contraventanas estaban cerradas y no parecía que hubiera nadie en el interior.

Decidimos entrar. El milanés abrió la cancela exterior con una de las llaves. Con otra —maciza, de acero y con una mariposa en la extremidad— la puerta principal de la casa, al tiempo que desactivaba la alarma. El viejo Rossini entró solo, metralleta en mano. En la izquierda llevaba una pequeña linterna. Con ademán experto, entró y salió de prisa de las diferentes habitaciones; luego me llamó.

Cerré la puerta al entrar y encendí la luz. Habían dejado solo los muebles. Se habían llevado todo lo demás. Los cajones y los armarios estaban desoladoramente vacíos.

La decoración indicaba que una parte de la casa había servido de oficina y el resto de dormitorio. Contamos ocho camas. Beniamino me hizo un gesto para que lo siguiera al baño. En el espejo, con pintalabios, Gina había escrito su acostumbrado mensaje de despedida SEE YOU LATER, ALLIGATOR. En la mitad inferior había dibujado una cara infantil. Excepto la nariz: esa era de

verdad. Era el trozo que le faltaba a la de Marlon Brundu. En el borde del lavabo, abandonado con descuido, un tubito de pegamento.

Mi amigo salió del baño y rompió a patadas un par de sillas de anea. Amontonó los trozos de madera bajo una mesa de haya y los untó con pegamento. Altamente inflamable, como ponía bien claro en las advertencias. Luego sacó del bolsillo el encendedor. Estaba convencido de que si Gina y Gance lograban eliminarnos, la banda recuperaría sin duda la posesión de la casa. Valía la pena complicarles la vida. Por mi parte pensé que el incendio llamaría la atención, no solo de los bomberos, sino también de las fuerzas del orden y quién sabe si de algún magistrado joven y curioso...

—¡Zorra asquerosa! —exclamó Rossini, refiriéndose a mi exnovia—. Tengo que matarla lo antes posible; si no, voy a volverme loco —añadió dando un puñetazo al volante.

—Mangiabarche —fue mi lacónica intervención.

—¡Vale! —soltó furioso—. Haremos lo que tú digas... durante una semana —precisó—. Luego te plantas en el Libarium a hacer de cebo.

No respondí. Alargué la mano derecha hacia él. La estrechó con vigor. Esperaba que mi olfato de investigador «cruzado» hubiera captado la pista correcta. El plan de Beniamino era correcto en cuanto a táctica, pero podía ser mortal para el que suscribe y para cualquier otro inocente beodo del Libarium. No soy un alma noble, pero nunca me lo habría perdonado: los borrachos mueren siempre sin saber por qué.

—Señor Buratti, ¿sabe que Alberto Dedonato ha sido asesinado en un garito de la avenida Merello durante un atraco?

El abogado Columbu esperó paciente pero inútilmente una respuesta por mi parte.

—Mi amigo, el que trabaja en jefatura —continuó—, me ha confiado que algunos informadores de la zona de Sant'Elia le han referido que, hace unos días, fueron testigos de un extraño suceso, parece ser que se trataba de una especie de ceremonia... Los investigadores y la fiscalía, siempre según fuentes confidenciales, no saben qué pensar... Aquí en Cagliari nunca había ocurrido nada parecido. Están buscando a dos continentales. Parece que, en el mundillo, a uno de los dos se lo conoce como Dos Pistolas...

Me encendí un pitillo.

—¿Ha acabado? —pregunté en tono desgarbado.

—Quien me recomendó su nombre habló de investigaciones en los límites de la legalidad, no de homicidios —concluyó con acritud.

—Sí. Sant’Elia es obra nuestra —resoplé—. Los amigos de Siddi torturaron y mataron a Marlon Brundu, nuestro colaborador local. Usted lo tenía también en su libro de gastos —quise especificar—. Nosotros lo honramos a nuestra manera... y eso es asunto nuestro... —concluí señalando el botón negro que llevaba en la chaqueta.

—¿Y Dedonato? —apremió.

—Abogado, me sorprende que un viejo penalista como usted dé crédito a confidencias sin haber comprobado antes si son fundadas o no —rebatí en tono ofendido—. Jamás hemos puesto un pie en ese garito. No lo hemos eliminado nosotros... Palabra de honor —mentí con sarcasmo.

El anciano abogado me miró fijamente y yo sostuve la mirada.

—No se lo tome a mal, Buratti, pero hubiera preferido escuchar estas palabras de Rossini.

—Lo sé abogado, y no me ofendo. Beniamino y usted están hechos de la misma pasta, dos hombres de una pieza. En cuanto se vieron empezaron a arrullarse...

—Me parece que, a pesar de sus palabras, sí que se ha ofendido.

—No —lo tranquilicé—. Es una simple crisis de desánimo... Si necesitara un abogado, no me dejaría defender por un caballero honesto como usted. Lo hice ya una vez y me chupé siete inolvidables años de prisión... Elegiría al menos honesto, pero el que tuviera más influencias entre los jueces... Porque ese es el tipo de abogado que gana las causas... Y usted, un hombre íntegro de la quinta del noventa y nueve, no se ha dirigido para esta investigación a un teniente jubilado de los *carabinieri*, con treinta años a sus espaldas de servicio impecable en el arma. Llamó al que suscribe un «cruzado», un investigador que no se mueve por lo legal... Porque es de ese tipo de investigadores que descubren la verdad. Así que deje de tocarme los cojones y pasemos a cosas serias... Dedonato, sin duda, no está entre ellas.

Columbu jugueteó con las gafas, que se llevó alternando de la nariz a la frente.

—Cada vez que hablo con usted siento sin remedio el peso de los años —observó suspirando.

—Mangiabarche —lo atajé impaciente, pensando en la escasa semana que el viejo Rossini me había concedido para resolver el caso—. ¿Le dice algo ese nombre?

—No lo he oído en mi vida. Me imagino que tendrá que ver con el caso.

—Es la clave para resolverlo —subrayé con el tono de voz—. Sea lo que sea, estoy seguro de que se encuentra aquí en Cerdeña...

Se rascó el estómago.

—Vaya a la librería Tiziano, en la calle del mismo nombre, a dos pasos del mercado de San Benedetto. La frecuenta un grupo de intelectuales, profundos conocedores de la isla... Quizá ellos puedan ayudarlo.

Estaba girando el pomo de la puerta cuando Genesio Columbu añadió:

—La enfermedad de Moi progresa más deprisa que su investigación... No queda mucho tiempo.

Salí del despacho cuando ya eran las ocho menos cuarto. Demasiado tarde para ir a la calle Tiziano. Decidí volver a la buhardilla donde me esperaba el milanés. No había querido que estuviera presente en la entrevista con Columbu porque sabía que, frente a él, no habría sido capaz de mentir. Al tipo de hampón que era esa clase de abogado le produce el mismo efecto que un confesor. Me había tocado a mí —como, por otro lado, correspondía, ya que era yo el titular de la investigación— negar nuestra responsabilidad en la muerte de Dedonato, poniendo sobre la mesa mi palabra de honor... Cuyo valor era, todo sea dicho, nulo, por las innumerables veces que había abusado de ella con los clientes. Y no me importaba mucho. Desde hacía tiempo había comprendido que en este oficio si quieres llegar a la verdad, la de la uve mayúscula, tienes que darte un buen atracón de mentiras. Dichas y oídas. Formaba parte de mi papel. Dejaba encantado a los demás las ganas de escandalizarse: yo ya no me veía capaz.

Cuando me di cuenta del tinte plañidero que estaban adquiriendo mis pensamientos, empecé a buscar un bar lo bastante surtido para tener calvados entre sus licores. Al final me metí en una bodega y aproveché para hacer una buena compra. Adquirí también vodka para mi socio. Bebí en el coche, en un aparcamiento apartado. Largos tragos a gollete. Y en silencio. Desde la noche del adiós a Marlon no había vuelto a escuchar *blues*. No tenía ganas: esa enferma mental de Gina había usado la música de mi vida para torturar al sardo. Entre todas sus acciones esa era la que no le perdonaría jamás, ni siquiera después de su muerte. Estaba llegando a un punto en que empezaba a acostumbrarme a lo inevitable del trance. Ella y Gance estaban condenados: Rossini, antes o después, los mataría. El error del director había sido infravalorar al viejo hampón. Al pasar junto a nosotros con los patines, unos segundos antes de asesinar a la viuda Vadilonga, Gina había desperdiciado la

única ocasión auténtica para eliminar al milanés y salvar a toda la banda. Beniamino la destruiría, la aniquilaría. Era demasiado fuerte para ellos.

En aquel punto de la investigación, esa era la única certeza que me quedaba. La única esperanza era encontrar a Siddi y disponer de media hora para poder interrogarlo... El abogado Moi moriría más tranquilo. La verdad a veces tiene ese efecto.

Pero antes había que descubrir el misterio de Mangiabarche.

A la mañana siguiente, hacia las diez, Beniamino y yo entramos en la librería Tiziano. No era grande, pero estaba muy bien abastecida. Había bastantes clientes y tuvimos que esperar un poco para poder hablar con el dueño.

—¿Es usted Pietro Pani?

—Sí.

Alargué la mano.

—Marco Buratti —me presenté—, y este señor es Beniamino Rossini.

Nos miró perplejo. Probablemente no dábamos la impresión de ser clientes habituales de librerías.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—El abogado Genesio Columbu nos ha recomendado que vengamos aquí —me apresuré a explicarle para tranquilizarlo—. Tenemos un problema que, en apariencia, puede parecer insignificante e incluso un poco ridículo, pero que, en realidad, es muy serio...

—Mortalmente serio —intervino Rossini.

Lo fulminé con la mirada y continué:

—Tenemos la absoluta necesidad de descubrir lo antes posible qué es o qué significa «Mangiabarche».

—¿Mangia... barche? —repitió para asegurarse de haberlo entendido bien.

—Mangiabarche —me apresuré a corregirle—. Todo junto.

—Nunca lo había oído —dijo, negando con la cabeza—. Paolo —llamó a un tipo que estaba consultando un libro de espaldas a nosotros.

El hombre se dio la vuelta. Era un cuarentón con bigote, gafas y una cara simpática.

—Paolo Frau —se presentó.

—Quizá él pueda ayudarlos... Yo estoy muy ocupado con unos clientes —se excusó Pani.

Tras ponerle al corriente de nuestra extraña petición, Frau buscó unos cigarrillos en los bolsillos de la chaqueta y se puso uno en los labios.

—¿Están seguros de que, sea lo que sea, se encuentra en Cerdeña? —preguntó perplejo.

—Estamos razonablemente seguros —contesté.

—Porque, miren, no parece un nombre sardo y creo que eso puede excluir la posibilidad de que sea un lugar... En cualquier caso lo comprobaremos...

Consultamos libros de historia, arqueología y guías turísticas sin hallar el más insignificante vestigio de Mangiabarche. Preguntamos también a todas las personas que se acercaron a la librería. Me asaltó una crisis de desaliento al darme cuenta de que unos sardos cultos que querían y conocían muy bien su isla no habían oído ese nombre en su vida. Y, sin embargo, estaba seguro de que se encontraba allí.

A la hora de cerrar, Frau y Pani nos invitaron a tomar una copa en el bar de la esquina.

—Si es tan importante para ustedes descubrir qué significa Mangiabarche, podrían dirigirse a la radio —propuso Pani mientras se metía en la boca un puñado de cacahuetes.

Lo miré sorprendido.

—¿En qué sentido?

—Hacer una petición a los oyentes...

—Un concurso con premio... Tienen mucho éxito —sugirió el otro.

Cuando escuché aquellas palabras, sentí un escalofrío de horror al recordar el que había organizado Gina, pero una repentina intuición me obligó a reflexionar con atención. El desaliento se transformó en optimismo.

—Esa sí que es una gran idea —exclamé—. ¿Podemos invitarlos a comer? —añadí de inmediato.

A media tarde estaba en los estudios de Radio Novecento pertrechado con unos auriculares y un micrófono. Beniamino me observaba desde el control fumando, resoplando y elevando los ojos al cielo. Estaba convencido de que aquello era solo una pérdida de tiempo. No tenía confianza en los medios, mucho menos en la radio, que, según él, ya nadie escuchaba. Por mi parte, pensaba exactamente lo contrario. No solo porque los índices de audiencia desmentían a mi socio, sino sobre todo porque las ondas nos dan la posibilidad de contactar con el mayor número de personas en el menor tiempo posible. Una luz roja me avisó de que estaba en el aire.

Me aclaré la voz.

—Oyentes de Radio Novecento, buenas tardes. Me llamo Marco Buratti y represento a un grupo de patrocinadores de esta emisora —mentí con gran desenvoltura. En ese momento me di cuenta de que a través de las ondas era aún más fácil hacerlo—. Ellos han decidido recompensar su fidelidad como oyentes proponiéndoles un nuevo concurso que tiene por título «El misterio de...». El premio es un viaje para dos personas a la romántica París. Siete días de ensueño... Esta semana tienen que descubrir «El misterio de Mangiabarche...». El primero de ustedes que nos diga qué o quién se esconde tras este nombre, volará a París, acompañado por la persona que elija... Después de unos minutos musicales y la publicidad abriremos los micrófonos a sus llamadas... Cincuenta llamadas al día durante toda una semana...

Tras mi señal, el técnico pinchó «Parigi con le gambe aperte», cantada por Ricky Gianco y Gino Paoli. Aproveché para quitarme los auriculares e ir a fumar un pitillo al control.

—No sirves como conductor de un programa —gruñó Rossini.

Le hice un gesto burlón con la boca y me fui al encuentro del dueño, que estaba saliendo en aquel momento de su despacho.

—Ustedes dos me caen bien. Pueden llamarme Rudy.

Era un tipo de unos treinta años, gordito y sudoroso, que se comía las uñas, chupaba piruletas y llevaba un traje de lana gris lleno de arrugas. Estaba seguro de que no se había tragado la historia de los patrocinadores, a pesar de que la había confeccionado a medida para él, pero aceptó en cuanto le solté un buen puñado de billetes, suficientes para cubrir el premio y dos meses de alquiler de los estudios. No habíamos llegado por casualidad a Radio Novecento. Pani me había proporcionado amablemente el número de teléfono de una amiga suya periodista, la cual me había ilustrado con la misma amabilidad sobre la situación de las radios locales. Me definió la de Rudy como crítica: deudas y escasa atención por parte de patrocinadores. Justo la radio que necesitábamos.

—Señor Buratti, dado que mi emisora cubre solo la provincia de Cagliari, he pensado hablar con varios presentadores de Sassari, Nuoro y Oristano, de manera que anuncien el juego a sus oyentes y proporcionen su número de teléfono... Aquí estamos acostumbrados a intercambiarnos favores... —añadió Rudy, mientras se frotaba las manos en el pantalón de manera agitada.

—¿Y cuánto me costará este intercambio de favores? —pregunté en tono práctico.

Levantó el pulgar para indicar la cifra de un millón. Di mi consentimiento: podía ser útil y, además, toda la operación la financiaba el difunto Benoit.

Las cincuenta llamadas del primer día fueron por completo inútiles. Los oyentes, alentados por el premio, probaban suerte inventándose las historias más absurdas. Entre las palabras de presentación y los inevitables saludos a parientes y amigos, las llamadas no duraban menos de tres o cuatro minutos y el juego se prolongó bastante. Demasiado, para mi paciencia. Al día siguiente me presenté pertrechado de calvados y cigarrillos en abundancia.

Al cuarto día tenía una barba incipiente y los ojos enrojecidos, y sentía cada vez más a menudo la tentación de usar el micrófono para desahogar toda mi rabia y exasperación. El viejo Rossini no se limitaba ya a negar con la cabeza y elevar los ojos al cielo: cada vez que nuestras miradas se cruzaban, se llevaba el dedo índice a la sien y le imprimía un decidido movimiento semirrotativo para darme a entender que, según él, estaba completamente majara.

A las 18:44 respondí a la llamada número treinta y seis del día.

—Puedes hablar, estás en antena.

—Hola, soy Monica... Llamo desde Cagliari...

—Hola, Monica, ¿puedes decirnos a qué te dedicas?

—Estudio filología en la universidad.

—¿Y con quién te gustaría ir a París?

—Pues, con Cristiano, mi chico.

—¿Estás dispuesta a resolver «El misterio de Mangiabarche»?

—¡Pues claro! —respondió con un tono de tal seguridad que despertó mi atención—. Es un escollo que está en medio del mar frente a Calasetta. Se llama así porque antes los barcos se estrellaban siempre contra él... Desde que construyeron el faro ya no ha vuelto a ocurrir.

«Otra bola pero, por lo menos, es más inteligente que las otras... Mangiabarche..., un escollo..., tiene cierta lógica», pensé.

Decidí ponerla a prueba.

—Te veo muy segura, Monica.

—Mi madre es de Calasetta y, desde que nací, paso allí casi todas las vacaciones de verano —rebatí picada.

—¿Y serías tan amable de contarnos algo de Calasetta? —insistí.

—Pues el pueblo es conocido como localidad turística, forma parte del archipiélago de Sulci... Casi es la punta de la península de Sant'Antioco, exactamente frente a la isla de Carloforte... Fue fundado, hace dos siglos,

creo, por un grupo de antiguos deportados genoveses. Aún hoy, los habitantes hablan genovés y no sardo.

Seguía las palabras de la universitaria mientras observaba con atención un mapa de Cerdeña que había colgado a mi espalda. La chica estaba demasiado segura de sí misma para pasar por alto la respuesta.

—No cuelgues, vamos a consultar con nuestro notario —dije en tono chistoso e hice una señal al técnico para que pusiera música.

Me lancé a la sala de control para buscar una guía telefónica. Calasetta estaba en efecto en la provincia de Cagliari. Los abonados del pueblo llenaban poco más de tres páginas.

—Quizá lo hayamos conseguido —comunicué emocionado a mi socio.

—Quizá —admitió—. Pero ¿puedes decirme qué cojones hacen Gance y sus socios con un escollo en medio del mar? De todos modos, llama a una agencia inmobiliaria —sugirió sabiamente—. Hazte pasar por un rico continental que quiere comprarse un chalecito en la playa.

Seguí su consejo. Una empleada antipática pero eficiente no solo confirmó todo lo que había dicho la oyente, sino que añadió una frase que respondía a la duda expuesta poco antes por Rossini.

—Se llama también Mangiabarche a toda la zona costera próxima al escollo, que está solo a unos cien metros... Quizá porque hay un restaurante que se llama así... Hay también chalets aislados y adosados; si me llama mañana por la mañana...

Colgué.

—Mangiabarche es una base de la banda —anuncié con satisfacción—. Y allí se esconde Giampaolo Siddi —añadí sonriendo.

—Te debo una disculpa, Marco —farfulló Beniamino.

Me eché a reír, nervioso.

—Déjalo ya y... prepara la artillería.

Me fui corriendo al estudio.

—¿Monica? ¿Estás todavía al teléfono? —pregunté.

—Sí.

—Has ganado... ¡La respuesta es correcta! Puedes pasar a recoger el premio cuando quieras a partir de este momento...

Continué con mi papel de presentador unos minutos más. Rudy quiso, a toda costa, acompañarnos hasta la puerta y nos invitó a volver. El viejo Rossini le plantó el índice en el pecho.

—Mucho cuidadito, Rudy —susurró—. No te olvides del premio para la chica, Rudy.

Fue sin duda la forma en que repitió dos veces su nombre lo que le hizo palidecer. Juró por un montón de santos locales que cumpliría con su deber.

Salimos al amanecer del día siguiente. Rossini no se fiaba y no quería recorrer una carretera desconocida de noche: cargados como íbamos de armas nos arriesgábamos a terminar nuestra carrera en un control cualquiera. El sol invernal decidió dejarse ver cuando estábamos atravesando ya la zona minera de Iglesias. Veinte minutos más tarde, al acercarnos a Sant'Antioco, tuvimos la certeza de que íbamos a tener un bonito día, aunque muy ventoso: el viejo contrabandista había reconocido de inmediato la corriente de aire frío y seco del noroeste: el mistral. El empleado de una gasolinera nos puso al corriente de que ese viento, en la zona, nunca duraba menos de tres días.

Mi socio comentó que no podíamos esperar una situación mejor, porque con ese ventarrón la gente se quedaría encerrada en casa: lo ideal para lo que teníamos que hacer. En realidad, una vez más, no teníamos un plan concreto. Pero ahora sabíamos adónde nos dirigíamos, que no era poco. Había sido suficiente con buscar entre los abonados de la guía telefónica el nombre de los actores que quedaban del reparto de la superproducción *Napoleón*. Suzanne Bianchetti aparecía como residente de la localidad de Spiaggia Grande, cerca del restaurante Mangiabarche, como me había confiado al teléfono el encargado, en vena de cotilleos, después de haber escuchado mi trola salpicada de halagos hacia su cocina.

Entramos en Calasetta con las gafas de sol puestas. Escondimos el Passat de Dedonato cerca del puerto. Cuando salimos del coche, el viento gélido nos embistió: por fin habíamos encontrado el verdadero invierno también en Cerdeña. Beniamino se dirigió hacia el pantalán para ver el mar. Yo me quedé apoyado en el Passat a sotavento, mientras fumaba en paz. El agitado mar me decía muy poco aquella mañana: olas enormes, espuma blanca, reflejos vítreos. Mi mente estaba inundada por otras olas muy diferentes... Olas de temor de que todo fuera mal y que Siddi lograra escapárseme otra vez. Y de ver a Gina. Recuerdo que pensé que, si tenían que matarme, prefería que fuera Abel Gance el que apretara el gatillo. Desde el puerto subimos hasta la vieja torre a pie a través de una intrincada red de callejuelas. Sentados sobre un viejo cañón oxidado, escrutamos desde lo alto el pueblo y los alrededores, una especie de amplio promontorio de perfil accidentado por ensenadas de diferentes dimensiones. Las casas, separadas por apretados setos de chumberas, aparecían diseminadas en el terreno, cultivado en su mayoría con

viñas. Era el lugar ideal para la base de una organización criminal: discreto, turístico, pero no de masas, apartado y, sin embargo, con acceso por carretera y por mar.

Desde nuestra posición, no podíamos ver el escollo de Mangiabarche pero pudimos localizarlo en el mapa. Observamos largo rato los techos de las casas, aunque estábamos muy lejos para ver algo concreto. Bajamos hacia la plaza principal. El estilo que la caracterizaba era el del período fascista; a un lado estaba el ayuntamiento; en los otros, locales y casas. En medio, la habitual estatua al soldado desconocido, un infante que desafiaba el mistral protegiéndose con el cuello levantado de su abrigo de bronce. Nos metimos en un bar a tomar el primer café del día. Mi socio se escandalizó al ver los cruasanes en bolsitas de plástico en lugar de bollos recién hechos de pastelería; la camarera, aburrida, le explicó que esos podía encontrarlos solo en verano cuando había turistas. Beniamino aprovechó para hablar de la zona; entre charla y charla, saltó el nombre de Mangiabarche y la mujer nos dio las indicaciones para llegar hasta allí.

Teníamos que salir del pueblo cogiendo la carretera que costaba el mar y seguirla unos kilómetros; a la derecha veríamos varias playas, un *camping* y un hotel. Un poco más adelante, siempre a la derecha, encontraríamos un camino sin asfaltar. No había posibilidad de error porque la dirección la indicaba un cartel publicitario del restaurante Mangiabarche; debíamos adentrarnos por ese camino unos cincuenta metros y luego girar a la izquierda por un sendero de arena hasta llegar al acantilado, que los lugareños llamaban Nido de Gorriones. Al asomarnos, a la derecha veríamos Mangiabarche y su faro.

Rossini conducía con la metralleta en el regazo y sujetaba el volante con la izquierda, mientras con la derecha jugueteaba con sus brazaletes. Quizá pensaba en cuántos añadiría al día siguiente si la caza resultaba provechosa. En dos pequeñas fundas en los costados llevaba las Browning del calibre 9. En la cintura y el tobillo, otras dos que contenían un par de pistolas confiscadas en el garito. Las pistoleras eran de cuero, trabajadas a mano; el armero que se las había vendido el año anterior había insistido en que comprara las de nailon: modernas, finas, ligeras y resistentes. Y mucho más económicas. El viejo gánster lo miró fijamente, escandalizado, pero no dijo nada. Claro que no podía decirle al vendedor que le gustaba iniciar un tiroteo sintiendo el aroma del cuero mezclado con el aceite lubricante de las armas. Al recordarlo, olfateé el aire y sentí una atmósfera tranquilizadora. Entre pistoleras artesanales y trajes nuevos, Rossini se preparaba para un tiroteo

como para una boda. Ese día llevaba un traje azul oscuro de Helmut Lang, camisa blanca de Gigli, corbata de Moschino y zapatos blancos y negros Al Capone, manufacturados por su zapatero milanés de confianza. Le dije que no me parecían adecuados para andar por un acantilado y él me confió que eran un «modelo único», pala de suave piel, cosida a una suela que suele emplearse para las botas de montaña. Dejé de escucharlo y observé los tacones gastados de mis botas de pitón. La noche anterior, me había quitado el traje de empleado bancario y había vuelto a vestirme como siempre. Desvelado el misterio de Mangiabarche, no hacía falta parecer otro.

Llegamos a la última curva. Rossini condujo con cuidado para no quedarse bloqueado en la arena con el coche. Unos centenares de metros más allá, la carretera acababa bruscamente en el acantilado. Era el punto de la península en el que el viento embestía con toda su fuerza y traté de protegerme la cara con el cuello de piel sintética de la cazadora. Tomando como punto de referencia la isla de Carloforte, nos dirigimos hacia la derecha como nos había indicado la camarera.

—Qué lugar tan extraño —comentó mi socio, que iba unos metros por delante de mí—. No había visto nunca nada parecido en Cerdeña. Parece un pedazo de Cornualles que hubiera caído aquí por quién sabe qué accidente...

Miré la pequeña pradera de hierba y las altas rocas del acantilado esculpidas por el viento y el mar.

—Tienes razón —confirmé—. Es un sitio precioso. Me gustaría volver en verano.

—Ahí está Mangiabarche.

Aceleré el paso. Vi un gran escollo rodeado de otros más pequeños, de los cuales emergían por encima del agua solo las puntas. Afiladas y peligrosas. Las olas, impulsadas por el mistral, se estrellaban contra las rocas y mojaban de espuma el faro que se erigía en el punto más alto. El origen del nombre era evidente: parecía la dentadura de un monstruo marino.

Rossini reemprendió el camino y pocos minutos después llegamos a la parte posterior de una pequeña cala protegida del viento. En el fondeadero, anclada de popa, había una motora de altura, con camarotes, larga e imponente. Parecía desierta.

Mi amigo la observó con el binóculo. Luego me lo pasó.

—¿A que no adivinas cómo se llama?

—*Napoleón* —dije, antes incluso de enfocar la imagen.

Luego apareció el nombre escrito con grandes letras de brillante latón a lo largo de los flancos de la embarcación. Los componentes de la banda no

destacaban precisamente por su imaginación.

—No deben de andar lejos —añadí preocupado.

Beniamino se dio la vuelta hacia tierra.

—Están allí, en una de aquellas casas —confirmó, señalando los techos que despuntaban entre los árboles—. Quizá también haya alguien a bordo...

—No creo... De todos modos, vale la pena ir a echar un vistazo. Mientras tanto, ve a esconder el coche... Tan blanco, se ve de lejos.

Resolví mi misión en diez minutos, pero mi socio se lo tomó con calma.

—Empezaba a preocuparme —dije con afán de polemizar.

—No había nadie y he aprovechado para curiosear un poco —se excusó enseñándome un puñado de bengalas de posición que llevaba en una bolsa de plástico—. Pueden resultarnos útiles.

Nos adentramos en los campos, entre viñas, trigales e higueras. No fue difícil localizar la villa Bianchetti. Estaba rodeada en tres de sus lados por un impenetrable seto de chumberas. El cuarto, la fachada, estaba protegido por dos cámaras colocadas a los lados de una larga verja que el viejo Rossini vio desde lejos al mirar con los prismáticos. El lugar había sido elegido con cuidado: el terreno estaba en el centro de la zona, de manera que quedaba completamente rodeado por otras propiedades; así que, para llegar, había que seguir las vallas de las parcelas circundantes, obligados a recorrer una única calle, cortada de manera continua por una serie de curvas en ángulo recto. La casa se dividía en dos construcciones de piedra de una planta, unidas por una parte central prefabricada, que por atrás hacía las funciones de garaje. En conjunto parecía bastante vulgar pero funcional. Estaba rodeada por todas partes de una verde pradera de césped. Era imposible acercarse sin ser vistos.

—Tenemos que esperar a que anochezca —observó Rossini.

—Todavía no es ni siquiera mediodía... Vamos a tener que quedarnos aquí por lo menos otras cinco o seis horas —protesté mirando a mi alrededor.

Estábamos escondidos entre los árboles, cerca de la última curva antes de la casa, a unos cien metros.

—No te cabrees, Marco... Soy lo bastante viejo para reconocer los síntomas de la tensión.

—Tienes razón, socio —me excusé—. Aquí estamos incluso resguardados del viento... Solo que andamos escasos de víveres...

—Tienes suerte, muchacho. —Buscó en la bolsa de plástico que había cogido del barco—. Mira lo que he encontrado —añadió, y me pasó una botella de calvados casi llena.

—No está nada mal —comenté leyendo la etiqueta—. Tienen muchos defectos, pero saben qué beber... —concedí, mientras quitaba el tapón.

A las doce y veinte el Renault Espace de Gance salió por la cancela. Al volante iba Gina; a su derecha, otra mujer a la que no habíamos visto nunca.

—La otra debe de ser Suzanne Bianchetti, la dueña de la casa —aventuré.

—Yo creo que van a la compra.

—¿Cuántos crees que habrá adentro? —pregunté, señalando la casa con la barbilla.

—Pues las dos mujeres que hemos visto, Giampaolo Siddi, Abel Gance y quizá el hombre de Bianchetti, si hay alguno...

—Cuatro o cinco —rumié—. Esa casa parece un fortín. ¿Cómo piensas entrar?

—Aún no lo sé, Marco. Tenemos que esperar a la noche y luego veremos...

—Empeoras con la edad, Clausewitz —lo regañé—. Antes eras más meticuloso preparando los planes.

—Eres un capullo —saltó ofendido—. Cuando los objetivos los elijo yo, las «operaciones» parecen cronómetros suizos, porque las estudio hasta el menor detalle... Los problemas vienen con tus putas investigaciones, pues acabamos siempre atrapados y me veo obligado a improvisar... Menos mal que soy un genio del crimen y siempre logro salvar el culo de los dos.

—Y modesto de verdad...

—Míralas, ahí vuelven —me interrumpió.

Me di la vuelta y vi pasar el coche a nuestro lado. Las dos mujeres hablaban; de repente Gina se echó a reír.

—Es una tía alegre, tu novia.

—Ya.

—No sé por qué, pero me parece que me toca estropearle el día.

—Ya.

No sucedió nada más hasta las cuatro en punto, cuando volvimos a ver salir el coche. Esta vez era el jefe de la banda el que conducía. El asiento del copiloto estaba ocupado por Gina. Los dos, en silencio, tenían grabada en la cara una expresión impasible y muy profesional.

Rossini los apuntó con la metralleta, listo para disparar. Durante unos instantes pensé que había decidido entrar en acción.

—¿Quieres que te diga adónde van? —preguntó mientras bajaba el arma.

—Ya lo sé —respondí—. Se dirigen a Cagliari... a darnos caza.

—Muy bien, Sherlock —aplaudió—. Esos van a plantarse en el Libarium... Preparados para llenarnos de plomo como a dos tordos.

—Cagliari está solo a una hora de coche. Pueden permitirse probarlo todos los días.

—Podían, socio, podían. Hoy cerramos la barraca —me corrigió—. Dentro de poco oscurecerá y, mientras ellos nos tienden la trampa de todos los días, nosotros entramos y ajustamos cuentas con los otros dos. Luego, bien cómodos, esperamos a que vuelvan. Cuando salgan de esta curva los siego a los dos de una sola ráfaga. Acabo de tomar las medidas...

—Entonces tenemos un plan.

—Claro. Lo acabo de idear.

La oscuridad llegó a las 17:38. Evitamos las cámaras abriendo un paso en el seto de chumberas de la parte trasera de la casa. Beniamino logró cortar las plantas con una pala que encontró en un campo vecino y dejó el espacio suficiente para dejar pasar a una persona. Entró en el jardín con la metralleta en posición. Esperé a que llegara a la puerta del garaje y luego yo también crucé, corriendo agachado, hacia la casa. El viejo Rossini empezó a comprobar las puertas y ventanas de la fachada posterior, en busca de un modo de introducirse en la casa.

De repente se encendió una luz y nos agachamos para que no nos descubrieran. Con mucha cautela, Beniamino levantó la cabeza para espiar el interior. Tras unos segundos me hizo una señal con la mano para que me acercara. La cortina no cubría del todo el cristal y dejaba un resquicio de unos tres centímetros a ambos lados de la ventana. Al ver el revestimiento de las paredes de azulejos, deduje que era un baño. Mis ojos encontraron primero una lavadora, luego un lavabo y, por último, a Giampaolo Siddi.

—Está cagando —susurró satisfecho mi socio.

—¿Qué hacemos?

—¿Tú qué haces al acabar?

—¿Y a ti qué te importa?

Me mandó a tomar viento con un corte de mangas y siguió espiando. Yo me apreté contra el muro a la espera. Un par de minutos más tarde, el exabogado desaparecido abrió la ventana para ventilar y salió del baño tras apagar la luz. En ese momento entendí a qué se refería Rossini unos momentos antes y le pedí perdón mediante gestos.

Entramos en el baño y, en silencio absoluto, con el oído pegado a la puerta, tratamos de familiarizarnos con los ruidos de la casa. Quité la llave y miré por el hueco de la cerradura: la puerta cerrada que había al fondo de un pasillo dejaba pasar una rendija de luz. Se lo dije a mi amigo y luego le pregunté cómo pensaba actuar.

—Abramos esa puta puerta y veamos quién hay dentro —respondió tranquilo.

Dicho y hecho, giró el pomo de acero de una puerta blindada y entramos en un salón sin ventanas. Una mujer, sentada frente a una mesa de trabajo, tecleaba en un ordenador. Asomó la cabeza por encima de la pantalla para mirarnos, pero continuó con su trabajo.

—Arriba las manos —le ordenó mi socio.

No obedeció y oímos claramente el sonido de la pulsación del ratón.

Me alarmé.

—¡Apártala del ordenador! —grité.

Beniamino, de un salto, se puso a su lado y le propinó un bofetón en la mejilla derecha. Al caer, la mujer tiró la silla. Solo en ese momento se decidió a levantar las manos.

Siddi, por el contrario, debía de estar ya cansado de tenerlas en alto. Se había rendido en cuanto abrimos la puerta. Frente a él no había un ordenador, sino una buena cantidad de heroína y todo lo necesario para preparar dosis para vender al por mayor. Destilaba terror por todos los poros de su piel: no hacía falta calentarse mucho la cabeza para comprender que no nos crearía problemas. Rossini le preguntó si había alguien más en la casa. Él respondió de inmediato que no negando con la cabeza. Demasiado rápido para no ser sincero.

—Marco, ven a ver esto —me pidió el milanés indicando la pantalla del ordenador.

La mitad estaba ocupada por mis fotos de reconocimiento; la otra, por informes de la policía sobre el que suscribe. El asunto decía mucho sobre el tipo de complicidades de las que gozaba la banda.

—¿Cómo habéis obtenido esta información? —pregunté a la mujer.

Mientras esperaba la respuesta, aproveché para echarle una ojeada. Era una morenita de unos cuarenta años, pequeña, de facciones regulares y pelo negro muy corto en las sienes, de corte refinado. Llevaba un traje de chaqueta negro decididamente sobrio, con la falda justo por la rodilla y zapatos de tacón bajo.

—¿Cómo han entrado? —respondió tranquila con un marcado acento francés.

—Aquí, las preguntas las hacemos mi socio y yo.

—Ustedes dos están ya muertos, y los muertos no hacen preguntas.

«Modelo coñazo y liante», pensé, al valorar su comportamiento. En la mesa encontré una caja de disquetes vírgenes y se la tiré.

—Copia todo lo que tengas en la memoria del disco duro —le ordené.

Se echó a reír en mi cara. De placer. Unos segundos después entendí por qué. La imagen de la pantalla se descompuso y se volvió ilegible.

—¿Qué cojones pasa? —preguntó Rossini con dureza.

—Te lo explico rápido, socio —contesté tranquilo—. En cuanto hemos entrado ha activado una orden para desencadenar un virus que ataca a la memoria del disco duro y borra todos los archivos. ¿Verdad, Suzanne?

—No eres un completo descerebrado —se congratuló la morenita.

—Entonces nos ha jodido —dijo mi socio asombrado con un hilo de voz.

—Exactamente.

—Empezamos bien —comentó exasperado mientras me pasaba la metralleta.

La mano derecha de mi socio desapareció en el interior de la chaqueta, para reaparecer armada con una Browning del nueve. Apoyó el cañón en la rótula velada de la mujer y apretó el gatillo.

El aire se llenó del ruido ensordecedor del disparo y del hedor a cordita; el casquillo cayó tintineando al suelo de barro. La mujer gritó. El dolor debía de ser insoportable. Rossini la agarró por los pelos y la arrastró hasta la mesa de Siddi, donde empezó a golpearle con violencia la cara contra un montoncito de heroína, levantando una nube de polvo.

—¡Esto te calmará la pupa de tu rodillita! —gritó dejándola caer al suelo.

Tenía en el rostro un amasijo de sangre y polvos blancos. Suzanne Bianchetti, como auténtica profesional que era, comprendió que no le convenía nada provocar al milanés.

—No vuelvas a hacerlo —le aconsejó este—. Coge la metralleta con las dos manos y vigila a estos dos gilipollas mientras yo echo un vistazo por ahí —añadió dirigiéndose a mí.

Obedecí y ordené a Siddi que bajara las manos y se sentara.

La mujer me dedicó una sonrisa roja de sangre.

—Tú no disparas. Lo sabemos... Si Antonin no fuera un cobarde, ya te habría desarmado.

Apunté el arma hacia él.

—No se te vayan a ocurrir ideas extrañas —lo amenacé—, en el mundillo me conocen como Dos Pistolas.

El viejo Rossini volvió a entrar en la habitación.

—Marco, esta es una base importante —anunció excitado—. He encontrado armas, dinero, aparatos electrónicos y una habitación con estanterías llenas de mapas militares de Córcega... —añadió acercándose a la mujer. La tomó por las axilas y la ayudó a sentarse en una silla—. Como has destruido el ordenador, me veo obligado a pedirte que nos cuentes todo lo que sabes.

—Jódete —respondió tranquila.

—¿Estás segura de que has tomado la mejor decisión?

—Sí.

—¿Y tú, Siddi? —preguntó al hombre.

—Hablaré. Os diré todo lo que sé.

Con un rebote de rabia, Suzanne Bianchetti se puso en pie, apoyándose sobre la pierna sana.

—*Tais-toi, connard!* —ordenó a su cómplice.

Beniamino apoyó el cañón de la pistola en la cabeza y apretó el gatillo por segunda vez. Ruido, hedor de cordita, tintineo del casquillo de latón y una buena porción de cerebro despachurrada contra la pared.

—Se lo había advertido —comentó en tono gélido—. Quizá deberíamos pasar al salón para charlar —añadió—. Toda esta heroína me pone nervioso.

Por la mirada vacía y la expresión alelada de Siddi comprendí que estaba en estado de *shock*. Lo cogí por un brazo y lo saqué de la habitación.

El salón, que servía también de comedor y se encontraba en el ala opuesta de la casa, era amplio y estaba decorado con gusto. Todo, desde los muebles, pasando por las cortinas, las alfombras y hasta las cerámicas, era artesanía de la isla. Acomodé al abogado en un sillón. Le serví un *whisky* en un vaso y lo obligué a bebérselo de un trago. El tratamiento surtió efecto: se recuperó y se echó a llorar. Le di una paternal palmadita en el hombro.

—Puede que no mueras, Giampaolo —lo consolé—. A lo mejor, el milanés no mancha la tapicería con tu cerebro... Por supuesto, todo ello mientras no pares de hablar... No sé si me explico.

—Trabajan para Moi, Vargiu y Pontes, ¿verdad? —preguntó entre sollozos.

—Y para Marlon Brundu —añadió amenazador Rossini.

—¿Qué quieren saber?

—Todo —respondí—. Y desde el principio.

Un involuntario escalofrío de placer me recorrió todo el cuerpo.

Beniamino se dio cuenta.

—Me das miedo cuando te pones así —susurró para que no le oyera el prisionero—. Pareces un loco. Eres la única persona que conozco que goza cuando llega el momento de la verdad...

Lo interrumpió Siddi, que había empezado a hablar.

—Desde los tiempos de la universidad sabía que nunca llegaría a ser un buen abogado. No me pregunten por qué. Lo sabía y punto. Traté de colocarme en algún bufete con buena reputación, pero no lo conseguí. Al final abrí uno, pero tenía pocos clientes y de los que no te dejan ganancias. Me gustaba la buena vida, así que empecé a moverme en el submundo de las prevaricaciones y las pequeñas corrupciones. Un día vino a verme Leon Benoit: buscaba un picapleitos para llevar a juicio del dueño de su casa. Desde ese momento empezamos a vernos y él me metió en la red de contrabando organizado por los militares de la OTAN de la base de Decimomannu... Fue entonces cuando empecé a ver dinero de verdad... Salía de todo de aquella base: gasolina, víveres, neumáticos, piezas de recambio, armas, licores y cigarrillos... En aquella época conocí también a Dedonato. Aún trabajaba en el Sisde y aparecía mucho por la base porque estaba enamorado de una joven auxiliar del ejército alemán, la mujer de un oficial...

—Gina Manès —anticipé.

—Exacto. Aunque todavía no se llamaba así... Su verdadero nombre es Ximena Kopreinig... De madre española y padre alemán... Empezó a ponerle los cuernos a su marido y Dedonato, además de llevársela a la cama, la reclutó como agente. Descubrió entonces que ella pertenecía a los servicios secretos alemanes. Los dos empezaron a hacer un doble juego, pero yo no quise entrar nunca en esos asuntos. Un día, llegó un grupo de soldados estadounidenses para unas maniobras de la OTAN, y con ellos la heroína. Los militares, en principio, trataron de venderla directamente, pero los arrestaron enseguida, por lo que decidieron hablar conmigo, a través de Benoit, pues era sardo y abogado. De esta manera abandoné el contrabando para dedicarme al narcotráfico. Al principio unos gramos, luego unas decenas... En definitiva, nada considerable pero, aun así, muy rentable... Los yanquis proporcionaban heroína tailandesa pura al ochenta por ciento...

Se concedió una pausa para beber otro *whisky*. Pidió también un cigarrillo, pero se lo negamos: no queríamos que se relajara demasiado.

—Unos meses después, un abogado de esos que han hecho carrera me llama al despacho y me pide que vaya a verlo... En ese momento comprendí

que había contactado conmigo la banda de los «abogados», de la que tanto se hablaba, pero de la que nadie había logrado averiguar ni un solo nombre, hasta el punto de que había quien pensaba que era solo una leyenda. Al día siguiente me presenté en el bufete del conocido civilista Giuseppe Fiumara. Este, sin muchos rodeos, me propuso trabajar para su organización. Añadió que mi red era pequeña y sin esperanzas de desarrollarse comercialmente, mientras que la suya lograba manejar kilos de droga, no tanto en Cerdeña, sino sobre todo en el continente, donde circulaba una droga de calidad inferior, la *brown sugar*, de procedencia turca o afgana. Concluyó informándome de que mi nombre se lo había dado Benoit, quien formaba parte de la organización desde hacía tiempo.

»Acepté y pensé que había dado el golpe de mi vida, el que me colocaría para siempre, y lo que ocurrió, sin embargo, fue que pasé a ser uno de los muchos recaderos de Fiumara. Organizaba la llegada de los cargamentos de droga a la base y luego la llevaba en persona a su bufete. Si el abogado no estaba, se la entregaba a su secretaria...

—Fiorenza Vadilonga —me anticipé de nuevo, movido por una repentina intuición.

—Exacto. En el momento de máximo desarrollo, el tráfico llegó a alcanzar más de cien kilos de droga al año pero, a pesar de ello, a mí me daban una especie de sueldo fijo. Benoit, que mientras tanto lo había dejado y había montado un supermercado, ganaba importantes cantidades de dinero porque se ocupaba de la venta en la zona de Cagliari. Por el contrario, yo no podía ampliar mi actividad sin comprometer al bufete. Al cabo de dos años de esta historia estaba cansado y decidido a cambiarla. No tenía un plan concreto, pero el primer movimiento fue trabajar a Fiorenza. Una mujer boba, frustrada y tenazmente fiel..., a Fiumara, no a su marido. Para lograr convencerla de que traicionara a su jefe, no fue suficiente con que me convirtiera en su amante, incluso tuve que construir, un día tras otro, una gran historia de amor.

»Al final cayó y empezó a pasarme información. Esperaba poder descubrir al resto de los “abogados”, pero no lo logré jamás. En compensación aprendí todos los mecanismos de reciclaje. En especial, descubrí que una de las primeras operaciones de blanqueo era poner en circulación el dinero a través de una cadena de tiendas, propiedad de una conocida familia de comerciantes de Cagliari, y luego convertirlo en títulos al portador que, durante bastante tiempo, permanecían guardados en la caja fuerte del despacho de Fiumara... Y Fiorenza conocía la combinación... Por

último, los títulos se empleaban para inversiones en los sectores más diversos, sobre todo, en la construcción.

»Fue entonces cuando mi plan tomó cuerpo. Decidí apropiarme de los títulos. Al tener acceso a la caja fuerte podía elegir el mejor momento. Fue un plan laborioso. Antes de nada me dirigí a Dedonato; conocía su actividad como funcionario del Sisde destacado en el Servicio Central de Protección de Arrepentidos y le propuse que me ayudara a cambio de dinero. Lo rechazó pero, en compensación, me ofreció incorporarme a la sociedad que formaban Gina y él, gestionando para ellos una cadena de lavanderías en Santo Domingo. Acepté. A partir de aquí se trataba de enfrentarse al aspecto más espinoso, representado por Fiorenza. Se había enamorado con locura de mí y quería escapar conmigo. Le conté una montaña de mentiras y la convencí para que se quedara aquí, con la promesa de que se reuniría conmigo en cuanto fuera posible. Seguí manteniéndola tranquila: tres o cuatro veces al año me veía obligado a venir aquí, a Calasetta, para jugar a los enamorados con la muy tonta. Gina y Dedonato querían eliminarla justo después del golpe, e incluso más tarde, insistían, pero yo..., como un perfecto idiota, me oponía... Si les hubiera escuchado, hoy no me encontraría en esta situación.

—Eres un mierda, Giampaolo Siddi —lo interrumpió Rossini—. Esa «tonta» se arruinó la vida por ti. Se convirtió en un desecho esperando a su príncipe azul. Bebía como una esponja y por las noches se iba a la cama abrazada a un oso de peluche para no sentirse demasiado sola. Y murió pensando en ti, desesperada porque no podía venir a encontrarse contigo en esta casa... Espero que me obligues a matarte —concluyó amenazador.

—No creo que lo hagas —argumentó con voz chillona—. Os soy demasiado útil. De momento os estoy contando la historia a grandes rasgos, pero si Moi y sus socios quieren detalles, tendrán que ofrecerme una protección adecuada.

—Veo que levantas la cresta —intervine—. Pero te aconsejo que la bajes de inmediato. Aquí, los únicos que deciden algo somos nosotros.

Comprendió que no era ningún farol y cambió de actitud.

—¿Por qué Fiumara no castigó a su secretaria por ayudarte? —pregunté.

—Estaba seguro de que no le haría daño. Ella interpretó el papel de la mujer utilizada y traicionada, y él se limitó a alejarla mediante un nuevo puesto de trabajo.

Hice un gesto con la mano indicándole que continuara el relato.

—El 22 de abril de hace diez años puse en marcha mi plan: por la mañana me encontré con Benoit en mi despacho. Después él me acompañó al coche

sin sospechar nada. Me dirigí entonces al despacho de Fiumara cuando sabía que él estaba en un juicio en el tribunal. Fiorenza abrió la caja fuerte donde estaban depositados, entre títulos y efectivo, unos ochocientos millones de liras. Finalmente aparqué el Mercedes cerca del cementerio mayor, para crear un poco de misterio. Allí me esperaba Gina. Me acompañó a Villasimius, donde nos esperaba Dedonato con una motora. Dos días después estaba en Santo Domingo.

»Era un plan muy bien urdido. Solo Fiumara, obviamente, no picó. Durante todos estos años no ha dejado de buscarme, pero lo ha hecho siempre en los lugares equivocados... Pero vosotros habéis sido más listos... O más afortunados...

—Sigue —lo incité.

—Al principio, las investigaciones se encaminaron en una dirección peligrosa. La culpa fue de Benoit, que no supo comportarse durante el interrogatorio y dio la sensación de esconder algo. Tanto Dedonato como Fiumara intervinieron, sin saber nada uno del otro, para intentar despistar a los investigadores. Dedonato, como funcionario del Servicio Central de Protección de Arrepentidos, entró en contacto con la banda de tarados implicada en el caso Mereu. Cuando se dio cuenta de que aquellos jugaban a ver quién la decía más gorda, aconsejó a Gavino Perra, el Profesor, el más fantasioso de los arrepentidos, que confesara que yo era su proveedor de heroína y que acusara a dos cómplices suyos de haberme secuestrado y asesinado, porque la importancia del caso les garantizaría un tratamiento privilegiado.

»Fiumara, por el contrario, preocupado por la forma de actuar del fiscal, que iba por ahí haciendo demasiadas preguntas sobre la banda de los “abogados”, decidió moverse en dos planos diferentes. Por un lado encargó a algunas personas de confianza que empezaran a introducir en la mente de un juez influenciado pero, sobre todo, resentido y vengativo, la convicción de que la banda de los malhechores legales estaba formada por Moi, Vargiu y Pontes, a los que él profesaba un profundo odio porque lo habían ridiculizado ante toda la ciudad al demostrar la inconsistencia de sus acusaciones en un proceso político.

»Por otro, utilizó a un picapleitos que le debía unos favores para sugerir a Perra que involucrara a los tres abogados en el tráfico de heroína, y a otro arrepentido, Efisio Piredda, para que los acusara de mi homicidio. Estos no se lo hicieron repetir dos veces. A partir de entonces todos los demás se

atuvieron a esta versión, con el resultado de que mis desafortunados colegas acabaron en prisión.

—No me parece especialmente afligido por haber arruinado la vida de tres caballeros —observé.

—No fue culpa mía —se defendió—, sino de los magistrados. Fueron ellos los que quisieron creer las declaraciones de los arrepentidos, que no habrían resistido la menor verificación.

—Pero no hiciste nada para sacarlos del lío.

—Pensaba que los absolverían... y, además, yo estaba en Santo Domingo.

—Ya. Mejor háganos de Santo Domingo —atajé.

—Allí no se vivía mal; es más, me divertía de verdad, pero las cosas empezaron a ponerse feas cuando a Dedonato lo echaron de los servicios secretos italianos, y él y Gina se dedicaron de pleno a la organización de Napoleón. Alberto estaba ya dentro. Fue Gance el que le sugirió el alias Dedonato/Dieudonné. Se habían conocido en el 70, en Beirut, y habían colaborado desde entonces...

»A mí también me “absorbieron” y al poco tiempo recibí el encargo de montar una nueva red de tráfico, como siempre, de heroína tailandesa proporcionada por los yanquis.

—¿Qué hace exactamente la banda? —preguntó mi socio.

—Poner en su sitio a gente impulsiva mediante métodos expeditivos. Cuando los servicios secretos tienen las manos atadas por culpa de algún gobierno, llaman a Abel Gance, que algunos conocemos como el Coronel, porque tenía este grado en los servicios secretos franceses, y asunto arreglado. En este momento, por ejemplo, la organización está tratando de desestabilizar en Córcega al comando del FNLC, poniendo fuera de circulación a algunos dirigentes y, al mismo tiempo, fomentando la división interna mediante agentes provocadores.

—¿Y qué pinta la heroína? —pregunté.

—Gance dice que sirve para alejar a los jóvenes de la política.

—¿Por qué la organización tiene esa estructura cinematográfica?

—Es idea de Gance. Está dividida en dos niveles: actores y extras. Los primeros tienen la responsabilidad de los diferentes sectores; a los otros se los recluta esporádicamente.

Saqué del bolsillo la fotocopia de la página 147 del libro sobre la historia del cine francés.

—Si excluimos del reparto a Abel Gance, a Albert Dieudonné, a Gina Manès, a Antonin Artaud, a Annabella y a Suzanne Bianchetti, nombres de

actores que, a estas alturas, asociamos con personas concretas, quedan por identificar Wladimir Roudenko, Alexandre Koubitzky, Marguerite Danis-Gance, Suzy Vernon, Maurice Schutz y Edmond Van Daële. De los dos últimos conocemos la dirección de Lieja correspondiente a la sociedad de la que son titulares. ¿Qué más puedes decirnos de estas seis personas?

—Muy poco —respondió, negando con la cabeza.

Rossini lo encañonó con la pistola.

—Lo juro —imploró—. La organización está dividida en dos grupos. Conocéis a todos los miembros del mío. Del otro solo sé que Marguerite Danis-Gance vive en París y es la amante o la hija del coronel.

—¿Y los dos pastores? —lo apremié.

—Eran solo dos extras. Dedonato los había contratado para aprovechar su experiencia en secuestros.

Mi socio bajó el arma.

—Está diciendo la verdad.

—Yo también lo creo.

En ese momento sonó el teléfono móvil. Lo saqué del bolsillo y lo miré indeciso.

—Responde —me pidió Beniamino.

—Es Gina —le advertí.

—Pues por eso.

Pulsé la tecla para iniciar la comunicación y me llevé el teléfono al oído.

—Mira que eres malo, bello Caimán. Obligar a cantar así a nuestro Giampaolo —me regañó con tono alegre.

—Micrófonos... —farfullé, mirando a mi alrededor.

—Bueno, no esperarás que, precisamente en nuestras casas, no haya ni siquiera uno, ¿verdad?

—¿Dónde estás? —pregunté al ver a Rossini mirando preocupado por una ventana.

—En el jardín, a muy pocos metros de ti, amor mío —se burló.

—¿Cómo nos habéis descubierto?

—Tú y tu socio sois muy divertidos. Pretendéis ser investigadores en plena era de la electrónica y no sabéis nada. Al entrar en la casa, Suzanne, antes de que la matarais, nos ha enviado vía módem una señal de peligro. Y nosotros hemos vuelto aquí de inmediato.

—*Madame Bianchetti* no está muerta —protesté escandalizado.

—Venga, Caimán, no intentes esos trucos conmigo... Es siempre la electrónica la que te puede... Si estuviera viva, se hubiera vuelto a poner en

contacto con nosotros.

El viejo Rossini extendió la mano: le di el aparato.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono brusco.

—Manda para fuera a nuestro amigo cantarín y vosotros podréis marcharos.

—¿Y si me niego?

—Nos veríamos obligados a dispararos y, en este momento, un tiroteo no nos conviene a ninguno de nosotros.

Beniamino encendió la televisión. En la pantalla aparecieron las imágenes de una televenta; al cabo de unos instantes los micrófonos quedaron enmudecidos por la voz, a todo volumen, del presentador.

—Lo quieren —dijo el milanés, señalando a Giampaolo Siddi con la barbilla—. Y luego se piran —añadió.

—¿Tú les crees? —pregunté perplejo.

—No. Pero su salida crearía una situación de desconcierto que podría beneficiarnos.

—¡Si salgo de aquí, me matarán! —gritó Siddi desesperado—. He colaborado con vosotros, no podéis traicionarme de esta manera.

—Cállate ya —lo amenazó Rossini—. Si ya no te sirve, podemos devolvérselo —añadió luego, dirigiéndose a mí.

—En efecto, nos ha contado todo lo que queríamos saber... y, en todo caso, no podemos entregarlo porque, teniendo en cuenta lo infame que es, hablaría enseguida de nosotros.

—Fuera de aquí —le ordenó Rossini, amenazándolo con la metralleta.

—¡Me matarán! —gritó aún más fuerte.

—Es lo que te mereces —dijo el milanés con desprecio—. Es de justicia que mueras. Por muchos motivos. Y el que más me afecta se llama Fiorenza Vadilonga.

Cuando llegó a la puerta de entrada, se dio la vuelta para rogarnos otra vez que no lo entregáramos.

—No ha comprendido que el nuestro es un verdadero adiós —resopló Beniamino.

Sacamos del bolsillo los pañuelos y los agitamos alegremente en señal de despedida. El exabogado nos miró con una expresión entre estupefacta y aterrada: nuestro comportamiento le había quitado las ganas de replicar nada.

Abrió la puerta.

—¡No disparéis! —gritó, mientras cerraba la puerta a su espalda.

Su apelación no fue escuchada. Oímos el sonido del impacto de las balas disparadas con silenciador. Tras atravesar su cuerpo, naturalmente.

—Ahora sí que está muerto —ironizó mi socio.

—Ya, y ahora que ya nos hemos divertido, ¿qué hacemos? —pregunté preocupado.

El plan, como a menudo ocurría con aquel viejo gánster, era a la vez simple y peligroso: salir por la ventana del baño y atacar disparando a diestro y siniestro.

—Olvidas que yo no uso armas —le reproché.

—Cómo lo iba a olvidar... Tú dispara solo bengalas, iluminas a Gina y Gance para que pueda verlos... y matarlos —aclaró mientras me pasaba la bolsa que había cogido del barco.

—No sé si podré.

—Marco, de verdad, eres un desastre. Están hechas para que las usen los náufragos más torpes —se impacientó y, en unos segundos, me explicó cómo funcionaban.

La primera que lancé fue de color rojo, luego verde, y rojo, y amarillo. El viejo Rossini disparó de tal manera que los obligó a retirarse hacia la costa. Diez minutos más tarde llegamos al límite de la pequeña llanura que llevaba hasta el acantilado. Intenté lanzar una bengala, pero el viento era tan fuerte en aquel punto que se la llevó en otra dirección.

—¡Huirán con la motora! —grité para que pudiera oírme.

—No tienen otra alternativa, les hemos cortado la retirada. De todas maneras, para nosotros también es demasiado peligroso atravesar este tramo —dijo señalando la llanura—. Quedaríamos al descubierto y, desde su escondite entre las rocas, nos llenarían de plomo...

Unos minutos después el mistral nos trajo el ruido de los motores del *Napoleón*. Corrimos hacia la costa y llegamos justo a tiempo para verlo salir de la ensenada.

—Una bonita tarde para naufragar —rio Beniamino.

En cuanto dejó las aguas calmas y se enfrentó a las primeras olas, la embarcación se vio de inmediato en dificultades, incluso a los ojos de un profano como el que suscribe. Empezó a girar sobre sí misma mientras los motores rugían impotentes. Luego, las olas empezaron a embestirla de lado, empujándola hacia Mangiabarche.

Ocurrió todo en unos instantes. Las luces de la motora iluminaron el escollo; de repente una ola la levantó y la estrelló contra las rocas. Oímos el

enorme estruendo del casco al destrozarse. Luego, la oscuridad reconquistó el mar, lacerada rítmicamente por la luz del faro.

—La habías saboteado —constaté, al recordar la visita de la mañana.

—Sí.

—Podías habérmelo dicho.

—Te habría estropeado la sorpresa.

—¿Tienen alguna posibilidad de salvarse?

—Con esta mar, ninguna.

Volvimos a la casa. Llevamos el cadáver de Siddi a la habitación donde yacía el de Suzanne Bianchetti. Luego, mientras el viejo Rossini llenaba el maletero del coche de dinero, armas y aparatos electrónicos, yo me tumbé en el sofá del salón a beber y a fumar. Para no dormirme encendí la televisión. En el noticiario informaron de un atentado en Bélgica. Un potente artefacto había destruido en Lieja las oficinas de una empresa de importación-exportación: Schutz & Van Daële. En el interior se habían localizado tres cadáveres, de momento sin identificar.

Brindé por la eficacia de los independentistas corsos y me dormí.

—Despierta. Está amaneciendo —me sacudió el milanés—. Y abrígate. A estas horas, el mistral corta la cara.

El tiempo de tomar un carajillo y salimos, en dirección hacia el acantilado. Lo costeamos un trecho siguiendo el flujo de la corriente. Trescientos metros más allá avistamos el cadáver de Gina. Tenía los brazos trabados en una roca. Un cangrejo caminaba perplejo por su cara probando la carne con sus pinzas. A cada ola, el agua le levantaba la falda mostrando el borde de puntilla de las medias.

El viejo Rossini se quitó el botón negro de la solapa de la chaqueta. Luego, se dio la vuelta hacia mí, impassible y con un gesto rápido, un poco brusco, arrancó también mi botón de la solapa de la cazadora. Los tiró con rabia contra el cuerpo de la mujer.

Epílogo

¿Qué me haces, madre mía?

¿Qué te hago, madre mía?

Eran las once de una mañana de finales de febrero animada por un sol primaveral. Mi socio y yo nos encontrábamos en el Poetto, la playa de Cagliari, sembrada de chabolas de cemento y uralita transformadas en estupendos bares, los llamados chiringuitos. Algunos están abiertos todo el año y aquel en el que estábamos se llamaba Dolce Vita.

Nos sentamos al sol y nos quedamos mirando el mar mientras bebíamos y fumábamos en silencio. No tenía ni idea de cuáles serían los pensamientos que ocupaban la mente del viejo Rossini, pero tampoco tenía intención de indagar en esa cuestión. Estaba demasiado ocupado tratando de mantener los míos bajo control.

La cita con los abogados era a las cuatro. El último encuentro en el despacho del viejo Columbu. Les contaría la verdad: Moi moriría en paz y a los demás aquello les cambiaría la vida. Hicieran lo que hiciesen. La verdad produce también este efecto.

El descenso de la tensión tras la resolución del caso hizo que aflorara de nuevo en mí el dolor y la amargura por cómo Ximena Kopreinig, alias Gina Manès, había jugado con mis sentimientos. En realidad también me notaba avergonzado por la facilidad con la que había caído en su trampa. Me sentía vacío por completo... Y ya no tenía ganas ni de escuchar mi música. Lo intenté con el *blues* africano de Alí Farka Touré y luego con «I Believe To My Soul», una pieza de Ray Charles magistralmente interpretada por Albert King. La música no pasó más allá de mis oídos y, presa del desconsuelo, me arranqué los auriculares del *walkman* y los tiré al suelo.

Me di cuenta de que Beniamino estaba mirándome.

—Muchacho —empezó en tono paternal—, ya te dije que esa mujer te partiría el corazón... Pero por suerte eso por lo menos tiene remedio.

Sabía a qué se refería.

—Ni hablar —rebatí.

Se llevó una mano al corazón.

—Te lo ruego... Hazlo por mí. Por lo menos una vez.

Nos miramos fijamente.

—De acuerdo. Esta noche, todos a bailar —consentí con falsa alegría.

—El caso está resuelto —anuncié en tono profesional.

Sentado en la acostumbrada silla, me concedí el cigarrillo de rigor antes de continuar. A mi derecha, detrás del escritorio de cerezo, Columbu se rascaba nervioso el cuello; Moi, Vargiu y Pontes, acomodados con rigidez en el sofá, me miraban con aprensión. Rossini, de pie, apoyado en la pared a mi izquierda, me incitó a continuar con un gesto de la mano.

—El caso está resuelto —repetí—. Pero Giampaolo Siddi está muerto. Asesinado por sus mismos cómplices como castigo por haber accedido a responder a nuestras preguntas.

»El 22 de abril de hace diez años, Siddi escapó con la caja de los “abogados”, ochocientos millones en títulos al portador guardados en la caja fuerte del despacho de uno de sus colegas, Giuseppe Fiumara.

—¿Fiumara? —preguntó incrédulo Vargiu, que se puso en pie de un salto.

—Precisamente él —confirmé—. Es el único nombre de la banda del que hemos logrado tener noticia, pero la identificación es segura...

La noticia desencadenó las reacciones más diversas entre los abogados, Columbu incluido. Tuve que aguardar algunos minutos antes de poder continuar con mi relato.

—Fiorenza Vadilonga, su secretaria de entonces, fue cómplice de Siddi. Este último la utilizó, la enamoró y le arruinó la vida: su homicidio no fue más que la conclusión de un innoble engaño que duró diez años.

»Nuestro hombre, cuando organizó el golpe, recibió la ayuda de un exagente corrupto del Sisdé que usaba el alias de Alberto Dedonato. Este, en calidad de funcionario del Servicio Central de Protección de Arrepentidos, lo sacó del país y le dio una nueva identidad. Y así el prófugo acaba en Santo Domingo gestionando una cadena de lavanderías.

»Siddi estaba convencido de que su puesta en escena se olvidaría pronto. No había contado con su excómplice, el difunto Leon Benoit, quien, al ser interrogado como testigo, cayó en algunas contradicciones que indujeron al magistrado a detenerlo como sospechoso. De inmediato, la investigación

sigue la pista acertada y llega a la base de la OTAN de Decimomannu. Esto asusta tanto al agente del Siste como a la banda de los “abogados”. Durante el intento de desviar las investigaciones, se desarrolla entre ellos una sinergia de la que no son conscientes: mientras Dedonato convence al más débil de los arrepentidos del caso Mereu para acusar a dos imputados del secuestro y del homicidio de Siddi, Fiumara sugiere sus nombres a un magistrado que los odia por boca de dos arrepentidos. Y así acaban en la cárcel...

»Han sido víctimas de un solapamiento con un objetivo doble. En el frente Dedonato, que quería hacer creer que Siddi estaba muerto; en el de Fiumara, el objetivo era inducir a la magistratura a pensar que se había puesto fin a las actividades de la banda de los “abogados”.

»Pero, en contra de lo que pensaban durante todos estos años, la magistratura no está exenta de responsabilidades. Más allá del engaño inicial, no es posible pensar que, frente a la “calidad” casi nula de las confesiones de los arrepentidos, no se dieran cuenta de que el sumario era una auténtica monstruosidad judicial. En el transcurso de esta investigación hemos sabido que los colaboradores de los magistrados, pertenecientes a las fuerzas del orden, no solo tenían la certeza de que ustedes eran absolutamente ajenos al caso, sino que incluso comprendieron que la desaparición de Siddi era un acto voluntario.

»Los jueces implicados debieron de llegar a las mismas conclusiones. Pero unos por odio y otros por salvar su carrera continuaron persiguiéndolos con la venia del fiscal general.

Me concedí una pausa para el enésimo pitillo. Columbu abrió un cajón y sacó una botella de calvados, todavía precintada, y una copa. Me animó a que me sirviera.

—Lo que sigue no los afecta de manera directa. Puedo decirles solo que Siddi, obligado por su cómplice Dedonato, entra en una banda, formada por antiguos agentes secretos y hampones de diferente calaña, especializada en guerras sucias, ilegales, a sueldo de esos gobiernos que quieren seguir manteniendo una fachada limpia y, al mismo tiempo, eliminar a los soñadores de turno. Su papel sigue siendo el de siempre: organizador de la venta de heroína. Ahora, parte de esa banda se encuentra neutralizada y creo que el resto se desarticulará. Y esto es todo. Su encargo acaba aquí. Lo que hagan con Fiumara es asunto suyo.

—Una última pregunta —intervino Ignazio Moi—. ¿Qué tipo de hombre era Giampaolo Siddi?

Me encogí de hombros sin saber qué contestar, pero el viejo Rossini lo hizo por mí.

—No era un hombre —sentenció—. Era un pingajo escuálido e insignificante. No valía ni un minuto de la cárcel que se chuparon por su culpa.

Genesio Columbu me pasó un sobre con el resto del dinero acordado. Nos despedimos en silencio: inclinaciones de cabeza y fuertes apretones de manos. Me llevé también la botella de licor.

La mujer del penalista nos acompañó a la puerta. Oí su voz por última vez.

—Gracias por lo de Toni —dijo—. Genesio ha activado los medios para que el cuerpo vuelva a Italia. Lo enterraremos en la tumba familiar.

Pensé que quizá su hijo habría preferido quedarse donde estaba, bajo el sol de Puerto Escondido, esperando la llegada de quien lo había matado para así poder ajustarle las cuentas. Pero no dije nada y le dediqué mi última sonrisa de compromiso. Beniamino la abrazó, pero es que él sí sabía cómo comportarse con la gente.

Llegó la noche. Antes de ir a la discoteca quise buscar a Cabiddu, el músico, para despedirme de él. Lo encontré en el Charanga, bebiendo cerveza con Annalisa, su novia.

—He pasado a despedirme. Mañana me marchó —dije mientras me sentaba a su mesa.

—¿Te ha gustado Cerdeña? —preguntó ella.

—Mucho —respondí con sinceridad.

—¿Volverás?

—No lo sé —contesté encogiéndome de hombros.

Cabiddu me pasó un disco compacto.

—Es la música de los Superpartes. Escúchala... Te sentará bien.

—Para ser un simple músico, sabes demasiadas cosas —le regañé.

—A lo mejor soy un santero o un derviche. Quién sabe —contestó tranquilo—. Hablaremos de ello la próxima vez que nos veamos.

—¿Es que volveremos a vernos? —pregunté sorprendido.

—¿Tienes alguna duda al respecto? —preguntó él a su vez.

Reflexioné un rato sobre esta cuestión. El tiempo de una copa de calvados y un pitillo.

—No. Ninguna duda —le contesté cuando volví a ver la imagen de los músicos de su grupo tocando a tres manos.

El viejo Rossini me esperaba en el coche, fuera del local. Veinte minutos después entrábamos en el Diana. Mi socio pasó junto al matón de la taquilla sin dirigirle siquiera una mirada.

—¿Y la entrada? —pregunté sorprendido.

—Yo no he pagado en mi vida por entrar en un club nocturno. Imagínate mis amigos.

Me volví hacia la caja y el tipo me dio la bienvenida, invitándome a entrar.

Fuimos directos a la barra: allí, algunas chicas sudamericanas saltaron al cuello de Beniamino y lo saludaron con afecto. Una de ellas le agarró de la mano y lo arrastró hasta la pista para bailar una cumbia. Descubrí así que el viejo Rossini, además de ser un consumado bailarín, era un mito para las chicas de alterne. Una colombiana veinteañera, de piel oscura y largo cabello rubio platino, me acompañó a un reservado y allí me confió que mi amigo era conocido por haber «castigado» a más de un propietario de club que se había portado mal con las chicas. Él las trataba siempre como señoras: no era nunca vulgar y no alargaba la mano como la mayoría de los clientes.

Se acercó un camarero para pedirme treinta mil liras. La sudamericana se echó a reír, le dijo que yo venía con Rossini y él se disculpó alejándose. La miré con aire interrogativo. Me explicó sonriendo que en un club nocturno la compañía de las chicas se paga, y la tarifa de aquel local era de ciento veinte mil liras la hora. El tipo con el que acababa de hablar no sabía que yo era amigo del milanés; si no, no nos habría molestado porque, cuando se sentaban en su mesa, las chicas lo hacían por placer y no por trabajo. Luego se marchó con un cliente rico y me dejó solo con la curiosidad de conocer algo más sobre el mundo semitenebroso de los locales nocturnos. Pedí una botella de calvados. La botella me la trajo otra chica. También ella era de piel oscura y tenía el pelo rubio platino. Me di cuenta de que llevaba peluca: un casquete de rígidos tirabuzones rubios.

—Me han dicho que es la primera vez que vienes —dijo apoyando la botella y dos copas sobre la mesa.

—Y que no soy un pollo para desplumar, espero —rebatí.

—Eso también lo sé. Pero si no te molesta, me gustaría sentarme contigo; es la última noche que trabajo aquí y no quiero pasármela tratando de

mantener alejadas de mi escote las manos de los clientes.

—Siéntate. Hay bebida para los dos.

—Me llamo Stavroula. Para los amigos Roula.

—¿Griega? —pregunté.

—De Atenas —contestó con orgullo.

La invité a beber y a fumar. Luego volví a mirar la pista de baile.

—Es la primera vez que me siento en una mesa con un hombre silencioso.

Normalmente no paran de hablar.

Le serví más licor.

—No tengo mucho que contar.

—No te preocupes. Quería decir que me alegro de no tener que escuchar gilipolleces. Los hombres son especialistas en eso... Tu amigo no. Él sabe cómo comportarse: habla, bromea y ríe, pero, sobre todo, escucha. Los otros no lo hacen nunca.

El cajero se dirigió con paso cansino hacia el escenario y con voz de jefe de estación anunció a través del micrófono que en unos minutos comenzaría el *show*.

Roula se levantó.

—Tengo que ir a prepararme. Soy la cuarta.

La primera chica que se exhibió en un apresurado *striptease* fue una española de poderosas curvas. Luego llegó el turno de una polaca y una colombiana. La griega se presentó con un traje de cuero: cazadora con tachuelas y minifalda, medias de red y tacones de aguja. Era la única que sabía bailar de verdad, pero a los clientes del local no les importaba. La animaban a que se diera prisa: querían ver. Bajo la luz de los reflectores pude observarla con atención. Treinta años, quizá treinta y cinco. Un bonito cuerpo torneado, de bailarina. Rasgos mediterráneos. En la oscuridad del reservado las chicas parecen todas iguales y, si no hubiera subido al escenario, no la habría mirado nunca.

—Me gusta —le confié a Beniamino, que mientras tanto se había sentado en compañía de la chica con la que había bailado toda la noche.

—Ah, la griega... La conozco. Va solo con quien le apetece y nunca pide menos de trescientos billetes —me informó en tono práctico, antes de volver a coger de la mano a la chica y arrastrarla riendo hacia la pista.

Cuando Roula volvió a mi mesa, ya estaba borracho. Pero también lo bastante lúcido para saber lo que decía.

—Estás grotesca con esa peluca —la acogí anodino.

Con un armonioso gesto se la quitó y dejó al descubierto un cabello corto negro azabache.

—¿Te gusto más así?

—Sí.

—Me alegro. Aquí los clientes solo quieren rubias. El dueño me obligó a comprar una peluca en cuanto me vio.

—¿Adónde te vas?

—No lo sé todavía. Quizá a Grecia. Quiero tomarme un tiempo de descanso y luego volver a trabajar en verano.

—Yo también me marcho mañana y no sé adónde iré. Quizá a Córcega.

—¿Juntos esta noche? —propuso.

—No estoy lo bastante sobrio para embarcarme en un polvo de trescientas mil...

Se echó a reír.

—Este es gratis con la condición de que aprendas a decir *Τι σου κανω μανα μου?*

—¿Qué significa?

—En Grecia, al hacer el amor, la mujer dice *Τι μου κανειζ μανα μου?*, que significa «¿qué me haces, madre mía?». Y el hombre responde «¿qué te hago, madre mía?». Y así...

—¿Todo el tiempo? —pregunté incrédulo.

—Todo el tiempo.

Al día siguiente, cuando salí de casa de la griega, encontré a Beniamino esperándome apoyado en el Passat blanco que había pertenecido a Dedonato.

—¿Listo para partir, socio? —pregunté.

—Yo sí. ¿Y tú?

—Yo pensaba hacer un poco de camino con Roula. No he estado nunca en Grecia y, mientras dure el dinero de este caso...

—Haces bien, Marco. Saber que por fin estás con una chica con la cabeza sobre los hombros me tranquiliza... Por lo menos te mantendrá alejado cierto tiempo de tus investigaciones de mierda...

Conocía el significado de esa sonrisa maliciosa estampada en su cara.

—¿Hay novedades? —pregunté con cautela.

—Nada importante —respondió imperturbable.

—No me tengas en ascuas.

—Esta mañana he hablado por teléfono con uno de mis contactos en el Véneto para saber cómo va un asunto... Antes de colgar me ha dicho que alguien está dejando propinas a todos los camareros de los locales donde se toca *blues* de la región: parece que quiere ponerse en contacto con cierto investigador...

—¿Y eso es todo?

—De momento. Le he dicho a mi amigo que se informe... Llamará mañana por la noche a Au Roi des Bandits... Todavía no sabía que te ibas de vacaciones... —dijo, elevando la mirada hacia las ventanas del apartamento de la griega.

Me di la vuelta y vi que Roula nos estaba observando. Le sonreí. Luego, me despedí de ella con un gesto de la mano y me subí al coche.



MASSIMO CARLOTTO (Padua, Italia, 1956). Afiliado desde muy joven a la formación izquierdista y extraparlamentaria Lotta Continua, con poco menos de veinte años de edad fue acusado del asesinato de una joven estudiante. Por este delito fue condenado a dieciocho años de prisión, de los cuales fue absuelto por el presidente de la República Italiana Oscar Luigi Scalfaro tras su detención en el exilio mexicano gracias a la presión de la opinión pública. Sin embargo, por aquel entonces Carlotto ya había sufrido las torturas y el maltrato de un sistema judicial corrupto, al que, desde entonces, se ha dedicado a denunciar. Escritor, dramaturgo y guionista, es autor, entre otros muchos libros, de la serie de novela negra protagonizada por el investigador privado Marco Buratti, alias el Caimán. A través de su obra, basada en su propia experiencia, Carlotto pone el dedo en la llaga de la sociedad italiana.

[1] «Mangiabarche» es una palabra compuesta por *mangia* («come») y *barche* («barcas»). (*N. de la T.*) <<

[2] Orujo típico de Cerdeña. (*N. de la T.*) <<

[3] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[4] El teniente Sheridan es un personaje de una famosa serie de televisión italiana de los años sesenta. Vestido con una característica gabardina color crema, es el primer investigador televisivo en Italia. (*N. de la T.*) <<

[5] Siglas en italiano del Servicio de Información y Seguridad Democrática.
(*N. de la T.*) <<

[6] Es el protagonista de la película *Chinatown*, dirigida por Roman Polanski.
<<

[7] Venganza mafiosa que se caracteriza porque nunca se halla el cuerpo de la víctima por deseo expreso de sus asesinos. (*N. de la T.*) <<

Índice

Introducción

1

2

3

4

Epílogo

Sobre el autor